

UNIVERSIDAD

ESTADÍSTICA
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

1
CIC

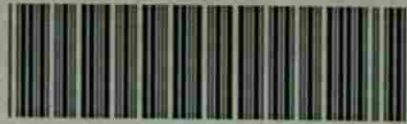
J. SAND

LA
CIUDAD
NEGRA

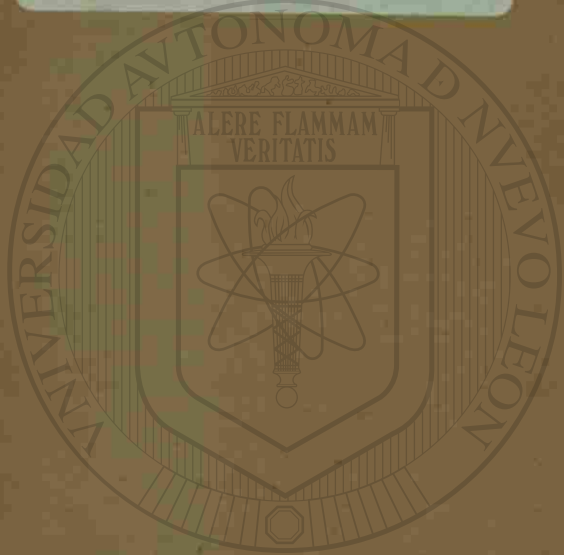
2024 11

A 75

36



1020026814



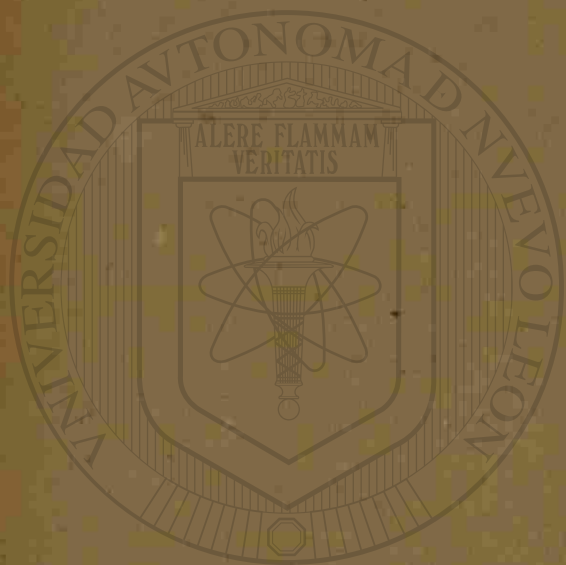
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

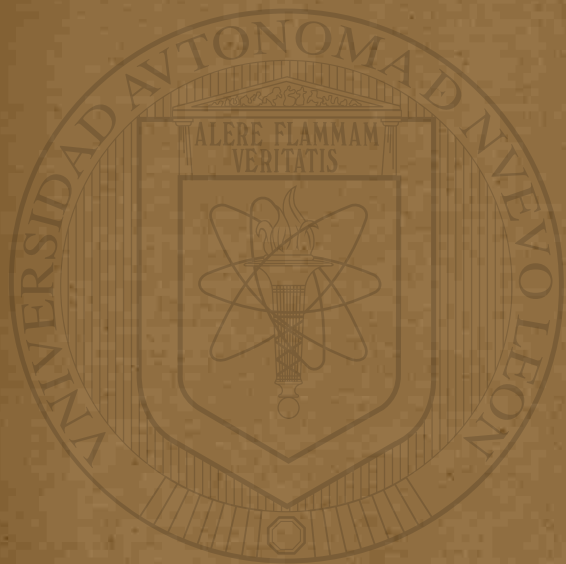


LA CIUDAD NEGRA

Núm. Clas. S 2131c
Núm. Autor 8
Núm. Adq. 30728
Procedencia 8-
Origen 8-
Fecha 8-
Clasificación 8-
Sitio 8-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CIUDAD NEGRA

POR

JORGE SAND

TRADUCCIÓN

DE

EMILIO LONGAN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

100364[®]

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI.—CONSEJO DE CIENTO, 296
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
1970. Cuyo. 1970

1900



30723

843
S.



P02411
56
S

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Casa Editorial Maucci, Consejo de Ciento, 296—Barcelona



LA CIUDAD NEGRA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1921. MONTERREY, N. L.

I

—¿Por qué estás triste, compañero? ¿De qué estás descontento? Eres joven y fuerte, no tienes padre ni madre, mujer ni hijos, por lo tanto, ninguno de los tuyos está en apuro. Trabajas aprisa y bien. Nunca te falta colocación. Aquí nadie te reprocha porque no seas del país. Al contrario, te aprecian por tu conducta y tus talentos, porque eres instruído para ser un obrero; sabes leer, escribir, y contar casi tan bien como un escribiente. Eres inteligente y formal, y además, eres el mozo más guapo de la ciudad. Por último, tienes veinticuatro años. ¡Hermosa edad! ¿Qué necesitas, pues, y por qué, en vez de venir á pasearte y hablar con nosotros los domingos, te alejas como si no te creyeras el igual de los demás, ó como si no los encontraras dignos de tí?



Así hablaba Luis Gaucher, el Zurdo, el obrero cuchillero, á Estéban Lavoute, llamado *Siete Espadas*, cuchillero armero. Estaban sentados al sol, delante de una de las quinientas ó seiscientas fábricas que se apiñan y confunden en las dos orillas del torrente, en el sitio llamado el *Agujero del Infierno*. Para entenderse ambos, al borde de aquel violento y magnífico salto de agua, necesitaban la costumbre que tenían de oír la voz humana en medio del ruido continuo de los martillos, los chirridos estridentes de las herramientas y el ronquido de la fragua.

Los dos obreros comían mientras hablaban. Gaucher, tenía un plato encima de sus rodillas, un plato de apetitosa sopa que le había traído su hija mayor, que tenía cinco años, con aire orgulloso y grave. La madre que llevaba otro hijo en brazos, había seguido á la niña para vigilarla, y ahora la niña y el muchacho revolcábanse por la arena, mientras la mujer, al ver á su marido que hablaba al parecer confidencialmente, estaba alejada respetuosamente algunos pasos, y contentábase con levantar la vista de vez en cuando, para ver si comía á gusto.

Siete Espadas comía como comen los solteros, cualquier cosa, y con la indiferencia de los que no tienen compañera ni madre. Como su compañero, llevaba las mangas de la camisa arremangadas y los brazos manchados de negro, con la cabeza expuesta al ardiente sol de las doce, fresca relativa para los que viven en el infierno de la fragua.

Siete Espadas no contestó al Zurdo. Le estrechó la mano para hacerle comprender que estaba reco-

nocido por el interés que le demostraba; pero bajó la cabeza y miró correr el torrente.

—¡Veamos, veamos!—repuso el cuchillero,—en tu imaginación tienes algo que no comprendo! ¿Acaso es algo en lo cual se pueda ayudarte? ¡Habla! Te quiero y desearía serte útil.

—Gracias, compañero,—contestó el joven con cierta altanería.—Conozco tu buen corazón, y si te necesitara, te pediría lo que me hace falta: no carezco de nada, y no te ocultaré, que, si quisiera, tal como me ves, ganaría doce francos al día.

—¿Y por qué no quieres? ¿Acaso temes el trabajo?

—No: pero cuando me habría calentado los cascos para doblar el número de piezas durante el día ¿qué ganaría con ello?

—Sí, descansarías más tiempo cuando quisieras descansar, y el día que te dé la gana de retirarte completamente, serás aún joven. Si no tuviese familia que alimentar y tuviera tus talentos, haría lo posible por montar antes de diez años una fábrica por mi cuenta.

—Sí, sí, ser amo, pagar y vigilar á los obreros, tener contabilidad, hacer comercio, y al cabo de diez años, poder comprar terrenos en la parte alta de la ciudad, y hacer construir una casa grande que te arruine, porque la locura de la riqueza le coge á uno... He aquí la ambición del obrero de aquí.

—¡Pues bien! ¿y por qué no?—repuso.—Un poco de cordura después del trabajo, y el obrero puede ser un ricacho. Mira ahí, encima de nuestras cabezas, en la terraza de la montaña, esas her-

mosas calles con escaleras, esos paseos desde los cuales se abarcan cincuenta leguas de horizonte, esas paredes blancas y rosas, esos jardines llenos de flores, con emparrados de verdura, todo eso ha salido del abismo, en el cual estamos uncidos desde por mañana á la noche, quien á una rueda y á unas pinzas, quien á una barra de hierro y á un martillo. Todos esos ricos, que, desde allá arriba, nos miran sudar, leyendo sus periódicos ó recortando sus rosales, son, ó excompañeros, ó los hijos de exobrerros, que han ganado trabajando lo que tienen, y los cuales no desprecian nuestros rostros embadurnados y nuestros delantales de cuero. No dememos tenerles envidia ni odiarlos, puesto que depende de nosotros, ó al menos de algunos de nosotros, subir donde han subido. ¡Mira! ¡no hay mucha distancia! Dos ó trescientos metros de peñasco entre el infierno en que estamos y el paraíso que nos convida, eso representa unos veinte años de valor y terquedad, ¡y nada más! ¡Yo que te hablo he soñado eso! pero el amor me cogió y los hijos han vencido. El que se casa joven y sin ahorros ya no tiene la suerte de salir de apuros; ¡pero tiene la mujer y los hijos para consolarse! He aquí porque condenado á hacer siempre lo mismo mientras viva, no me quejo y tomo las cosas como vienen.

—Eso es lo que te prueba,—dijo Siete Espadas,—que hay dos partidos para escoger: ó quedarse pobre con el corazón contento, ó hacerse desgraciado para llegar á ser rico. ¡Pues bien! estoy entre esos dos pensamientos y no sé á cuál entregarme. He aquí porque estoy, no triste como tú lo piensas, sino pen-

sativo y cambiando de proyectos todos los días sin poder encontrar uno que no me asuste.

—Veo que eres de esos que dan tantas vueltas á su carne en el fuego que acaban por quemarla. Miras el lado malo de las cosas, y éstas siempre viendo las telas del revés. ¿Para qué te servirá tu inteligencia, si no es para ver lo que es bueno en la vida? Yo que no soy muy sábio, voy derecho al bulto. Miro á mi alrededor, y puesto que tomé el partido de casarme con la muchacha que amaba, no me hago mala sangre por estar enterrado para siempre en la parte baja de la ciudad. ¡Adiós la casa pintada que hace girar sus veletas doradas el viento de la llanura! ¡Adiós las aguas limpidas y tranquilas en las fuentes de piedra! ¡Adiós, el sueño del joven obrero!

¡Bah! ¡nuestro infierno no es tan feo como se quiere decir! mi vista ya está acostumbrada, y todos esos tejados de madera ennegrecidos por el humo, esos puentes estrechos que tiemblan sobre las cascadas, esa confusión de tinglados que alargan sobre el agua sus grandes brazos cargados de parras, esos pórticos abovedados, esas calles subterráneas que soportan pisos de casas bamboleantes, y en el cual oigo retumbar sonoramente las barras de hierro en los carros, todos esos ruidos que destrozan la cabeza y que no impiden al obrero reflexionar y hasta soñar: todos esos niños embadurnados de hollin y limadura, se vuelven rosas el domingo y revolotean como mariposas por las breñas después de haber corrido toda la semana como hormigas alrededor de las máquinas; ¡sí, todo eso me baila ante la vista y me canta en los oídos! ¡Me gus-

ta la música ruda del trabajo, y si por casualidad tengo una idea triste, golpeando sobre mi yunque, no tengo más que salir un poco, venir aquí, y mirar reir el agua y el sol, para sentirme orgulloso y contento! ¡Sí, orgulloso! porque, en resumidas cuentas, vivimos ahí en un lugar, que el diablo no hubiera escogido para construir su morada, y nosotros hemos conquistado la nuestra; hemos roto el lomo á una montaña, forzado un río, loco á que trabaje por nosotros mejor que lo harían treinta mil caballos, por fin, hemos colocado nuestras camas y nuestras mesas sobre precipicios, que nuestros hijos contemplan y recorren por los bordes sin temor, y sobre saltos de agua, cuyo temblor les mece aún mejor que el canto de sus madres!...

¿Sabés que hace trecientos años que, de padre en hijo, noscávamos esta garganta estrecha, en la cual, tantas familias han encontrado medio de hacerse, hacerse sitio y hasta enriquecerse? Algunos han empezado en pequeña escala, á sus riesgos y peligros, luchando contra la naturaleza, contra el crédito y las suertes del comercio, impedimentos más obstinados y amenazadores que la misma naturaleza. Y ahora en esta negra grieta de peñasco, en esta escala de saltos de agua que llaman la ciudad baja, hemos aquí más de ocho mil pares de brazos que encuentran en qué emplearse, ocho mil hombres que hoy esperan tranquilos el día siguiente, y que pueden, así, por el trabajo, ir desde la juventud hasta la muerte, sin mucha miseria y quebraderos de cabeza; mientras allá arriba, sobre una peña miserable, se ha elevado una ciudad rica, una ciudad pintarrajeada de colores delicados y alegres,

que los viajeros comparan á una ciudad de Italia, una ciudad casi nueva, con fuentes, edificios y carreteras! Es algo, compañero, el poder estar en un lugar, en el cual, los hombres no son dormilones ni inconstantes, y son pocos los habitantes de la ciudad alta que no vean con orgullo las humaredas y los estruendos de la ciudad baja, subir por los aires, como un cantico y un incienso, en honor del que les ha hecho crecer y prosperar.

—Tienes razón,—contestó Siete Espadas,—y tu valor me fortifica el ánimo! Sí, nuestra ciudad baja es hermosa, nuestra *ciudad negra*, como la llaman en la comarca. Me acuerdo de mi asombro, cuando llegué aquí para empezar mi aprendizaje. No tenía más que doce años, y había vivido siempre en el campo, á veinticinco leguas de aquí. ¡Hacia poco tiempo que había perdido á mis padres, y aún conservaba el corazón dolorido! No me quedaba nadie en el mundo, más que al bueno de mi padrino, el cual, quiso acordarse de mí, aunque hubiera salido del pueblo desde hacía mucho tiempo, y me reclamó diciendo que quería enseñarme un buen oficio, que era el suyo. Estaba muy pobre, porque mis padres no dejaron nada; pero siempre se quiere el pueblo donde se ha nacido, y me acordaba tan poco de mi padrino, que me contrariaba muchísimo obedecerle. Si el alcalde y el cura de mi pueblo no me hubiesen hablado severamente, me habría quedado. ¡No hice más que llorar todo el camino, y cuando entré en la ciudad Negra, fué mucho peor! El miedo se apoderó de mí. Subí, por casualidad, á la ciudad alta, vergonzoso, y no atreviéndome á hablar

á nadie. Cuando me decidí á preguntar por la ciudad baja, se rieron en mi cara.

—Para encontrar la ciudad baja, amigo mío, no habría tenido usted que andar una legua para subir. Ahora es preciso bajar, pero le voy á enseñar un sendero algo empinado que le llevara directamente.

Y bajé á través de los jardines, luego por el borde del peñasco, y por fin, por las callejuelas, por las cuales, se anda á tientas, y me atreví á preguntar por mi padrino el tío Laguerre.

—Baja,—aún me contestaron:—baja hasta el Agujero del Infierno, y allí verás á tu izquierda el taller en que trabaja.

Creí que se burlaban de mí: ¡El Agujero del Infierno! Soy de la llanura, y conocía muy poco los precipicios. ¡Y además, un agujero del infierno en el centro de la ciudad, no me parecía posible! Y no obstante, oía el estruendo del salto de agua; pero como llegó la noche, y las llamas de los hornos subían por centenares bajo mis pies, ví de repente la cascada iluminada y roja y creí ver correr el fuego. ¡Casi estuve á punto de escaparme! Sin embargo, recobré ánimo, y me arriesgué á atravesar un puente estrecho. Cuando estuve en el centro y me sentí rebotar sobre los alambres, me creí perdido. Por fin, llegué aquí, donde estamos ahora, y me atreví á mirar el abismo. La cabeza me daba vueltas, tenía el vértigo; no obstante, el asombro y la novedad me hacían olvidar mi pesar. Me imaginaba estar tan lejos de mi pueblo que me parecía que no podría volver nunca más; y me decía:

—¡Puesto que estoy en el fondo del infierno, para el resto de mis días, veamos como está hecho!

Al día siguiente, mi padrino me acompañó por todas las fábricas, por todos los talleres, para hacerme ver el lugar y acostumbrarme á reconocerme en él. Al principio creí que todas esas fábricas pegadas las unas á las otras no formaban más que una sola, y me costó trabajo comprender que había tantas diferentes, como saltos daba el río en los peñascos. Luego, bajo los tinglados humeantes y sobre los puentes en movimiento, ví ir y venir gran cantidad de hombres y niños completamente negros.

—Son los armeros, cuchilleros y cerrajeros,—dijome mi padrino.—Son los hombres del fuego. Mira más lejos aquellos grandes y pequeños que están completamente blancos, muy limpios, y que tienen las manos suaves como señoritas, son los papeleros, los hombres del agua. Mira bien, hijo mío, porque jamás has visto nada semejante. ¡En el mundo no hay cosa tan hermosa, como ver trabajar á todos esos hombres, tan avispados, diestros, sábios ó cuidadosos cada uno en su ramo. Los unos retirando del zarzo una pequeña capa de pasta que saben estender y manejar como una tela: los demás retuercen una barra de metal sin labrar, y pasándosela de mano en mano tan aprisa y tan bien confeccionada, que en menos de veinte minutos se vé cambiada en un utensilio cómodo, ligero, sólido, reluciente y adornado á las mil maravillas!

Y yo creía estar soñando... Pasé el día contemplando, sin cansarme la industria de todas esas manos hábiles, que parecían estar jugando con lo

que hay de más resistente como con lo que hay de más flexible y blando, el acero templado y la pasta clara. Creo que el papel me asombraba aún más que la cuchillería, pero el hierro me pareció más varonil, y me alegré mucho de que mi padrino me destinara á eso.

Desde el lunes por la mañana, me llevó al trabajo. Sabes que hombre es el tío Laguerre, y como se esgrime aún con furor contra el hierro y el fuego, á pesar de sus setenta y dos años. Me mandó que le mirara, y cuando tenía una distracción, muy natural á mi edad, gritaba hasta hacerme temblar y me amenazaba con su martillo como si hubiese querido abrirme la cabeza.

No tuve mucho tiempo miedo de él. Pronto vi que era el hombre mejor que hubiese encontrado, y al mismo tiempo que parecía estar siempre enfurecido, me consideraba como el hijo de su corazón. No abusé mucho de su bondad. El aburrimiento de no hacer nada, pronto me dió ganas de trabajar. Tenía envidia de ver á niños más jóvenes que yo hacerse ya útiles y mostrarse muy hábiles. Temía algo que se burlaran de mí: pero la emulación me hizo vencer la vergüenza, y sabes que he aprendido mi oficio tan aprisa, que he alcanzado á los que habían empezado mucho tiempo antes que yo.

¡Hé aquí pues ya doce años que trabajo! Hace ya cuatro que gano casi tanto como los más hábiles, y que mi buena conducta me permite hacer algunos ahorros. Nadie tiene que quejarse de mí; los amos me demuestran confianza y tengo amor á mi oficio. ¡Sí! Siento que el trabajo es una cosa hermosa, por fin tengo todo lo necesario para encontrarme

dichoso, y, si no lo soy, reconozco que es por culpa mía!...

Gaucher iba á replicar é interrogar á su compañero sobre esta última reflexión, en la cual veía volver el pesar secreto de una alma inquieta, cuando la campana de la fábrica advirtió á los obreros que había terminado la hora de la comida.

Aunque casi todos cobrasen por piezas, y no por jornales, la campana recordaba el deber á los que deseaban cumplirlo, y Gaucher después de haber llevado el plato á su mujer y besado á sus dos hijos, regresó al trabajo, prometiéndose confesarse completamente á su amigo otra vez.

Este permaneció al borde del Salto del Infierno, sumido en sus reflexiones. Cuando se decidió á seguir el ejemplo de Gaucher, al volverse vió á la mujer de éste que se había acercado á él para hablarle.

—Siete espadas,—dijole,—¿ha comunicado usted á mi marido lo que le atormenta?

—No, Lise,—contestó;—hemos hablado de otra cosa.

—¡Pues bien!—repuso la mujer,—ha hecho usted mal; mi Luis es hombre de buen consejo, y desearia que le decidiera á usted á algo. Sabe usted muy bien que no puede estar más tiempo sin decir á Tonina; ¡Es sí ó es no! ¡No sería, no, propio de un hombre honrado!

Siete-Espadas encogió los hombros, no de una manera despreciativa, sino al contrario, de modo que daba á comprender que padecía mucho, por no poder contestar como Lise lo desaba. Ella tuvo compasión de su aspecto triste.

—Venga usted á cenar esta noche con nosotros, —repuso.—Acaso el corazón le diga que consulte con Gaucher.

—¿No le ha hablado, pues, usted de nada?

—¡No! usted me pidió el secreto, y lo he guardado, porque me prometió hablar usted mismo.

—¡Pues bien!—repuso Siete-Espadas,—concédame usted aún veinte y cuatro horas... á menos que no vaya á cenar con ustedes hoy mismo. ¡Sí! iré... ¡procuraré ir!—y regresó al trabajo dejando á la mujer poco satisfecha de esta contestación é inquieta por el porvenir de Tonina.

II

Tonina Gaucher era la primera hermana de Luis Gaucher. Huérfana como Siete-Espadas, no poseía nada en el mundo mas que sus diez dedos, de los cuales hacía buen uso. Era dobladora en una fábrica de papel que había enfrente de la cuchillería en la cual trabajaban su primo y su enamorado.

Porque estaba enamorado de ella, el joven armero, y se lo había declarado pidiéndole permiso para pasearse con ella los domingos; pero ella no quiso, diciendo:

—Pida usted el consentimiento de mi primo y de su mujer, son mis únicos parientes, y no quiero decidir nada sin su consejo.

—¿No quiere usted hablarle de mi?—dijo Siete-Espadas.

—¡No! no soy yo la que tengo que hablarles de usted la primera, me guardaré muy bien de hacer-

lo; creerían que estoy decidida por usted, lo que no es cierto aún.

Esta contestación, más altiva que cariñosa, demostró á Siete-Espadas que era preciso ir sin rodeos con Tonina.

Tonina tenía diez y ocho años, y había pasado ya por penalidades que la habían hecho reflexionar. En su familia hubo un drama, ante su vista, á su lado, un drama en el cual su joven corazón había sufrido mucho. Su hermana mayor, Susana Gaucher, la muchacha más hermosa del país, había agradado á uno de origen extranjero, ex-obrero y propietario de la fábrica más importante de la ciudad baja, en la cual, con especulaciones acertadas, había hecho su fortuna. Susana era buena, pero ambiciosa, y supo obligar á su pretendiente al matrimonio.

Cuando fué la señora de Molino, tomó con ella á su hermanita huérfana, menos por afecto que por no tener que avergonzarse de su oficio de obrera, porque, á los catorce años, Tonina ya trabajaba por dos, Susana prometíase hacerla instruir y elevarla al rango de señorita; pero los sueños de Susana fueron de corta duración. Molino tenía un carácter ligero, como lo tienen muchos hombres apasionados. En pocos meses se cansó de su mujer. La hizo traición, la abandonó y maltrató. Murió de pesar antes de terminar el año, dando á luz á un niño muerto.

Molino primeramente estuvo afligido y arrepentido, pero volvió al vicio para aturdirse, y viéndose despreciado en la Ciudad Negra, hasta amenazado por Luis Gaucher, que había intentado matarle más de veinte veces, alquiló su fábrica y fué á estable-

cerse á la ciudad alta, dejando á Tonina que fuese lo que pudiese, y dando por excusa que aquella muchacha era muy insolente y no quería aceptar nada de él.

Lo cierto es que Tonina hubiera preferido la muerte á la limosna de su cuñado. Supo su conducta con horror, comprendió las ilusiones y la desesperación de la pobre Susana. A los quince años, después de uno de ausencia del taller, volvió á él tan pobre como había entrado, con tan poca vanidad y tan valerosa.

Muchas otras en su lugar hubieran sufrido burlas ó desprecios por esa aventura de familia que había ocasionado muchas envidias en sus principios; pero si Susana se había hecho la grande con sus compañeras, era imposible reprochar nada de semejante á Tonina. Había vivido á disgusto en la riqueza, y sólo había conocido el pesar, la indignación y la compasión.

Tonina no era tan bella como su hermana. Era alta, delgada y pálida. Pero su rostro tenía una dulzura que la hacía notar entre todas las obreras de su edad. Su voz era dulce como sus ojos, y algunas decían que algún día gustaría más que Susana.

Se observaba también en ella una elegancia de modales que no se pedían atribuir á su corta fase de riqueza, porque Molino estaba muy mal educado y no frecuentaba más que personas de malas costumbres y sin educación. Ni Susana ni Tonina tuvieron, pues, ocasión de formarse en semejante compañía. Susana vanidosa y emperifollada, fué siempre bastante orgullosa. Tonina era tranquila, limpia y decente como una joven por naturaleza bue-

na y altiva. Sin embargo, como tenía gusto, confesaba cándidamente que si no hubiese odiado los favores de su cuñado, le hubiera gustado vestirse bien, y de sus paseos frecuentes á la ciudad alta, había conservado, como recuerdo, el sentimiento de cierta elegancia; su pobre y sencillo vestido estaba cortado por ella de una manera más graciosa que el de las demás, y nunca se veía en él un agujero ni una mancha. No iba jamás á las fiestas, hasta después de haber terminado su luto, no se entregaba á los juegos descabellados con sus compañeras, no permitía á ningún joven que desarreglara un pliegue de su ropa; al verla, hubiérase dicho que era de otra condición que sus semejantes, y no obstante supo hacerse querer tan bien por ellas, que todas se esforzaban en agradarle; y algunas en imitarla.

Siete-Espadas era el único que se hubiese atrevido á cortejarla, y en seguida se había arrepentido, porque lo había hecho algo por apuesta de amor propio consigo mismo, y al verse un poco alentado, se prometió no pensar más en ello. Lo pensaba, no obstante, y lo volvió á pensar más de una vez, medio por inclinación, medio por despecho. Hé aquí como se explicó con su padrino la misma noche del día que Lise le convidó á cenar, invitación que no pudo decidirse á aprovechar.

Como el tío Laguerre le reñía por estar pensativo y sin apetito desde hacia algunos días, y le preguntase, con su tono rudo y paternal, si realmente estaba enamorado de la Tonina:

—Pues bien. Si, estoy más enamorado de lo que quisiera,—contestó Siete-Espadas.—Creo que esa muchacha pálida me ha embrujado. Desde el tiem-

po que iba á la escuela con ella, muy atrasado y aún medio campesino, y ella ya muy instruida, aunque mucho más joven, me he fijado siempre en ella, y me parecía que ella también me diferenciaba de los demás. Poco á poco, sea verdad, sea imaginación, la he visto siempre más distinguida, más instruida y no dejando acercarse á ella á nadie. Me he figurado que era la más bonita de nuestras obreras, y de hecho es la más elegante, la más cuidadosa de su persona, y usted mismo le ha dado por apodo *la princesa*. Me he visto arrastrado, pues, por una ambición de agradar á la que se recataba tan bien y se creía ser tanto en su imaginación, porque eso me elevaba en la mía.

Me ha dicho que hablase con sus parientes, lo cual me ha despedido. Me parecía que antes de comprometerse, era preciso conocerse más. He cesado pues de hablarle, y un mes ha transcurrido así. Creía que se estrañaría y daría algún paso ó me haría algún reproche; pero no ha parecido que se acordase de mis palabras; era siempre la misma, tan tranquila y tan indiferente. Yo era el que me hacia aún más mala sangre, sin que ella me hiciese el honor de notarlo. Entonces sin rodeos he hablado, y por la primera vez la he visto reír. Se burlaba de mí.

—Es preciso,—me contestó,—que mis primos no aprueben los sentimientos de usted, porque no me han hablado aún de nada.

Era reprocharme no haberles hablado, y me he decidido á hacer la confidencia de mi proyecto á Lise, pero por simple conversación y sin comprometerme mucho. Lise me dijo:

—¡Está bien! eso me conviene á mí. Ya hablaré á mi marido.

Le hice observar que desearia mucho no comprometerme con un compañero y un amigo, como es el tutor y primo de Tonina, sin saber si ésta me tenía un poco de cariño. Lise encontró eso bastante justo, y como lo reconoció, me prometió dejarme hablar el primero á su marido. En cuanto á decirme si agradaba á Tonina, no lo pudo ó no lo quiso, pretendiendo que si lo creía, no juzgaría debérmelo hacer saber antes de verme bien decidido al matrimonio.

Hé aquí donde me encuentro desde hace tres meses, no adelantando en nada, porque Tonina, cuando me dejó ir, á pesar mio, y le pongo buena cara, siempre me dá la misma contestación, y Lise se obstina en hacerme hablar con su marido. Ya comprende usted que el día que habré hablado á Gaucher, estaré ligado, lo que no me causaría temor si estuviese seguro de ser amado; pero, como no lo presumo, retrocedo hasta que Tonina misma me dé confianza. ¡Casarse es un gran asunto, en el cual al menos es preciso agradar á su mujer!

—Todo consiste en esto,—contestó el padrino,—¿quieres que me encargue de interrogarla, á esa princesa, explicándole bien que no retrocederás el día que sepas que estás bien visto por ella?

Siete-Espadas no contestó.

—Vamos, vamos, ¿quieres qué te diga?—repuso el anciano fulgurando rayos con su vista, y tomando de pronto el acento de la cólera;—¿desearias la muchacha sin el casamiento, y hé aquí lo que encuentro tonto de tu parte! ¡No faltan mujeres poco

severas en la ciudad alta, que es el punto de reunión de los farsantes y de las aventureras, y no comprendo que pienses en hacer una mala pasada á una muchacha honrada, obrera de la Ciudad Negra.

Siete-Espadas estaba acostumbrado á oír á su padrino hablar con desprecio de la ciudad alta. Lejos de disfrutar de ella por la vista con orgullo y alegría, como el joven Gaucher, la trataba con un desdén de anciano, y se alababa de no haber puesto los pies en ella sin necesidad tres veces durante su vida. Trabajador austero, corazón fiel, cerebro estrecho, aquel anciano no hacía ningún favor á los advenedizos, se burlaba de su lujo, y, desde el fondo de su Ciudad Negra, criticaba los placeres más sencillos del bienestar como de los vicios, como desacatos á la dignidad de la raza obrera.

Ese ridículo y esa extravagancia tenían por compensación verdaderas virtudes cívicas aplicadas al corto horizonte del Valle del Infierno. Fuera de la gótica parroquia, no conocía á nadie, y miraba á los hombres con compasión; pero desde el momento que se trataba de la Ciudad Negra, se volvía un héroe de valentía y de jactancia, de orgullo estóico y de abnegación ciega. Jamás senador romano estuvo más orgulloso de su rango y no consideró como más ilotas y extraños á los desgraciados que no tenían derecho de ciudadanía en el recinto sagrado de la patria.

Siete-Espadas reía para sus adentros de esa manía y no la combatía, por el temor de exasperarle. Juró á su padrino que nunca tuvo el pensamiento de seducir ninguna muchacha de la Ciudad Negra,

y á Tonina menos que á ninguna, lo que acaso no era absolutamente cierto, aunque no se había dado mucha cuenta de sus sentimientos.

Un poco calmado, Laguerre no por eso dejó de continuar su reprimenda.

—¡Vosotros jóvenes de hoy,—dijo,—no sabéis lo que queréis! Nada os contenta, y me parece, que la generación nueva se vuelve loca. ¡Una mujer valerosa y honrada no os basta ya, si no os hace mimos y coqueterías, y hé aquí un enamorado que espera que le rueguen y que vengan á pedirle la mano! Mira ¿sabes? te encuentro tonto, y en lugar de Tonina te diría en seguida que fueses á dar tus pasos y á llevar tu fuego por otra parte.

—¡Pues bien!—repuso Siete Espadas sin alterarse por la dureza de su padre adoptivo;—hé aquí lo que debería hacer si le desagradase! Estaría curado, y no pensaría más en ella, mientras que esperando que me decida, sin impacientarse y sin decirme: «Ha tardado usted demasiado y no quiero que me hable usted más,» me deja siempre con la esperanza. Por fin hoy Lise me ha dado prisa para tomar un partido, dándome á entender que Tonina acaso habla recibido alguna otra proposición, y que desearía saber á qué atenerse respecto á la mía. Hé aquí porque le consulto á usted, padrino: procure contestarme sin alterarse.

—No veo sobre qué me consultas,—contestó el anciano aplacado;—parece que me dices que el matrimonio te dá miedo. Según yo, no estás en lo cierto; es preciso casarse joven, para tener tiempo de edncar y encaminar á sus hijos; pero puede ser que la Tonina no te convenga, ó que no hayas reflexio-

nado aún bastante en el matrimonio. ¡Pues bien! En ese caso vale más decir directamente la verdad, renunciar á esa muchacha, decirlo á Lise, que se lo repetirá de tu parte, y dejar pasar una temporada antes de pensar en otra. Lo más urgente, ves, es no hacer una mala acción á la prima de tu amigo Gaucher, y no hay mala acción cuando se explica francamente, aparte de pedir perdón por una conducta algo ligera que no se quiere agravar. Con esto, he dicho. Las ocho están dando. Mañana es preciso estar en pie con el día. Si quieres hablar á Lise, date prisa, y cuando regreses, apaga la lámpara y no olvides tu oración.

Esta última frase era el estribillo sacramental del tío Laguerre desde hacía doce años que su ahijado vivía con él. Sabía muy bien que el niño se había vuelto demasiado formal para prender fuego á la casa, y que, en cuanto á la oración, desgraciadamente la pasaba por alto con seguridad; pero creía deber repetir todas las noches el consejo para un descargo de conciencia.

Siete Espadas se encaminó á casa de Gaucher y, por el camino, preguntóse lo que iba á resolver. No le parecía tan fácil desistir de sus ofrecimientos como lo había dejado creer á su padrino. Cuando se cuenta lo que se quisiera poder callar, se arreglan siempre un poco las cosas en su favor. Sin embargo, Siete Espadas no era embustero, y de hecho no había mentido: Tonina no le había dado pié con palabras, no había caído en la desesperación al ver sus vacilaciones; pero había sufrido, y, sin dejar de aparentar buena cara, tuvo las lágrimas en los ojos con la sonrisa en los labios. El joven armero era

demasiado astuto para haberse dejado cojer en el juego. Sentíase amado, y por consiguiente culpable.

Pero era un guapo mozo, y ya algo adulado por las miradas de las jóvenes, y como los amos y jefes de taller le adulaban también disputándose su trabajo, como por fin se había comportado bien por orgullo, laborioso por ambición, y se veía, gracias á su padrino, que siempre le había dado de comer y tenido en su casa, con ahorros bastante considerables, en una edad que, viviendo al día, ordinariamente se tiene más deudas que dinero contante, Siete Espadas sentía que la prosperidad le subía al cerebro, y cuando habló á Gaucher en términos desdeñosos de la locura de los ricos, era como para defenderse interiormente de las tentaciones y de los sueños cuyo asedio sentía locamente.

Todo lo que Gaucher, provocado por su silencio y su aire escéptico, le había dicho de la nueva burguesía de la ciudad alta, y de la posibilidad, de la misma facilidad, para un hombre inteligente, de llegar á esta brillante existencia, le había entrado en su cerebro como un hierro candente. El corazón le había latido de esperanza al escuchar á un amigo prudente y sin ambición personal abrirle las puertas del porvenir y esforzarse en empujarle hacia adelante, á él que temblaba de impaciencia y que fingía hacerse rogar.

Esa conversación le había emocionado tanto como las reconvenciones de Lise y las preguntas de su padrino á propósito de Tonina habían contribuido á alejarle del matrimonio, y sobre todo de un ma-

rimonio en el cual Tonina no podía ofrecerle en dote más que su gracia y su virtud.

Sentíase pues muy aliviado cuando se repetía las palabras de Laguerre:

—«Píde francamente perdón de tu ligereza, y retírate pronto para no agravar tus culpas.»

Pero al mismo tiempo sentía esas culpas ya demasiado graves para que fuese posible retroceder sin un poco de vergüenza, y la vergüenza dispone poco á la franqueza.

Sin embargo, apresuró el paso, esperando que Lise no habría hablado aún á su marido, y que Tonina en caso necesario sería bastante prudente para no irritar á Gaucher contra él, con sus quejas.

Gaucher, á pesar de su dulzura y de su alegría acostumbradas, no entendía razones sobre el honor de su familia. Por poco no hizo una mala partida á Molino.

Siete Espadas no era como Molino, hombre para retroceder y huir; pero quería á Gaucher, y reñir con él, al mismo tiempo que con Tonina, eran dos sacrificios á la ambición en vez de uno.

Llegó pues á casa de su amigo estremeciéndose de temor y de audacia, de pesar y de esperanza, de resolución y de incertidumbre, compartido y como dividido contra él mismo.

La noche había llegado.

Al entrar en el pequeño patio de la casa Gaucher, Siete Espadas vió á dos personas, á un hombre y á una mujer, sentados en el banco de delante la puerta. Reconoció la voz de Gaucher. La mujer, que tenía una niña sobre las rodillas, le pareció que

debía ser Lise; pero cuando estuvo muy cerca, casi retrocedió al ver que era Tonina.

Tonina no vivía en casa de su primo. Había ido pues allí para saber el resultado de la entrevista anunciada sin duda por Lise. Lise estaba dentro de la casa, ocupada en acostar á su hijo más pequeño.

III

Siete Espadas dió gracias á la obscuridad que ocultaba la turbación de su rostro, pues, aunque tuviese aplomo porque se creía en su derecho, hizo vanos esfuerzos para hablar con naturalidad y á propósito.

Gaucher no se fijó; Tonina que lo notó en seguida, pareció querer salir en su auxilio.

—Pienso, compañero,—le dijo con su hermosa alegría cariñosa que la abandonaba poco, hasta cuando tenía el corazón apesadumbrado,—que usted no viene á estas horas para hablar con Gaucher del tiempo que ha hecho hoy y del que podrá hacer mañana. Aquí pues estorbo yo. Voy á acostar á Rosita y volveré á ver si, á mi también, tiene usted algo que decirme después de haber hablado con mi primo.

Siete Espadas creyó ver en eso un medio para desechar sus incertidumbres. Según su costumbre de ponerse á la defensiva cuando pensaba que lo atacaban en su libertad, apresuróse á contestar para impedir á Tonina que se marchara, y sentándose en frente de ella en una silla que le interceptaba el paso:

—Si creyere,—le dijo,—que usted no me fuese con-

traría, acaso hablaría de lo que usted da á entender; pero hoy como los demás días parece que se burla usted de mi, y por eso...

—¿Por eso, qué?—dijo Gaucher, asombrado del giro que tomaba la conversación.—Mucho me gustaría saber con quien os las habéis los dos.

—Explíquese usted,—dijo Tonina á Siete Espadas,—y déjeme usted llevar á su madre á Rosita que se está durmiendo.

—Dámela,—dijo Lise, que llegó á la puerta:—los tres sois los que debéis explicaros. Siete Espadas ha venido para eso, lo sé: tu también, lo presumo. Ya no se puede retroceder, pues.

Cojió á su hija y entró en la casa.

Gaucher, sorprendido, rogó á Siete Espadas que hablara. Tonina esperó que hablase. Siete Espadas buscando una escapatoria que no acudía, permaneció más mudo que un tronco.

Tonina sintió que dos gruesas lágrimas le corrían por las mejillas. Acaso si Siete Espadas las hubiese visto se habría dado por vencido; pero no las vió, y Tonina comprendió que debía tomarlo todo sobre ella.

—No haga usted mala cara, compañero,—dijo en tono juguetón poniendo su altivez y todo su valor para sostenerlo,—no soy su enemiga, y no le desprecio. Sé que es usted hombre honrado y buen obrero; pero no tengo por ahora el pensamiento de casarme. Se me figura que soy demasiado joven, y además no creo que pudiéramos convenirnos.

Siete Espadas se sintió tan derrotado por la dignidad de Tonina que quedó más lastimado que contento al verse libre.

—Ya lo ve usted, Tonina,—díjole con despecho,—que no me equivocaba sobre sus sentimientos para conmigo y que tenía mucha razón en no apresurarme para pedir su mano; me parece que habría podido usted ahorrarme la molestia de venir aquí para hacer dicha diligencia, y que, desde el primer día que le hablé, tenía usted la libertad completa de decirme que no le gustaría nunca.

—¿Entonces soy yo la culpable, no es cierto?—contestóle Tonina en tono de reproche tan cariñoso que únicamente él pudo comprender la amargura.—¡Pues bien! me justificaré como pueda,—añadió dirigiéndose á Gaucher.—No me tome usted por una muchacha que tiene la coquetería como norma, primo, lo sentiría mucho. La verdad es que su amigo Siete Espadas me hizo comprender hace unos siete meses, que tenía la idea de casarse conmigo.

—No hizo bien,—dijo Gaucher,—á mi es á quien debía haber hablado primero.

—Es verdad,—contestó Siete Espadas,—no hice bien: tuve el orgullo de no querer que Tonina se decidiera influida por las recomendaciones de sus parientes. Había deseado deberlo á ella misma. Es acaso orgullo, y tu sabes que lo tengo...

—Además,—repuso Tonina,—deseaba hablar á usted, en seguida que yo le hubiese dicho que sí. Yo he sido quien se lo ha impedido declarando que era inútil.

—¿Cómo arreglais eso los dos?—dijo Gaucher.—Me parece que no estais de acuerdo. El muchacho se queja de no haber sido desengañado desde la

primera palabra, la muchacha pretende lo contrario. ¿Acaso estaríais equivocados los dos?

—Quizá,—contestó Tonina,—pero ni en uno ni en otro la equivocación es muy grave. Siete Espadas me habló formalmente, yo le contesté lo mismo; pero acaso no nos hemos comprendido bien. Sin duda creyó que cambiaría de idea y se ha equivocado; esperaba; yo, he creído que ya no pensaba en mí y he descuidado repetirle mi negativa.

—Y ahora,—dijo Siete Espadas, siempre comparado entre la alegría y el despecho,—ya no tengo que hacerme ilusiones, y si aun he traído algunas aquí, puedo recogerlas é irme á dormir sobre ellas.

—¡Un instante!—exclamó Gaucher, que era demasiado franco para comprender lo que ocurría—veo que padeces amigo mio, y veo también porque me lo parecía desde hace tres meses y porque esta mañana decías que no eras feliz á pesar de tu gusto por el trabajo, y el buen estado de tus asuntos. ¡Pues bien! si es el amor lo que te contraría, quiero saber las razones que tiene para rechazarte, Tonina. No pueden ser buenas, porque, además de que eres un partido muy bueno, no veo, yo, lo que te falta para agradar, y que reproche pueden hacerle.

—¿Entonces,—repuso Tonina riendo contra su voluntad,—quiere usted hacernos reñir? Por qué si tengo mala opinión de él, se enfadará y me contestará cosas desagradables.

Siete Espadas estaba inquieto previendo una explicación que podía arreglarlo todo entre Tonina y él, y no obstante no podía someterse á ser mal juz-

gado sin defenderse, é insistió para hacerla hablar sobre ese punto.

—Puesto que usted lo desea también,—dijole,—no le ocultaré nada. Usted tiene, demasiada inteligencia, y ambición por la riqueza. Son cualidades que usted posee sin duda, pero para mí serían defectos. Cuando usted me habló de casarse Siete Espadas, creyó darme una gran satisfacción diciéndome: Haré fortuna, se lo aseguro. Además que trabajando por piezas puedo hacer doble que los de más, en la cabeza tengo invenciones que antes de poco tiempo me harán el socio de algún fabricante...

—¿Dije eso á voz en grito—replicó Siete Espadas confuso y lastimado,—ó se lo dije en secreto? Usted habría debido, ú olvidarlo, ó guardarlo para usted, Tonina!

—Si es un secreto—repuso Tonina,—soy buena para guardarlo, pierda usted cuidado, y, diciéndolo delante de Gaucher no lo expongo; pero que sea formal ó no, eso me ha dado que pensar. Usted decía: «No soy para permanecer enterrado en la Ciudad Negra. Entré de aprendiz, quiero salir maestro y propietario; yo también algún día tendré allá arriba mi casa pintada y mi jardín con flores; mi mujer llevará vestidos de seda, y mis hijos irán al colegio.»

—¡Dijo eso!—exclamó el cándido Gaucher entusiasmado,—¡pues bien! ¿por qué no? Los hay que se han roto el espinazo, es cierto; pero muchos otros que no tenían su capacidad lo han conseguido. ¿Es pues que usted cree que la ambición le trastorna el

cerebro, y que descuidará el trabajo antes de haber recogido el fruto?

—¡Sí,—dijo Siete Espadas, de más en más lastimado,—¡hé aquí lo que cree! Me ha tomado por un iluso y un cabeza loca.

—Se equivoca usted,—contestó Tonina,—no creo eso. Hasta estoy casi segura que triunfará usted, porque...

—Porque ¿qué?—dijo Gaucher, al ver que no acababa de exponer su pensamiento.

—¡Por qué es muy valeroso y muy hábil—repuso sonriendo Tonina, que le faltó poco decir,—¡porque no amará nunca á nadie!... Pero yo,—añadió,—es mi idea no salir de mi estado. ¡Y usted sabe muy bien que tengo motivos para desconfiar después de lo que he visto tan cerca de mí! No pretendo que sea imposible á un enriquecido portarse bien en familia; pero creo una cosa: es que es difícilísimo á un burgués contentarse siempre con una hija de obrero. Somos demasiado sencillas, no sabemos hablar ni llevar el sombrero. Las señoras nos encuentran y se burlan de nosotras. Yo también soy altiva, es mi defecto; quiero casarme con uno de mis iguales y jamás un compañero que piense en la ciudad alta será mi esposo. He aquí todo lo que tenía que decir; ya ve usted Siete Espadas, que no hay motivo de ofensa. Cada uno tiene su gusto y su voluntad, le suplico que no esté usted resentido conmigo y que me olvide.

Después de haber dicho esto, la Tonina se retiró, no escuchando lo que Gaucher pudo decirle. Lise que había ido á sentarse en el banco, quería retenerla también, porque creía haber adivinado que

en el fondo del corazón su prima amaba al bien apuesto compañero; pero todo fué inútil. Tonina veía muy bien que Siete Espadas la retenía con poca firmeza y temía ceder.

—¡Vamos!—dijo Gaucher cuando su prima se hubo marchado,—es una muchacha muy rara, y no la creía tan formal ni tan seria. Tiene la imaginación sorprendida por lo que vió en su pobre hermana; pero razona mal en lo que te concierne, y harás muy bien compañero, de no atormentarle más por ella. Una mujer que tiene esas ideas no te conviene. Te impediría prosperar.

—¿Crees, pues, Gaucher,—repuso Siete Espadas muy pensativo,—que esté destinado á prosperar yo? ¡Ten cuidado! ¡si me equivocase, no deberías animarme.

—Querido amigo,—contestó Gaucher,—no sé qué descubrimiento has podido hacer, y como no soy muy competente en asuntos de mecánica, sería mal juez de tus invenciones; pero hay una cosa que te he dicho esta mañana y que te repito esta noche, creyéndola segura: es que ganando doce francos al día, al cabo de algunos años se pueden tener por delante algunos *billetes de mil*, asociarse y montar un taller de su propiedad. Después uno se las arregla más ó menos bien; pero nada impide que se sea afortunado, y yo no soy de los que dicen que se hace mal en querer hacerlo. Buscar ser feliz es el derecho del hombre, y es acaso el deber del que tiene los medios. La felicidad de los unos, sirve de estímulo á los demás y si los que trabajan no tuvieran ante su vista á los que des-

cansan, perderían el ánimo. Sigue pues tu camino sin dejarte espantar, ni por tu anciano padrino que cree que todos los habitantes de la ciudad alta están condenados, ni por la Tonina, que ha sufrido en su infancia y que cree ver hombres como Molino por todas partes. Además eres joven, necesitas aún tu libertad de imaginación. No pienses pues ni en el matrimonio, ni en el amor. ¿No tienes ni un día, ni una hora que perder si quieres hacer fortuna!

Cuando Siete Espadas se hubo despedido de Gaucher y de Lise, ésta reconvino á su marido por los malos consejos que daba á aquel joven.

—¿Eres pues ambicioso tú también?—dijole.

Ambicioso de hacerte feliz,—contestó alegre y y francamente el bueno del joven.

—¡Sí, lo que me dices está bien, pero quizás te arrepientas de haberte casado conmigo sin embargo.

—¡De veras que no!—dijo Gaucher con voz fuerte y alegre,—nunca habría tenido la paciencia de reunir ahorros para mí solo, y sin ti no me sentiría bueno para nada!

Y dió un beso en cada mejilla de su mujer. Siete Espadas, que se iba, oyó de la calle esos besos sonoros y esas palabras francas. Su corazón se opri-
mió.

—No pienses en el matrimonio ni en el amor, le había dicho Gaucher, lo que significa, decíase Siete Espadas para su adentro, no conozcas ni la felicidad ni el placer! ¿Qué, pues, entonces? ¿el trabajo, la obstinación, el infierno, durante toda mi juventud? ¿Ese es un castigo muy duro y que parece condenar mi ambición!

Siete Espadas, en vez de regresar á su casa, pasó de largo por delante de su morada, salió de la ciudad y subió, como al ocaso, la corriente impetuosa del río. La noche era densa, y en aquella garganta profunda, el sendero no estaba iluminado más que por el reflejo plateado de las cascadas.

—¿No obstante debería encontrarme muy aliviado, decíase, porque héme aquí completamente libertado del capricho del matrimonio! Esa Tonina es una buena muchacha, después de todo, por haber presentado las cosas de manera que Gaucher no haya tenido que hacerme reproches. ¡Cree que es ella la que me rechaza, mientras que si hubiese estado obligado á confesar la verdad, á estas horas seríamos enemigos á muerte! ¡Sí, sí, la Tonina es inteligente, tiene prudencia y un corazón generoso!

Y, al mismo tiempo que pensaba en la conducta de la Tonina, Siete Espadas se puso á sentirla, y á decirse que la mayor ligereza que hubiese cometido acaso no era haberla cortejado sin reflexión, sino haber renunciado á ella después de haber reflexionado demasiado. Y luego, gracias á la inconsecuencia, á la cual no puede escapar una alma altiva cuando se ha dejado dominar por un momento de mala fé, el joven armero se hallaba de pronto lastimado de la especie de desdén oculto en el fondo del pretendido rechazo de Tonina.

—Y si era negación muy real y voluntaria! ¡Si de veras le comparaba con su cuñado y le juzgaba capaz de una conducta indigna!

—En esto sería injusta y loca, decíase con inquietud. ¡No! no es posible que me confunda con

un hombre egoísta y grosero como ese Molino! ¿Cuándo me ha visto brutal y calavera? ¿Y qué apariencia existe para que lo sea? ¿Es ese, pues, el fin de mi deseo de riqueza? ¿acaso un hombre inteligente piensa en la taberna y en frecuentar malas compañías?

Convencido de la injusticia de Tonina, Siete Espadas no por eso dejó de hacer su examen de conciencia, como si la hubiese sentido al lado de él, contemplándole con una mirada severa ó burlona, y se contestaba:

—¡No, mi corazón no tiene nada de cobarde, mi cerebro no tiene nada de desordenado! No es la repulsión del trabajo lo que me arrastra, no es la vanidad del lujo burgués lo que me ciega. Mi objeto es más elevado que eso. No soy de los que pueden aceptar un trabajo de máquina durante toda su vida, porque todo espíritu algo noble, tiene horror á la esclavitud; el trabajo del taller es embrutecedor, y, en el comercio, hay un movimiento de ideas, emociones, intereses variados, cálculos, por fin cierta pasión que desarrolla la vida en una esfera menos estrecha. ¿Desearia verme, como mi padrino, pasar sesenta años forjando una barra de hierro, siempre de la misma manera, para darle eternamente la misma forma? ¡Mi padrino es viejo! De su tiempo cuando no se era soldado, no se llegaba nunca á nada. ¡Hoy es otra cosa, la industria reina y la juventud puede llegar á todo!

Discutiendo así con el fantasma de Tonina, se puso muy triste, porque le parecía oírle gemir por ella y por él, y la voz plañidera de las aguas que

corrían á sus pies tomaba por momentos el acento de un sollozo.

Entonces volviase involuntariamente para vencerse que estaba solo, y, al verse completamente así, se ponía aún más triste, porque habia en el fondo de su conciencia una voz aun más afligida que la del torrente, y esta voz le decía:

—¡Hete aquí solo para siempre!

Sin embargo, el demonio de la ambición que le seguía en las tinieblas le ayudó á tranquilizarse.

—¡Bah! ¡bah!—decíale ese consejero invisible,— la Tonina es algo menos tonta que las demás ¡eso es todo! no ha querido quejarse y estar vencida; ha visto muy bien que no era amada formalmente, y que una obrera como ella sería un estorbo en la vida de un muchacho que tiene porvenir. Es bastante bonita; pero sus manos blancas y su aire de princesa no le impiden tener ideas muy limitadas y la vanidad democrática que es la más insoportable de todas las vanidades. Además, para estar enamorado de su mujer hasta el punto de sacrificarle sus proyectos y uncirla para siempre á la miseria, ó al menos á la economía sórdida, es preciso ser algo iluso, algo ignorante, como ese bueno de Gaucher. Una vez reñido con la esperanza, uno se embrutece paulatinamente en el trabajo cotidiano; se llega insensiblemente á no sentir ya, á no comprender lo mejor; se descuida uno y se abandona en lo moral y en lo físico. Sin duda Lise es una buena mujer, bastante inteligente, y cuando Gaucher la tomó era una rosa por la frescura. ¿Qué se ha vuelto después de dos años de matrimonio? La sombra de ella misma, y ahora que tiene dos hijos, está flaca, marchi-

ta, á menudo sucia y andrajosa, lo cual es una virtud en una madre de familia económica, pero enfria y fastidia á un marido, al menos que, como el de Lise, pierda también el gusto de elegancia y el cuidado de su persona. ¿Así pues se volvería Tonina al día siguiente de su boda? ¿Y yo me encontraría que había matado el amor sacrificándolo todo!

Sonando así, Siete Espadas se halló en medio del monte en lugares tan difíciles de salvar durante la noche, que se paró y se apoyó contra un dentellón de granito para no despeñarse en el precipicio. Había perdido el sendero y no sabía exactamente donde estaba.

IV

No reconoció el pasaje donde se hallaba más que distinguiendo debajo de él un recodo que hacia el torrente, y, sobre la blancura de la espuma, el ángulo negro de un pequeño tejado de fábrica. Todo el curso del río estaba lleno de trecho en trecho de esos pequeños talleres que siempre iban disminuyendo de importancia á medida que se internaba en la abertura estrecha de granitos y que se aleja ba de la ciudad.

Las había que estaban situadas tan peligrosamente que los obreros corrian el peligro de ser arrastrados por la crecida de las aguas durante los días de tormenta, ó por la caída de los peñascos que estaban á punto de despeñarse de todos lados.

Siete Espadas pensó en la fuerza y en la debili-

dad del hombre luchando así con la escabrosidad de la naturaleza, disputándole el tesoro de un hilito de agua que á todas las horas puede barrer sus esperanzas, sus trabajos y su vida. Lejos de estar espantado de esa idea, púsose á pensar que la miserable fábrica cuya situación rara contemplaba que estaba en venta desde hacía poco tiempo, y á bajo precio probablemente, porque el que la había construido gastó en ella todos sus ahorros y había caído bajo el golpe de la expropiación forzosa. He aquí, pensaba el joven ambicioso, el único peligro serio de la vida del trabajador; no es ser arrastrado por una tromba de agua ó hacerse estropear por las máquinas; el que arriesga el todo por el todo no teme más por su piel que el soldado que va al fuego; pero no poder dominar esa bestia feroz que se llama la suerte, verla escaparse después que se la ha alcanzado y domado veinte veces, hay acaso motivos para volverse loco y renegar de Dios!

Pero como todo es alimento para la pasión, en vez de compadecer al pobre industrial y temer su mala suerte, Siete Espadas no pensó más que aprovecharse de su desastre.

—Estoy seguro, dijose, que esa casucha no se venderá más de lo que representan dos años de mi trabajo; otro año pagaría el mobiliario y las herramientas. Pues tengo cuatro años de ahorros, y desde mañana podría ser amo si quisiera, amo en pequeño seguramente, de la última categoría de la casta; pero á los veinticuatro años es raro y honroso. Necesitaria poco tiempo para hacer prosperar ese pequeño establecimiento: lo revendería entonces por el doble, acaso por el triple de lo que me

ta, á menudo sucia y andrajosa, lo cual es una virtud en una madre de familia económica, pero enfria y fastidia á un marido, al menos que, como el de Lise, pierda también el gusto de elegancia y el cuidado de su persona. ¿Así pues se volvería Tonina al día siguiente de su boda? ¿Y yo me encontraría que había matado el amor sacrificándolo todo!

Sonando así, Siete Espadas se halló en medio del monte en lugares tan difíciles de salvar durante la noche, que se paró y se apoyó contra un dentellón de granito para no despeñarse en el precipicio. Había perdido el sendero y no sabía exactamente donde estaba.

IV

No reconoció el pasaje donde se hallaba más que distinguiendo debajo de él un recodo que hacia el torrente, y, sobre la blancura de la espuma, el ángulo negro de un pequeño tejado de fábrica. Todo el curso del río estaba lleno de trecho en trecho de esos pequeños talleres que siempre iban disminuyendo de importancia á medida que se internaba en la abertura estrecha de granitos y que se aleja ba de la ciudad.

Las había que estaban situadas tan peligrosamente que los obreros corrian el peligro de ser arrastrados por la crecida de las aguas durante los días de tormenta, ó por la caída de los peñascos que estaban á punto de despeñarse de todos lados.

Siete Espadas pensó en la fuerza y en la debili-

dad del hombre luchando así con la escabrosidad de la naturaleza, disputándole el tesoro de un hilito de agua que á todas las horas puede barrer sus esperanzas, sus trabajos y su vida. Lejos de estar espantado de esa idea, púsose á pensar que la miserable fábrica cuya situación rara contemplaba que estaba en venta desde hacía poco tiempo, y á bajo precio probablemente, porque el que la había construido gastó en ella todos sus ahorros y había caído bajo el golpe de la expropiación forzosa. He aquí, pensaba el joven ambicioso, el único peligro serio de la vida del trabajador; no es ser arrastrado por una tromba de agua ó hacerse estropear por las máquinas; el que arriesga el todo por el todo no teme más por su piel que el soldado que va al fuego; pero no poder dominar esa bestia feroz que se llama la suerte, verla escaparse después que se la ha alcanzado y domado veinte veces, hay acaso motivos para volverse loco y renegar de Dios!

Pero como todo es alimento para la pasión, en vez de compadecer al pobre industrial y temer su mala suerte, Siete Espadas no pensó más que aprovecharse de su desastre.

—Estoy seguro, dijose, que esa casucha no se venderá más de lo que representan dos años de mi trabajo; otro año pagaría el mobiliario y las herramientas. Pues tengo cuatro años de ahorros, y desde mañana podría ser amo si quisiera, amo en pequeño seguramente, de la última categoría de la casta; pero á los veinticuatro años es raro y honroso. Necesitaria poco tiempo para hacer prosperar ese pequeño establecimiento: lo revendería entonces por el doble, acaso por el triple de lo que me

costase, lo que me permitiría comprar otro más importante, y así poquito á poco, acercándome al centro de nuestras industrias, es decir descendiendo el curso del río, remontaría el de la fortuna.

Esta metáfora encantó al armero.

Cuando un hombre ha tenido que luchar con grandes perplejidades de conciencia, á veces acepta con placer una fórmula cualquiera, un sencillo juego de palabras que se presenta, como una solución triunfante. Las personas sencillas y entusiásticas fácilmente son fatalistas.

El joven obrero se imaginó que su destino le había llevado á aquel lugar agreste para poner la mano sobre el instrumento de su riqueza.

Coordinó sus recuerdos. Conocía muy bien el sitio por uno de los más espantosos y menos frecuentados del Valle del Infierno. Sin embargo había un sendero practicable que subía á la carretera de la ciudad alta, y un pequeño camino de herradura que seguía el torrente é iba, por numerosos circuitos, á enlazar la ciudad baja. No había mucho más de media legua, sea por la cuesta, sea por el fondo del barranco.

Aquella fábrica se llamaba *la Barraca*, un nombre muy denigrante y el lugar que se hallaba situada *el Hoyo Perdido*, un nombre de mal augurio! No obstante la corriente del agua era fuerte, y la piedra de buena calidad para edificar si querían ensancharla. La fabricación que habían establecido era de las más humildes; consistía en herramientas de jardinería y de agricultura rudimentaria: pero la vecindad de varios cortijos y aldeas situadas en la otra vertiente de la montaña debía asegurar una

venta regular, si querían recorrer las ferias y mercados. A esa fabricación se podría añadir con pocos gastos la de clavos.

Siete Espadas experimentaba alguna repulsión por esos trabajos groseros, ¡él, que sobresalía en templar la hoja de un puñal ó de una espada y en montar esas nobles armas con gusto y saber! ¿pero no se podía aplicar la habilidad y la inteligencia á las producciones del último orden, hacer más ligera y segura la podadera ó la hoz en manos del campesino, perfeccionar la más sencilla herramienta y hacer sentir la superioridad del obrero?

Sonó una existencia libre y activa. Velase ya propietario de dos ó tres mulas robustas, paseando su mercancía por los poblados de la llanura, ó, aún mejor, montado en un buen caballote de la montaña yendo á ciudades más lejanas, crear relaciones, apoderarse, gracias á su lenguaje claro y correcto, á sus ideas honradas y á su aspecto simpático, de la parroquia de los detallistas. ¡Veía tierras, respiraba á plenos pulmones el aire de los campos fértiles, él que estaba encerrado desde hacía doce años en el negro abismo del Valle del Infierno! Adquiría conocimientos, se hacía apreciar. Su instrucción y su probidad le harían en pocos años un hombre importante, considerado, pudiendo hacer favores y apoyarse en un crédito siempre creciente. Por fin aspiraba subir, sin darse cuenta donde se detendría, no conociéndose ningún mal desecho que satisfacer, sobretodo teniendo sed de hacer por hacer y sintiendo únicamente su punto de partida, el pesar secreto de Tonina, porque, sin ese reproche inte-

30728

rior, sus voluntades y sus esperanzas no tenían nada que no fuera legítimo.

Cuanto más miraba aquella casucha del Hoyo Perdido, más se la apropiaba en su pensamiento. Aquel paraje espantoso, aquel lugar desierto le parecía un taller digno de su audacia.

—¡Aquí seré el único amo y dueño de mi casa! Tendré obreros que trataré más humanamente que he sido tratado por los que han explotado mi talento hasta hoy. Seré el rey de esta soledad, nadie más que yo vencerá este torrente y arrostrará sus furiosos, ningún otro ruido que el de mi trabajo luchará contra su ruido. Plantaré aquí mi tienda por dos ó tres años todo lo más. Tendré algunos libros y con la ayuda de los viajes estudiaré á fondo mi oficio. Saldré de ahí más listo que los que se alaban de saberlo todo sin haber visto ni leído nada. A caso entonces esa altiva Tonina sentirá haberme dejado salir de la Ciudad Negra sin confesarme su pesar y sin hacer un esfuerzo para retenerme.

El propietario de la casucha era un llamado Audebert, que Siete Espadas conocía muy poco y que pasaba por un hombre ligero de cascos. Le había visto algunas veces y se había alejado de él como de un parlachín, temerario, bonachón, que hacía encoger de hombros á las personas formales y positivas.

Hacia mucho tiempo que no le habían visto en la Ciudad Negra; había efectuado muchas idas y venidas por las cercanías, procurando animar sus negocios, y no había inspirado confianza á nadie.

En aquel momento, creían que estaba en Lyon. Si no regresaba al final de la semana con dinero,

sus acreedores estaban decididos á embargar todo lo que poseía.

He aquí lo que Siete Espadas recordó haber oído decir á su padrino unos días antes.

Quedóse muy sorprendido, pues en el momento en que se disponía á tomar el camino de su casa, vió un rayo de luz que parecía salir de la fábrica abandonada, que se deslizaba, extendiéndose y fijándose en el recodo espumoso del río que pasaba por el umbral.

—¡Oh! ¡ciertamente! pensó, ¡parece providencial! ¡Allí hay gente y claridad! ¡No soy supersticioso, que si lo fuese podría creer que algún buen ó mal espíritu me lleva á mi salvación ó á mi pérdida! Es preciso que en el acto vaya á examinar ese establecimiento en el cual no he entrado nunca.

Guiado por el resplandor misterioso, Siete Espadas descendió de peñasco en peñasco y llegó á la entrada de la casucha. Estaba cerrada, la luz salía de una abertura de la galería superior. Sin embargo ningún movimiento revelaba la presencia de un ser humano.

Siete Espadas llamó; pero sea que el murmullo del agua sofocara el ruido, sea que no se quisiese contestar, llamó en vano. Sintiendo su curiosidad excitada por aquel silencio, y observando que la luz se proyectaba en un peñasco plantado en el centro del agua y precisamente delante de la fábrica, salvó el brazo del torrente con una madera que estaba echada allí, y trepó á la roca de manera que pudiese ver el interior de la morada. El agua estaba tan encajonada en aquel sitio que con

un salto atrevido se hubiera podido salvar la distancia.

Entonces vió distintamente un espectáculo bastante raro. Un hombre estaba solo en aquel tinglado, de espaldas á la luz, que se reflejaba en su frente calva y reluciente. Era un cráneo elevado como los de los entusiastas, pero defectuoso en la caída de la frente, que denotaba la falta de continuidad ó de fuerza en la reflexión. Ocupábase en escribir en la pared con carbón. Escribía recio y con pena. Cuando hubo acabado se volvió, y Siete Espadas, reconoció al pobre Audebert, que le pareció estar pálido y con los ojos ardientes. Aquel hombre cogió una cuerda, é hizo lentamente y con reflexión un ruido particular que volvió á empezar varias veces; después desapareció.

Una idea siniestra atravesó la imaginación del joven armero. Miró con cuidado lo que estaba escrito en la pared, y consiguió leer estas palabras, cuyas incorrecciones es inútil reproducir: «Me mato, por la vergüenza y el pesar que tengo de haberlo perdido todo. He sido un hombre honrado y valeroso. Rogad por mi alma.» Siete Espadas, viendo muy bien que había asistido á los preparativos de un suicidio, iba á correr de nuevo hacia la fábrica, cuando vió comparecer otra vez al desgraciado obrero. Este se acercó á la pared y borró la palabra *me mato*, para escribirla de otra manera; luego la borró de nuevo y se decidió á restablecerla tal como la había escrito la primera vez.

Su incertidumbre provenía probablemente de que no sabiendo bien la ortografía, deseaba ser comprendido bien por los que la leerían. Acaso también

un último sentimiento de amor propio inocente le preocupaba á esa hora suprema.

Siete Espadas preguntóse rápidamente cómo podría arrancar á aquel infeliz de su proyecto funesto. La puerta estaba bien cerrada, y cuando consiguieran derribarla, acaso sería demasiado tarde.

Ocurrióle una buena inspiración, que fué gritar con todas sus fuerzas: «¡Socorro! ¡socorro! ¡á mí, amigos!»

Existen pocos hombres que, en el momento de acabar voluntariamente con la vida, no se olviden de sí mismos ante la idea de salvar á sus semejantes.

El desgraciado anciano, que acaso había pasado ya la cabeza en la cuerda, salió corriendo y halló á Siete Espadas que iba á su encuentro y que le cogió en sus brazos, triunfante del buen éxito de su estratagema.

—¡Diantre! me ha molestado usted mucho,—dijo el pobre Audebert, cuando ambos se hubieron explicado,—pero lo que está aplazado no está perdido!

—¡Veterano, lo que está usted diciendo no es muy alegre!—contestóle el joven obrero entrando con él en la fábrica.—Usted no tiene mujer ni hijos, ya lo sé; ¿pero no tiene usted un solo amigo?

—No, hijo mío, ya no tengo amigos, y cuando todo lo que hay aquí sea vendido, mis deudas no estarán pagadas por completo.

—¡Pues bien! ¡el honor le obliga á trabajar hasta que lo estén!

—Es cierto, pero mi valor no puede más, y, como

ya no me siento bueno para nada, prefiero la muerte á la vergüenza de mendigar.

Siete Espadas pensó que el mejor medio de distraer á aquel hombre descorazonado era hacerle contar sus penas y le interrogó.

—Mi historia no es alegre,—contestó el anciano.—He estado casado y he sido padre de familia como tu padrino Laguerre, que me conoce mucho, y que sabe bien que jamás he perjudicado por valor de cinco céntimos á nadie. Eramos amigos, y reñimos porque no quise seguir sus consejos. Habiendo perdido los dos, á los cuarenta años, á nuestros hijos y mujeres en la época de la epidemia, cada uno emprendió un camino diferente. La idea de tu padrino era ahorrar dinero para descansar á la vejez, lo que no le ha impedido llegar hasta la edad que tiene sin descansar y sin darse ningún placer.

El que quiere el *dinero muerto* no tiene nunca bastante, y cuando menos lo aprovecha, más lo desea. No es que quiera tachar á tu padrino de avaro: sé que es bueno para tí, creo que te dejará sus doblones, y, como pasas por buen sugeto su fatiga no habrá sido perdida; pero habrías podido salir de todos tus apuros sin él, asegurando mejor tu fortuna haciendo tomar un poco el aire á la suya. Yo, he obrado de otro modo. Los acontecimientos no me han dado razón, lo cual no me impide creer que la tenía. Además ¿para qué exponerte mis ideas? Debes tener las del tío Laguerre y pensar que vale más pájaro en mano que buitres volando.

—No,—contestó Siete Espadas,—no tengo las ideas de mi padrino; por eso no cuento con su herencia. Espero que pronto saldré de la Ciudad Ne-

gra, y sé muy bien que á partir de ese día se interesará muy poco por mi porvenir, pero se trata de usted, y le aseguro que puede decirme sus opiniones sin temor que le critique ó que me burle de usted.

—¡Oh! entonces—repuso Audebert,—es diferente. Veo que, tú también, entiendes la vida activa; pero quizás no la entiendes absolutamente como yo, y sobre ese particular quiero explicarme. Será probablemente por última vez... ¡Pues bien! no estoy resentido con Dios por haberme mandado un muchacho inteligente para que sea testigo de mi buen corazón y lo afirme cuando yo no esté en el mundo para defenderme. ¡Pero esta bujía se acaba; cuando la he encendido creía muy bien que duraría más que yo! Ven al borde del agua; si me consuelo de estar aún en este mundo es porque podré contemplar todavía las estrellas. No había una sola en el firmamento cuando la desesperación me cogió, y hé aquí el tiempo que se aclara un poco, como mi corazón, reanimado por la bondad del tuyo; pero las noches sombrías volverán, hijo mío, y con ellas una idea más negra que la tuya, la idea de que no soy estimado y querido de nadie.

—Vamos,—repuso Siete Espadas,—lo que me está usted diciendo, es ingratitud. Si usted merece amistad, como lo dice, ¿por qué no he de tenerla por usted? Trate de inspirármela antes de creerme incapaz.

—¡Tienes razón, buen muchacho!—dijo Audebert pasando su brazo bajo el del armero.—¡Ven, ven te lo diré todo! ¡Me confesaré contigo delante de Dios!

V

Cuando los dos obreros estuvieron sentados en el exterior, Audebert habló así:

— «A los cuarenta años, habría podido volverme á casar con alguna viuda, porque en aquel momento el cólera había dejado muchos puestos vacíos en las familias; pero sufrí demasiado al perder mi esposa y no me sentía ya capaz de amar á una segunda hasta el punto que es preciso amarla para soportar las fatigas y penas del trabajo. El que vive solo al menos está al abrigo de toda inquietud formal. Puede obrar á su antojo. Nuestras industrias son bastante buenas y las hace miserables el tener que alimentar demasiada gente.

»Estuve pues solo y triste durante muchos años, trabajando para distraerme de mis penas, sin gastar nada, porque tenía el corazón muy lastimado para oír, reír y cantar. Resultó que el dinero se amontonó por sí solo, y cuando me encontré con alguno, un día que me sentía más abatido que de costumbre, tuve la idea de hacer como tu padrino ha hecho más tarde, es decir, adoptar un huérfano para dar á alguien la dicha que no podía ya disfrutar por mi cuenta.

»Esa idea me llevó á reflexionar en la miseria del obrero en general, porque, buscando en la ciudad el niño más digno de mi compasión, ví tantos (y acaso aun más entre los que tienen padres que entre los que están á cargo de la caridad pública), que habría deseado poder adoptarlos todos. Enton-

tonces cambié de proyecto y creí hallar el remedio de la miseria.

»Era una gran preocupación, que ya no me dejó un momento de reposo. En primer lugar pensé en la asociación, de la cual practicamos un esbozo en nuestros reglamentos de compañerismo, pues, para extenderle convenientemente, sería preciso un primer capital bastante importante y un primer pensamiento bastante fuerte. Conociendo que carecía de los conocimientos y talentos que son necesarios para fundar una sociedad y hacer coadyuvar á personas ricas, se me metió en la cabeza crearme un capital del cual más tarde podría servirme de una manera ó de otra, para el bien de todos. No sabía aún lo que podría proponer, y sobre el particular he construído muchos proyectos que es inútil enumerar, puesto que fracasé en la creación del capital necesario; pero tengo verdadero interés en decirte, joven, que no es el amor al dinero lo que me ha lanzado á las empresas; es el afecto que sentía por todos mis compañeros desgraciados. Habría deseado, como Enrique IV, cuya historia he leído, poner la gallina en el puchero de todos los obreros, y de pronto me sentí poseído por un gran amor propio, como si oyera en mis oídos una voz que me dijese: «¡Anda, y cree en tí mismo! ¡Has sido elegido para ser el padre del pueblo de la Ciudad Negra!»

»¡Hé aquí lo que me ha perdido, pobre hijo mío! Me creí un hombre superior á los demás, y no quise calcular, tanta fé tenía, que una providencia expreso vendría á socorrerme. Me dí prisa en colo-

car mis horror en esta barraca, que pagué carísima, porque no tuve paciencia para regatear. Puse obreros, más de los que necesitaba, porque me hallé pronto lleno de mercancías que vendí mal por demasiada confianza, y mi confianza provenía, debo confesarlo como se confiesa á la hora de la muerte, de que no quería creer que con proyectos tan generosos, no hallaría el auxilio y la consideración que me eran debidas en todas partes.

» Por fin he fiado demasiado en mi destino, y el mismo se ha complacido en engañarme, porque llegó un año que tuve bastantes y buenos beneficios, y desde entonces mi pobre cabeza se exaltó. Creí que tocaba á la riqueza, y me puse á obrar como si la tuviera ya. Compré algunas tierras, con la intención de fundar una Granja modelo.

» Y sin embargo, no tenía nada, porque lo que acababa de ganar cubría apenas lo que había perdido. Empecé á contraer deudas sin preocuparme. Luego, una vez que llegó la inquietud, formé proyectos asombrosos para salir de apuros. Me imaginé que exponiendo mis ideas para la dicha del pueblo, ideas que había madurado poco á poco en mi cerebro, hallaría personas instruidas para darme la mano y ayudarme á realizar mis planes. Como no sabía escribir muy bien, fui á consultar un hombre muy bueno y muy sabio de la ciudad alta, y le propuse comunicarle mis descubrimientos, que después podría redactar y ponerlos en conocimiento de las autoridades. Ese hombre era el señor Anthime cuyo hijo es médico desde hace poco tiempo. No es rico, pero es muy atendido y considerado en la población, debes saberlo.

» Escuchóme con paciencia y atención; pero, yo cuando me ví obligado á coordinar los pensamientos que me agitaban, aunque siempre se me haya dicho que á veces tenía un lenguaje más elevado que mi posición, no pude encontrar que decir y no dije claro ni útil. Hacía muy bien la crítica de las cosas que existen, y describía hasta con elocuencia las desgracias y sufrimientos del obrero; pero cuando era preciso llegar á dar el remedio que me había jactado en poseer, mis pensamientos se turbaban y se confundían en mi pobre cabeza, y no conseguía sacarlos en claro. Sin duda era demasiado tarde, había sufrido ya demasiado.

» Amigo,—me contestó el que consultaba,—todo lo que ha soñado usted confusamente ha estado examinado, escrito, publicado, propuesto y discutido por hombres más hábiles que usted. Aun no está resuelto el problema de la miseria, de modo que sea aplicable con prontitud; y trabajan siempre en ello. Que se trabaje así ya es cosa buena; pero, como es la cosa más difícil que existe en el mundo, trabajar útilmente; para ello es preciso poseer mucha inteligencia é instrucción. No dudo de sus capacidades naturales, pero usted no sabe nada de lo que ocurre á diez leguas de la Ciudad Negra, y usted no tiene ninguna idea de lo que es la sociedad. Usted pierde el tiempo, y cansa su cerebro sin provecho para nadie. Haría mejor en pensar en ganar su sustento, y, como sé que está usted muy apurado, pongo mi bolsa ó mi firma á su disposición.

» Rechacé locamente la una y la otra. Estaba ofendido y desesperado por verme considerado como un loco y un imbécil, ¡yo que me había creído

tan grande! Regresé á mi peñasco á meditar, como otro Napoleón en Santa Elena, y aquí, en la contemplación del cielo y de la naturaleza, sentí que me volvían todos los humos de mi orgullo.

» ¡Ay! un demonio malo se burlaba de mí, porque en la soledad me veía asaltado por pensamientos sublimes, y me los expresaba á mí de una manera clara y brillante. Solamente que todo eso se disipaba cuando lo quería participar á alguien, y bastaba la contradicción del último de mis aprendices, para desbaratarme.

» Un día noté que ya no me contradecían y que se alejaban de mí como de un insensato ó de un farsante. Tuve vergüenza, y con la vergüenza un pesar tan grande que estaba dispuesto á cometer todas las extravagancias. Sentía que mi cerebro se me iba completamente, y no recobraba mis sentidos más que después de haber derramado muchas y muy amargas lágrimas.

» Sin embargo, mis negocios iban de mal en peor.

» Los descuidaba cada día más. Ocuparme de ellos me abrumaba de aburrimiento y de asco. No tenía sosiego más que olvidándolos para soñar aún en la salvación del género humano.

» ¿Qué importa que esté perdido? ¿qué importa que sucumba? Si dejo después de mí el secreto de hacer felices á los demás, ya tengo para consolar-me: hé aquí lo que me decía, pero no hallaba el secreto de la dicha, ni para mí, ni para los demás.

» Cuando ví mi pobre casa á punto de ser embargada y mi persona en peligro de ser llevada á la cárcel, por fin abrí los ojos á la realidad, y reconocí que el burgués caritativo y razonable que me

dió aquellos consejos, me había juzgado demasiado bien. Fui á pedirle que me salvara con su firma, pero era demasiado tarde: le habia molestado mi impertinencia, y pensaba además que dejarme mi instrumento de trabajo, era dejarme mis ilusiones. Me ofreció un socorro pasajero que me pareció una nueva injuria, y no acepté.

» Entonces se me ocurrió la idea de la muerte y desde aquel momento he estado curado y aliviado. Me ves tranquilo, hijo mio, porque he hallado el medio de protestar, por el suicidio del mal concepto que se han formado de mí. Se ha dicho que era un vanidoso y un ambicioso, un mendigo, un pillo ¿qué se yo? Cuando un hombre cae, le empujan al último extremo. Dios me es testigo de que no he querido engañar á nadie, y que mi desgracia ha provenido, como lo decía el señor Anthime, de la ignorancia, «lazo y tormento del obrero que tiene demasiada imaginación;» acaso también el pesar de haber perdido en ocho días á mi mujer, mi hermana y á mis tres hijos, pena terrible, seguida de una existencia solitaria para la cual no era á propósito, me ha desequilibrado el cerebro. He sido loco, lo concedo, lo creo ahora que todos me han abandonado; pero he sido sincero, desde el fondo de mi corazón, he querido favorecer á mis semejantes. ¡He sido bueno y confiado, he creído en Dios he creído en mí y en los demás; me he equivocado, es cierto! Pero eso no es una razón para que sea un cobarde y un mentiroso, y la prueba, es que, no queriendo vivir á expensas de nadie y no pudiendo consolarme del pesar de ser inútil, estoy decidido á poner fin á mis días, hoy ó mañana.

—¡Pues bien! tiene usted un mal pensamiento,— contestó Siete Espadas, después de haber reflexionado un poco en lo que podría hallar para apartar á Audebert de su resolución.—Por este medio, no conseguirá usted relevase en la opinión. Sucederá todo lo contrario. Creerán que su conciencia le ha hecho reproches, porque, sabido es, que un hombre que no tiene nada en la conciencia, puede consolarse siempre de sus desgracias. A mi parecer, su idea de matarse es aún el más grande de sus pecados de orgullo, y la mayor de sus ilusiones, porque, en vez de compadecerle, le despreciarán á usted.

Esta amenaza pareció impresionar á Audebert, porque repitió varias veces:

—¡Despreciarme á mí! ¡Habría personas bastante duras é injustas para despreciar á un infeliz que ha tenido el valor de matarse!

—No se necesita mucho valor para eso,—repuso Siete Espadas,—¡está tan pronto hecho! Se necesita mucho más para vivir y para ponerse á ganar el sustento.

—¡Se necesita demasiado!

—¡Pues usted no tiene bastante!

—¡Imposible! No quiero someterme á deber mi pan á los demás, después de haber esperado tanto tiempo que podría darlo yo.

—¿Es, pues, deber el pan á los demás el recibir su dinero en cambio del trabajo que se hace por ellos? De ese modo no habría nadie libre; los perezosos y los ladrones serían los únicos que tendrían derecho á levantar la cabeza.

Siete Espadas, que tenía inteligencia y discerni-

miento, y cuyo corazón era generoso, dijo aún al entusiasta Audebert muchas cosas muy justas, y acabó por conmovérle tan bien, que aquel hombre le prometió no atender á su vida antes de tres meses de reflexión. No fué posible hacerle jurar más, pero lo juró, y era mucho en la situación de ánimo en que se encontraba.

—Ahora que ya es usted un poco más razonable,—repuso el joven armero,—es preciso decirme en conciencia lo que vale su fábrica. Se la pagaré más cara de lo que será valuada en pública subasta, y, una vez todas sus deudas pagadas, verá como todos vuelven á usted.

—¡Qué! ¡desgraciado muchacho!—exclamó Audebert,—¿descarías comprar esta barraca? ¡No, no! te estimo demasiado para aconsejártelo! ¡Es un lugar maldito: el diablo se ha emboscado en él, ves, ya nadie prosperará en ella, puesto que no he podido prosperar yo!

—Permitame usted que le diga que no es una razón, puesto que confiesa haber gobernado mal sus intereses. Veamos, ¿no quiere usted hacer negocio conmigo? Le tendré aquí como obrero, y tendrá el gusto de hablar de vez en cuando, con un amigo que no se burlará de usted, porque vea muy bien que no haya sido bastante sabio para hacer la dicha del género humano.

—Otros más sabios que usted no lo han conseguido: según parece, tampoco es usted un hombre ordinario. Le he escuchado con mucho gusto, y muy lejos de despreciar á los que tienen una idea fija, creo que no valen más que los que no tienen nada en el corazón ni en la inteligencia.

—Vamos,—exclamó Audebert,—he aquí por fin una buena palabra, y que me hace mucho más bien que todas las razones. Acepto. Seré tu obrero, y mañana iremos juntos á ver al escribano encargado de mi liquidación. Haré lo que dependa de mí para que tengas la barraca barata, sin perjudicar á mis acreedores.

Siete Espadas no quiso dejar á su nuevo amigo que pasara la noche solo en despoblado. Temía la vuelta de alguna alucinación. Fué á borrar con él las palabras siniestras escritas á la pared, y se lo llevó á casa de su padrino, á la Ciudad Negra.

Pensaba, y quería cederle su cama, porque era algo refinado en sus gustos, y prefería dormir en la paja que sentir á un compañero á su lado; pero Audebert no quiso ocupar su puesto, y, viendo el padrino que dormía como una piedra y roncaba como una locomotora:

—No será la primera vez,—dijo,—que éste y yo hemos dormido en el mismo jergón. Hemos sido amigos y compañeros de juventud. Conozco la dureza de su sueño; y te respondo que no notará mi vecindad.

En efecto, el tío Laguerre, al despertarse antes del día, según su costumbre, pareció muy asombrado al hallar á un compañero que dormía á su lado. Pensó que su ahijado se había retirado tarde y borracho y que se había equivocado de cama. Comenzaba á empujar el intruso hacia abajo, murmurando, cuando Audebert se despertó y le dijo:

—¡Pues bien! ¿qué es eso? No es un perro que se ha puesto en tu cama, es un antiguo amigo que te habría ofrecido la suya, y su vino, su mesa y su

bolsillo, si hubiese hecho fortuna. ¡Lo ha perdido todo, no es una razón para despreciarle! Dale la mano y el tiempo de levantarse para partir.

—Veo lo que es,—contestó Laguerre frunciendo su entrecejo erizado.—Ya está usted al final de su rosario, ya no tiene un maravedís, ni fuego ni hogar, ni aduladores ni amigos, y viene á reclamar la hospitalidad como esos pájaros perezosos, que no sabiendo construir un nido se apoderan del de los demás!

—Entonces,—repuso Audebert, vistiéndose para irse,—usted me echa del suyo! Habría debido esperar, y el hecho es, que algo me lo temía... Pero, cuando se es desgradado, una afrenta de más ó de menos...

—¡Quédese usted!—gritó el herrero enfurecido.—¡Las afrentas han sido para mí! Es usted el que me ha humillado y ofendido olvidando que era su amigo, y dejándose caer en la miseria, como se tuviese por segura una negativa de mi parte. Usted no es más que un egoísta y un mal corazón, y no merece que se le perdone. Quédese usted le digo, ó entonces todo habrá concluido para siempre entre nosotros.

Siete Espadas, que oía la querrela desde su cama, no pudo menos que reírse de la indignación de su padrino, que reprochaba una indiscreción al mismo tiempo que se quejaba de una discreción demasiado grande. No era aquél el medio de entenderse, porque Audebert, con mucha más inteligencia que su amigo, no razonaba siempre con mucha más rectitud. Aquellos dos ancianos, estuvieron á punto de arrancarse los pocos cabellos que les que-

daban, porque el uno pedía un apretón de mano que el otro no quería conceder porque antes no le hubiesen pedido su bolsillo.

—¿Sé lo que usted piensa y lo que propala con respecto á mí!—decía el anciano herrero,—usted me hace pasar por un viejo piojero que sepulta todos sus doblones, y usted ha querido sufrir la vergüenza de dejarse expropiar, cuando sabía usted muy bien que le habría salido garante, si me hubiese hecho el honor de una simple visita! ¡Pero el señor es orgulloso; se ha creído más sabio que todos y ha despreciado á sus mejores amigos, y á sus mayores, porque soy mayor que usted, caballero! Tengo cuatro años más que usted, y todo lo tonto é ignorante forjador que soy, usted ha de tenerme respeto. ¡A usted le tocaba venir á mí, y no á mí ir á usted! En fin, puesto que está usted aquí, es preciso forzosamente tener compasión de su ligereza: he aquí dinero, caballero, aquí hay un cajón lleno. ¡Sí, aquí están las monedas de oro del avaro imbécil! Tome lo que necesite y no tenga usted la desgracia de darme las gracias: ¡puesto que usted no ha venido á mí más que el día que ya no esperaba nada de los demás, no quiero oír sus palabras melosas! ¡No quiero ya su amistad, hace mucho tiempo que he acabado de creer en ella!

Hablando de esta manera, el anciano, tan exaltado en su orgullo de economía, como el otro lo estaba en su orgullo de prodigalidad, paseábase á medio vestir por el cuarto, y sacudía su cajón lleno de duros, que arrojó y esparció por el suelo al ver que Audebert, ofendido de esa manera de ofrecér-

selos, rechazaba con aire altanero la limosna de la fraternidad irritada.

VI

No sin esfuerzos, Siete Espadas, consiguió calmar á los dos ancianos y reconciliarlos. Se convino entre Audebert y él, que callarían la tentativa de suicidio.

Este hecho hubiera sublevado el alma religiosa y austera del herrero.

Audebert lo sentía, y comenzaba á avergonzarse de su desanimación.

Siete Espadas explicó su encuentro como un asunto premeditado de su parte, y aprovechó la ocasión para participar á su padrino sus proyectos sobre la pequeña fábrica que Audebert debía vender forzosamente.

—Es imposible,—le dijo,—que este buen hombre acepte gratuitamente sus servicios. Su orgullo, que en esto no tiene nada de exagerado, se opone. Déjele usted liberarse por la venta y rehabilitarse por el trabajo. Me encargo de ayudarle en lo uno como en lo otro. Si no lo consigo, le prometo á usted, de su parte, que vendrá por sí solo á reclamar sus consejos y su amistad.

Audebert agradeció mucho á Siete Espadas esta conclusión. Por nada del mundo, conociendo el carácter entero y raro del anciano herrero, se hubiera puesto bajo su dependencia. Habría preferido volverse á poner la cuerda al cuello.

La cuestión era obtener el consentimiento de Laguerre en la empresa de su ahijado. En caso de

negación, Siete Espadas, dueño de sus ahorros, podía pasar muy bien sin él, y lo habría hecho, porque tenía una gran voluntad; pero no hubiera sido sin pena, porque quería tiernamente á su padre adoptivo. Es lo que le hizo comprender en pocas palabras, y como ejercía sobre él mucho ascendiente, le llevó á ceder más aprisa de lo que Audebert había pensado.

—Si es tu idea,—contestó el herrero,—no tengo el derecho á oponerme. Lo que es tuyo, tuyo es. Si me pidieras mi parecer, te diría que es preciso guardar lo que se ha recogido á costa del sudor para el momento que se puede caer enfermo ó quedar inútil, y que, si se tiene la suerte de llevar sus huesos á buen puerto, siempre se está muy contento para poder salvar á un pariente ó á un amigo que ya no pueda ganarse la vida; pero eres aún tan joven, que, en el caso de que perdieras el dinero, tendrías tiempo de volver á empezar, y además, héme aquí ya muy viejo: lo que tengo ahorrado será para tí. No es mucha cosa, però es un pedazo de pan asegurado, y creo que para eso no necesitarás esperar un centenar de años! Así, pues, si quieres arriesgarte, arriesgate. ¿Quieres montar un taller en el río? Prefiero esto que una tienda en la ciudad alta. Tomarás cariño á la parroquia, y nunca tendrás la idea de marcharte. Vamos, no perdamos el día hablando para repetir diez veces la misma cosa: lo que está decidido, decidido está. Vete á ver á los procuradores, y, puesto que es preciso separarse, voy á ocuparme, para tener aquí á un aprendiz en tu lugar, porque soy demasiado viejo para quedarme solo.

—No lo entiendo así,—contestó Siete Espadas.—No nos separaremos nunca. El taller, en cuestión, es poco habitable, y á su edad de usted, no desearía hacerle cambiar de costumbres. Yo, tengo buenas piernas, y no es nada para mí ir allá todas las mañanas y regresar todas las noches. Si hago fortuna la traspasaré, y compraré uno más cerca, al cual, usted, podrá venir á menudo á ayudarme con sus consejos.

—Y en el cual, tampoco me instalaré,—repuso Laguerre sonriendo.—Comprendo y te apruebo. Es preciso que cada uno sea amo en casa. No me gustaría que me contrariasen y no quiero contrariar á nadie. Por el momento, te quedas conmigo, te doy las gracias. Creo que no aprovecharé mucho tiempo tu compañía, aunque, si place á Dios, quiera aprovecharla lo más posible.

Dos meses transcurrieron antes que Siete Espadas estuviera instalado en su fábrica. El asunto fué ultimado ventajosamente para él y para Audebert, porque si hubiera esperado la venta por vía judicial, el inmueble habría perdido tanto de su valor, que no habría sido un provecho para el comprador, sino al contrario, un descrédito completo de la cosa adquirida. El joven armero demostró en esta cuestión mucha inteligencia y habilidad verdadera, la que no especula sobre la desgracia del prójimo, y que va derecho al asunto, sin disminuir á la persona en provecho del bolsillo. En eso, siguió de muy buena gana los consejos de su padrino, que tenía un sentimiento muy justo del honor, y que decía que una mala reputación no podía hacer nunca un buen fondo de comercio para un obrero.

Audebert era un fabricante bastante hábil. Desde el momento que ya no tenía su libre albedrío para especular á la ligera, podía ser preciso para dirigir el trabajo y contribuir él también en bastante proporción. Volvió á ocupar su pequeña habitación en la fábrica, de la cual se constituyó el guardián con un buen aprendiz. La barraca fué puesta en estado de reparación satisfactorio, las herramientas fueron renovadas, y Siete Espadas se vió al frente de seis obreros, de los cuales cuatro trabajaban á destajo y dos cobraban por años.

Cuando pudo sacar aproximadamente el producto neto de cada semana, se sorprendió comprobando que era poco más ó menos la mitad de lo que habría podido ganar trabajando doce horas al día en casa de los demás. La propiedad es un sueño de reposo y de seguridad que el hombre aprecia más allá de lo que vale, puesto que le procura las dulzuras de la esperanza; pone en su vida el ideal de lo mejor y civiliza al que es apto para el progreso de la civilización; pero la realización de ese sueño es una decepción como todas las realidades.

Al cabo de poco tiempo, Siete Espadas sintió que cuanto más se complica su existencia, tanto más entran penalidades y peligros en ella. Espantóse de no encontrarse tan positivo como es preciso serlo para encaminarse con seguridad y rápidamente á la riqueza.

No era avaro: no sabía regatear con aspereza. Tenía compasión de sus obreros enfermos ó acosados demasiado cerca por la miseria. Hacía anticipos que no cobraba más que mal y tarde. A veces no los cobraba. Notó así lo que no había sospecha-

do cuando no tenía atenciones; á saber que todos los hombres son más ó menos ingratos, y que nadie se interesa desmedidamente por la pasión de otro en detrimento de la suya propia. Encontraba á todos exigentes, y como era inteligente y pensador comprendía que á su vez también se hacía exigente, y esto le mortificaba.

Cuando su buen corazón le había arrastrado á alguna debilidad, quería reparar el perjuicio que se había hecho, trabajando más allá de sus fuerzas, y á veces estaba tan cansado que sentía aquella libertad de antes, que la había tomado por una esclavitud. En adelante era esclavo realmente de su fábrica. Aquella fábrica se había convertido en su honor, su vida; no le era permitido olvidarla un solo instante; la predicción de Gaucher se realizaba: «No debes conocer ya la dicha ni el placer.» Gaucher dijo aquella palabra terrible sin comprender el alcance. Siete Espadas la aceptó comprendiéndola.

Había horas y días que se obecebaba; pero era demasiado tarde para retroceder: era preciso ahuyentar los pesares, ahogar las necesidades de la juventud.

El primero de sus disgustos, y uno de los más serios; le vino precisamente del hombre cuya vida y honor había salvado. Audebert, arrastrado por el entusiasmo del reconocimiento, trabajó con ardor, y vigiló la fábrica con austeridad durante dos ó tres semanas; pero fué un fuego de paja. Volvió á caer en sus ensueños, y el furor de predicar se apoderó de aquel cerebro calenturiento de impotencia.

Al primer reproche de su joven amo, el buen hombre se afectó profundamente. Era amante sensible, delicado hasta el exceso; tenía todas las cualidades del corazón, todas las virtudes del alma; pero era de esos de los cuales se puede decir, comparando la máquina intelectual con una máquina de industria, que faltaba á su cerebro la clavija obrera. Perdió tres días en reprocharse su falta, y Siete Espadas, viendo su desanimación para volverle al trabajo, se vió obligado á pedirle perdón de su reprimenda.

Es verdad que el joven no cumplía sus promesas. Había dejado creer á Audebert que sería el auditor atento, el admirador complaciente de sus teorías filosóficas. El mismo se había alabado que hallaría una distracción útil y noble en la conversación de ese pensador cándido, elocuente á ratos y siempre ardientemente convencido, aún cuando desbarrase; pero reconoció pronto que es imposible escuchar mucho tiempo á los que carecen de claridad interior, y que no encuentran sus ideas más que suscitándose contradictores benevolentes. Toda paradoja era buena para que Audebert se entregase á ese ejercicio, y como en esas horas que no tenía cuenta del tiempo que pasaba y de la campana que llamaba al trabajo, siempre en el momento de empezar le era preciso abandonar con dolor y despecho los primeros albores de sus largas y vagas discusiones. Siete Espadas no tenía tiempo para esperar el resultado dudoso, y además sentía que le faltaba paciencia. Su lógica natural se revelaba contra los aforismos falsos con que Audebert se hacía un juego de imaginación para entrar en materia. Su as-

pecto distraído, sus esfuerzos para encauzar la conversación á las preocupaciones de la vida positiva, eran otras tantas puñaladas que aquel pobre exaltado recibía en mitad del corazón. Su sensibilidad sobreexcitada veía en ello ya el ultraje del desdén, ya la demostración merecida de su propia impotencia. En este último caso sobre todo su aire extraviado y su silencio repentino se volvían inquietantes. Sin confesárselo, Siete Espadas pasó más de una noche velando por los alrededores de la barraca con tiempos desapacibles, con el temor de que su desgraciado amigo cediese de nuevo á la tentación del suicidio. El plazo que se había impuesto por juramento había expirado, y Siete Espadas no se atrevía á pedirle que jurase un nuevo plazo para conservar la vida. Temblaba fracasar en esa tentativa, y recordarle que había reconquistado su libertad.

El padrino fué á ver una sola vez el establecimiento de su ahijado, cuando comenzó á funcionar. No aprobó y no quiso criticar nada. Naturalmente, en sus sencillas herramientas, el joven había adoptado los métodos más nuevos, y, naturalmente también, el anciano, á pesar de la evidencia y su propia experiencia de todos los días, no quería decidirse á declararlas mejores que las antiguas. Pensaba que Siete Espadas no prosperaría, pero guardábase mucho de decirselo, sabiendo por él mismo que la contradicción estimula las imaginaciones destinadas.

Decía Gaucher á Lise, y á dos ó tres amigos an-

tiguos que le consultaban sobre las probabilidades de esa empresa:

—No tengo mucha confianza, el sitio es malo, y si, después de cinco ó seis años de fatiga y de quebraderos de cabeza, el muchacho se retira sin pérdidas, será una experiencia que habrá hecho y que, al menos, le servirá para el porvenir en contentarse de lo que no se contenta.

Después de todo puesto que era de los ambiciosos, prefirió que haya hecho esa necedad que la de abandonar la industria y el término de la Ciudad Negra. Cuando veo mocosos que gastan todo lo que ganan en difrazarse de señoritos el sábado por la noche y marcharse, con el sombrero ladeado, á los cafés de la ciudad *pintorrojeada*, (así llamaba el anciano á la ciudad alta por desprecio) jugar al billar y beber licores, para regresar el martes por la mañana, con el sombrero echado al cogote, mal compuestos, feos, abobados, y sirviéndose de palabras nuevas que no comprenden y que mazullan con gran alegría y risotadas de los burgueses encuentro á mi ahijado más razonable, más práctico, y mejor educado que todos esos. Entonces estoy contento por haber conseguido imbuirle, sino todas mis ideas, al menos el gusto de prosperar en su oficio por medios que no tienen nada de ridículos y que no le alejan de los intereses de su parroquia.

Gaucher había compartido calurosamente las ilusiones de su joven amigo. El tenía también la imaginación joven y su confianza en el éxito de los demás le hacía amable y conciliador. Con esta simpatía generosa y desinteresada consolábase de una vida penosa y dura como era la suya.

—¡Bah! — decía á su mujer cuando esta se esforzaba para persuadirle que era más feliz que Siete Espadas, — ¡se es siempre bastante feliz cuando se hace lo que á uno le agrada! Mi placer es vivir y trabajar por tí: si el compañero piensa de otro modo ha hecho muy bien siguiendo su inclinación. No le desanimemos y estemos pronto á ayudarle en caso necesario tanto como dependa de nosotros.

Al cabo de cuatro meses, un día de primavera, un domingo, Siete Espadas, de vuelta de varias excursiones para vender, cuyo resultado no había sido tan satisfactorio como él había esperado, se quedó encerrado en su fábrica. Tenía la costumbre de pasar el día de descanso en la Ciudad Negra al lado de su padrino y de sus amigos; pero Audebert no salía de la barraca por encontrarse enfermo y Siete Espadas quiso hacerle compañía y cuidarle.

Pensó aprovechar esa circunstancia para reparar sus libros que creía estaban en buen orden. Sabía calcular muy bien, pero su carácter activo le llevaba á ocuparse mejor del trabajo manual y de las transacciones comerciales que de la teneduría de los libros. Audebert era un contador bastante bueno, y su probidad escrupulosa le obligaba á hacer bien en favor de otro lo que para sí mismo había hecho mal. Durante el primer trimestre, había dado la prueba rigurosa de ello; pero cuando Siete Espadas se puso á examinar el cuarto mes, descubrió que se había apoderado del cerebro del pobre hombre, un gran desorden, que había anotado en capítulo de entradas muchas cantidades que muy

verosímilmente habría sido preciso poner en el de gastos.

Aquello demostraba ó un principio, ó mejor, la predisposición natural de su espíritu, que dejándose dominar por las ilusiones, había perturbado su memoria y su pluma. Aquellos errores no eran muy fáciles de corregir, lo cual demostró á Siete Espadas que no debía fiarse de la lucidez continua de su amigo. Se convenció, no sin mal humor, que en adelante habría de comprobarlo y hacerlo todo por sí mismo. No quiso turbar al enfermo señalándole sus equivocaciones y, como había estado ausente toda la semana, pensó que haría bien en visitar con atención todas sus máquinas y sus herramientas.

Halló el mismo desórden que en los escritos, y hasta la rueda que era su principal motor estaba inutilizada de resultas de un accidente que no pusieron en su conocimiento.

Era una reparación bastante grave la que había de emprender cuanto antes, si no quería exponerse á una ó dos semanas de paro forzoso. Hubiera sido preciso ir á la ciudad en busca de un obrero especial, que fuese exacto en venir al día siguiente; pero Audebert, á quien se vió obligado á hablar de esa rueda, le contestó que se había roto en su cabeza estornudando, y Siete Espadas comprendió que estaba delirando, lo que comenzó á inquietarle y entristecerle bastante.

La vispera por la noche recomendó á sus obreros que le mandasen un médico; sin embargo, sea que lo hubiesen olvidado, sea que el médico no tuviera mucha prisa en ir á un sitio tan difícil un día que

la tormenta amenazaba, no llegaba, y la agitación del enfermo se hacía más grave cada momento.

Para colmo de apuros y de tristeza, una tormenta horrible estalló.

El viento se engolfaba en la garganta en ráfagas impetuosas, y el torrente, que crecía con una rapidez espantosa, pareció amenazar é invadir el taller. Los pinos comenzaron á crugir con un ruido seco y siniestro por las breñas, arrastrando una lluvia de piedras y de arenas gruesas hasta sobre el tejado de la construcción frágil, que un derrumbamiento un poco considerable podía aniquilar de un momento á otro.

Cuando el viento se calmó, el enfermo tranquilizóse también ó mejor cambió de angustia. Sus nervios estuvieron tendidos por la sensación de la lluvia que chorreaba por los cristales y que enfriaba la atmósfera; pero entonces se apoderó de él un terror pueril, y, echándose á llorar, repitió hasta la saciedad su antiguo estribillo que aquel lugar estaba maldito, que el diablo estaba escondido allí.

Siete Espadas tenía bastante que hacer en defenderse del agua que subía siempre, y á la cual se apresuraba en apartar los obstáculos artificiales, para que pudiese correr más aprisa. Solo en este trabajo, á riesgo de su vida, desplegaba una actividad y una fuerza sobrehumanas. Las lamentaciones de Audebert que continuaban haciéndose oír á través de los bramidos del río y de los estampidos del trueno, le causaban una especie de rabia, porque, contra su voluntad, sentía que aquella desanimación enfermiza le quitaba su presencia de ánimo. En vano sofocaba aquellas quejas importunas con

juramentos indignados: veinte veces gritó á Audebert que se marchara por la galería que había al lado del peñasco. Audebert no comprendía y Siete Espadas comenzó á desesperar de poder salvar su casa, pensaba renunciar á ella, y llevarse de grado ó por fuerza el enfermo al monte.

No obstante, una última madera, que impelia aún la ola contra la casa, lo hubiera salvado todo, si hubiese conseguido derribarla. Resistía tenazmente y se encarnizaba en ella con el valor de la desesperación. Por fin, en un esfuerzo supremo, la arrancó; pero sus pies resbalaron sobre las piedras inundadas, é iba á ser sepultado, cuando una mano salvadora, con una impulsión bastante lijera, le devolvió el equilibrio en el preciso momento que la madera se plantaba derecha delante de él, lo que le permitió apoyarse en ella un instante. Al mismo tiempo la mano que le había sostenido le tiró hacia atrás, y se halló en seguridad, mientras el agua, abriéndose una salida nueva, cesaba de combatir con violencia los fundamentos de la fábrica.

Todo estaba salvado. Siete Espadas, salvado también de una muerte casi cierta, se volvió para ver por quién había sido socorrido tan á tiempo, y permaneció estupefacto al reconocer á Tonina Gaucher.

VII

Hacia mucho tiempo que Siete Espadas no había visto á Tonina cara á cara. A veces la veía pasar más ó menos cerca de él cuando mañana y tarde regresaba á la Ciudad Negra, y el domingo, cuando

iba á visitar á Gaucher, la oía á veces salir de un aposento cuando él entraba en el otro. Parecía evitarle, y por su parte, como se sentía culpable para con ella, se arreglaba de manera que no estuviese obligado á hablarla.

Esta vez no pudo menos que saludarla, darle las gracias, y preguntarle cómo se encontraba allí con aquel tiempo maldito.

—Por la mayor casualidad del mundo,—contestó Tonina dándose prisa en ponerse al abrigo en el taller y sacudiendo su manta empapada por la lluvia. Salí con el buen tiempo para ir, por la carretera arriba, á ver á mi nodriza á su pueblo, cuando la tormenta me ha sorprendido. Me he refugiado debajo de una peña, y estaría aún allí si no hubiese visto pasar un médico que me ha ofrecido un asiento en su carruaje. Me ha dicho que iba á hacer una visita no lejos y que me llevaría á la ciudad alta.

Eso valia más que permanecer debajo de aquella peña en la cual estaba mal resguardada. Por el camino me ha dicho que venía á casa de usted para ver á un enfermo, y que no sabía por donde bajar para llegar á pie al fondo del barranco. No había venido nunca aquí. He bajado con él para guiarle, y nos ha costado mucho trabajo sostenernos en el sendero. Por fin hémos aquí, el médico está arriba examinando á su amigo Audebert, y yo, que no creía encontrar á usted en esta casa porque pasa todos los domingos en la ciudad, según me han dicho, venía á ver si en el taller había alguna persona encargada de velar á ese pobre hombre, cuando he encontrado á usted que estaba luchando con el río.

juramentos indignados: veinte veces gritó á Audebert que se marchara por la galería que había al lado del peñasco. Audebert no comprendía y Siete Espadas comenzó á desesperar de poder salvar su casa, pensaba renunciar á ella, y llevarse de grado ó por fuerza el enfermo al monte.

No obstante, una última madera, que impelia aún la ola contra la casa, lo hubiera salvado todo, si hubiese conseguido derribarla. Resistía tenazmente y se encarnizaba en ella con el valor de la desesperación. Por fin, en un esfuerzo supremo, la arrancó; pero sus pies resbalaron sobre las piedras inundadas, é iba á ser sepultado, cuando una mano salvadora, con una impulsión bastante lijera, le devolvió el equilibrio en el preciso momento que la madera se plantaba derecha delante de él, lo que le permitió apoyarse en ella un instante. Al mismo tiempo la mano que le había sostenido le tiró hacia atrás, y se halló en seguridad, mientras el agua, abriéndose una salida nueva, cesaba de combatir con violencia los fundamentos de la fábrica.

Todo estaba salvado. Siete Espadas, salvado también de una muerte casi cierta, se volvió para ver por quién había sido socorrido tan á tiempo, y permaneció estupefacto al reconocer á Tonina Gaucher.

VII

Hacia mucho tiempo que Siete Espadas no había visto á Tonina cara á cara. A veces la veía pasar más ó menos cerca de él cuando mañana y tarde regresaba á la Ciudad Negra, y el domingo, cuando

iba á visitar á Gaucher, la oía á veces salir de un aposento cuando él entraba en el otro. Parecía evitarle, y por su parte, como se sentía culpable para con ella, se arreglaba de manera que no estuviese obligado á hablarla.

Esta vez no pudo menos que saludarla, darle las gracias, y preguntarle cómo se encontraba allí con aquel tiempo maldito.

—Por la mayor casualidad del mundo,—contestó Tonina dándose prisa en ponerse al abrigo en el taller y sacudiendo su manta empapada por la lluvia. Salí con el buen tiempo para ir, por la carretera arriba, á ver á mi nodriza á su pueblo, cuando la tormenta me ha sorprendido. Me he refugiado debajo de una peña, y estaría aún allí si no hubiese visto pasar un médico que me ha ofrecido un asiento en su carruaje. Me ha dicho que iba á hacer una visita no lejos y que me llevaría á la ciudad alta.

Eso valía más que permanecer debajo de aquella peña en la cual estaba mal resguardada. Por el camino me ha dicho que venía á casa de usted para ver á un enfermo, y que no sabía por donde bajar para llegar á pie al fondo del barranco. No había venido nunca aquí. He bajado con él para guiarle, y nos ha costado mucho trabajo sostenernos en el sendero. Por fin hémos aquí, el médico está arriba examinando á su amigo Audebert, y yo, que no creía encontrar á usted en esta casa porque pasa todos los domingos en la ciudad, según me han dicho, venía á ver si en el taller había alguna persona encargada de velar á ese pobre hombre, cuando he encontrado á usted que estaba luchando con el río.

—Y sin usted, Tonina creo que habria perdido muy bien la batalla.

—¡Oh! ¡eso no! si usted hubiese debido caer mi fuerza no le hubiera retenido.

—Dispense usted, su buen corazón me ha dado la fuerza para retenerme.

—No es preciso tener buen corazón para impedir á un hombre que se ahogue. ¡Además se habria salvado del agua; me acuerdo del tiempo en que, muy joven, se lanzaba al Agujero del Infierno con mi primo Luis!

—¿Lo recuerda usted, Tonina? creía que habia olvidado usted todo lo mio y debó decir que lo merecia muy bien.

—¡Vamos!—no se trata de eso,—repuso Tonina,—ocúpese usted, pues, de ese pobre anciano, que acaso no sabe contestar al médico.

—¿La hallaré á usted aquí, Tonina?

—¡Caramba! ¡con seguridad! ¡no hace un tiempo para ir á coger violetas!

—Al menos déjeme usted encender mi fragua y se calentará; en un instante estará hecho.

Y, sin esperar la contestación, Siete Espadas encendió la lumbre é hizo soplar el fuelle, después de lo cual corrió al piso superior, en el cual, en un rincón bastante bien parecido, estaba situado el sota-banco habitado por su enfermo.

—Este hombre no está bien,—le dijo callandito el médico—y no es fácil cuidarle. Seria preciso mandar pronto á la ciudad alta á buscar los remedios que he recetado, y sobre todo forzarle á tomarlo, porque me parece que está poco dispuesto á seguir mis recetas.

Siete Espadas no tenia nadie á quien mandar y no se atrevia á dejar á Audebert solo. Rogó al médico que regresara á la ciudad y diese el encargo á un propio.

—¡Tardará mucho!—dijo Tonina, que habia acudido al umbral del cuarto,—el domingo, y con este mal tiempo, acaso no encontraria á nadie. Vaya usted mismo, Siete Espadas; yo me quedaré aquí, y guardaré al enfermo.

—¡No! ¡no! no podría usted, está delirando.

—De ningún modo,—repuso Tonina tocando el brazo del enfermo.—Yo no le siento calentura, esté usted sin cuidado, nos entenderemos muy bien los dos ¿no es verdad, tio Audebert?

—¿Quién eres, pues, hija mia?—dijo el anciano coordinando sus ideas.—¡Ah! sí, eres hermana de la pobre Susana. ¡Vets! ¡vets! tienes razón, no desearia causarte pena; ¡eres como yo, ya has tenido bastante en tu vida!

—Ve usted,—dijo Tonina á Siete Espadas.—¡Márchese, márchese! El señor doctor Anthime le llevará pronto á la ciudad; tiene un buen caballo.

—¿Anthime?—exclamó Audebert, que habia recobrado su razón como por encanto desde que Tonina estaba á su lado;—¡entonces usted es el hijo de un hombre muy bueno, para quien he sido ingrato! Présentele usted mis respetos y mis excusas.

Cuando Siete Espadas estuvo en el coche con el joven doctor, éste le hizo preguntas sobre Tonina. Recuerdo,—dijo,—el casamiento de su hermana con Molino; entonces Tonina era una niña. Desde ese tiempo he estado ausente; he hecho mis estudios en Paris. De regreso desde hace poco, ya no conozco

á nadie en la población. La casualidad me ha hecho encontrar á esa joven al venir á casa de usted. He estado admirado de su lenguaje y de su aire distinguido. ¿No está casada, pues? ¿Como todas las obreras de la Ciudad Negra, al menos debe tener un novio?

—Y como Siete Espadas frunciera involuntariamente el entrecejo, añadió:

—¿Un prometido?

Siete Espadas contestó bastante friamente que Tonina era virtuosa y que todos la respetaban.

—Eso no me extraña,—dijo el joven médico en tono convencido.— Y después de algunas preguntas y reflexiones sobre Audebert de quien su padre le había hablado, volvió á Tonina: Le ha tratado á usted como amigo: ¿se conocen ustedes desde pequeños?

Siete Espadas dió contestaciones insignificantes que dejaban caer la conversación; pero cuando el doctor le dejó en la farmacia añadió:

—Se necesitaría una mujer al lado de su enfermo; procure usted que esa Tonina, que tiene un corazón tan bueno, se quede á su lado. He aquí la tormenta disipada; volveré á verle después de comer.

El efecto que Tonina había producido sobre ese joven preocupó singularmente á Siete Espadas, porque olvidó pasar por casa del carretero para el remiendo de su rueda; olvidó igualmente hacer advertir á Gaucher, aunque Tonina se lo hubiese recomendado. Solo se preocupó en dar prisas al farmacéutico y regresar cuanto antes con los medicamentos.

Hizo el camino corriendo y halló á Tonina senta-

da al lado de la cama de Audebert y hablando con él. El enfermo estaba calmado y sumiso enteramente. Le hizo tomar los polvos que había jurado no tomar, sin que hiciera la menor objeción. Y entonces dijo, teniendo las manos de su joven amo:

—¡Te he fastidiado mucho, pobre compañero! Antes estabas como loco, y he visto muy bien que no sabías cómo componértelas, pero Dios me ha enviado uno de sus ángeles. Tonina me ha dicho cosas que me han echado bálsamo en la sangre. No sabía que tenía más inteligencia ella sola que tú y yo. ¡He aquí cómo se pasa años los unos al lado de los otros sin reconocerse ni apreciarse! Tonina, si usted quiere que procure dormir, es preciso jurarme que usted estará aquí hasta que me despierte.

Tonina le preguntó á Siete Espadas si había hecho advertir á Gaucher. Iba á decir que lo había olvidado, cuando Gaucher en persona llegó.

La crecida del agua le había inquietado acerca de su amigo, y venía á ver si no había experimentado ningún contratiempo. Sorprendióse mucho de encontrar á su prima allí; pero, después de haber oído la explicación de todo, se preocupó del paro que amenazaba la pequeña fábrica, y, con el ardor generoso del primer movimiento quiso partir en seguida para buscar á los obreros. Tonina se contuvo. Puesto que debía quedarse al lado del enfermo, valía más que su primo le hiciese compañía mientras Siete Espadas iba á la Ciudad Negra por el sendero á tranquilizar á su padrino, que debía estar inquieto, y arreglar sus asuntos él mismo.

Siete Espadas estaba muy agitado interiormente. Ocurría en él alguna novedad.

La rueda rota que por la mañana le había parecido un acontecimiento tan importante, ya no le parecía merecer tanta pena; pero no se atrevía á insistir para mandar á Gaucher en su lugar, porque comprendía muy bien que Tonina no quería hallarse á solas con él durante el sueño de Audebert.

Volvió á marchar, vió á su padrino corriendo, y trajo á los obreros, que examinaron el daño y desmontaron la pieza que se tenía que componer. Tuvo necesidad de ocuparse durante todo el resto del día de este grave asunto sin ver á Tonina, que se había quedado arriba. Cuando los obreros se hubieron marchado, Siete Espadas, que en todo el día no había tenido tiempo de pensar en comer, y que había pasado la noche velando á Audebert, se sintió desfallecer, y Gaucher llamó á Tonina, la cual se apresuró á socorrerle y hacerle tomar una sopa de vino. Tenía allí todas las provisiones necesarias; pero el aprendiz que estaba encargado de la cocina hacía fiesta, y, aunque advertido, no se daba prisa por llegar. Por fin llegó hacia la noche y el médico también. El enfermo también había dormido; todo iba mejor.

Siete Espadas estaba muy afectado de la bondad y condescendencia de Tonina.

El doctor Anthime la miraba mucho.

—Ahora,—dijo Gaucher, que lo notó,—puede usted volverse, señor doctor. Nosotros, vamos á arreglarnos para pasar la noche.

Y añadió dirigiéndose á Siete Espadas:

—Tú, estás rendido; vas á volver para dormir á la Ciudad Negra, y me quedaré aquí, á velar el en-

fermo, con el aprendiz. Mañana, nos relevaréis y todo se arreglará sin que nadie se mate.

—Y á mí—dijo Tonina,—¿quién me acompañará?

—Yo,—contestó el doctor.—Mi carruaje está arriba en la carretera.

—Pero la señorita no vive en la ciudad alta,—observó vivamente Siete Espadas.

—Lo sé. La llevaré á la Ciudad Negra por la carretera.

—Sería demasiado largo,—contestó Gaucher en tono burlón,—eso le molestaría á usted.

El joven comprendió que, estando el primo allí, no le confiarían á Tonina; pero cuando ella le acompañó hasta la puerta, con el fin de acordarse bien de las prescripciones que debía transmitir á Gaucher para cuando por la noche cuidara al enfermo, Anthime le dijo quedo:

—¿Acaso tiene usted miedo de venir conmigo?

—No señor,—contestó,—no me creo bastante hermosa para estar en peligro con nadie.

—¡Oh! si fuese esa la única razón...

—Si no es una razón bastante buena, tengo otra; es que no merezco que el hijo de un padre como el de usted carezca de estimación para mí; pero le doy muchísimas gracias por sus cortesías. Por la noche no voy con los caballeros; sabe usted muy bien que eso no conviene á la hija de un obrero.

—¿Usted se cree más en seguridad con el señor Siete Espadas que sin duda la acompañará?

—Me creo más en seguridad contra las malas lenguas.

—Y tiene razón,—dijo Gaucher que, encontrando el *à parte* demasiado largo, se había acercado.

—Sus iguales pueden ofrecerle el casamiento, y ustedes, caballeros, no lo pueden.

—¡Quién sabe!—contestó el médico alejándose.

—¡Sí, sí, quién sabe!—dijo Tonina á su primo cuando se creyó estar sola con él.—Yo creo, que tratándose de casamiento, no es preciso fiarse en nadie, y que el rango no hace nada.

—Habrias podido fiarte de Siete Espadas, no lo has querido.

—¡Ah! sí, lo olvidaba,—contestó riendo.

Siete Espadas, que la escuchaba sin aparentarlo, se vió humillado y lastimado á la vez por su alegría. Jamás se hubiera atrevido á acompañarla, si Gaucher no les hubiese dicho:

—Vamos, no esperéis que sea de noche. El sendero no es muy bueno, debe haber aún agua en muchos sitios.

—Aguarde usted, primo—dijo Tonina,—es preciso que le escriba todo lo que han recetado para el enfermo. ¡Estoy segura que lo olvidaría usted!

Siete Espadas le presentó un libro de cuentas, en el cual la vió escribir. Observó como escribía deprisa y bien.

—Sería usted buen escribiente,—le dijo sonriendo.

—Tanto como otro—contestó,—y no tendría que preocuparme mucho para que mis números estuviesen mejor alineados de lo que están los de esta página. ¿Usted es quién borrona eso?

Siete Espadas sintió verdadero placer en poder decir que era Audebert.

Subió á dar las buenas noches al enfermo, que le hizo prometer que volvería, comprometiéndose por

su parte en dejarse cuidar con la mayor docilidad.

Mientras ella estaba con Audebert, Gaucher dijo á Siete Espadas:

—¡Pues bien! amigo, si piensas aún en Tonina, hé aquí la ocasión de hacerla retractar de su desconfianza. Háblale con la inteligencia que tienes, muéstrale la estimación que sientes por ella, y acaso no piense lo mismo respecto á tí.

—No lo espero así,—contestó el armero,—parece que me desdeña mucho.

—Sin embargo, jamás nos ha hablado mal de tí. Nos ha dicho á mi mujer y á mí, que no quería casarse. A tí te toca probarle que no está en lo cierto, si tal es tu parecer.

Cuan Siete Espadas se encontró solo en el sendero con Tonina, sacudió su vergüenza.

—Querida Tonina,—le dijo,—usted es buena como un ángel, Audebert ha tenido razón al decirlo, y el día de hoy no es el único que me haya dado la ocasión de conocer á usted. Sin su gran corazón y su buen espíritu, habría perdido la amistad de mi mejor amigo. He sido muy necio y muy culpable para usted. Me arrepiento, me he arrepentido cien veces ya, y si me hubiese atrevido, habría venido á pedirle perdón al día siguiente mismo de mi falta.

—¿Por qué pues quiere usted hablar de esas cosas?—contestó Tonina,—le he perdonado, si es cierto que usted haya cometido faltas conmigo, lo cual no creo.

—¡Sí, he cometido grandes faltas! La he cortejado á usted, y de pronto tuve miedo de comprometerme en el matrimonio. Habría deseado tener dos

ó tres años más y poder ofrecer á usted una existencia asegurada... Pero ahora, Tonina, puesto que usted me perdona...

—Ahora ¿qué?—preguntó Tonina.

—Ahora que ya estoy establecido en el término de la Ciudad Negra, aunque no haya hecho aún negocios muy buenos, si usted sintiera el mismo valor que yo...

—El valor de establecernos en familia ¿no es verdad?—repuso Tonina, que se vió obligada de terminar la frase.—¡Pues bien! no, querido amigo, jamás tendré el *valor* de casarme *por valor*. Tengo el capricho de casarme alegremente, por amistad y con toda confianza en mi suerte. Hé aquí porque, no viendo en usted esa confianza no he sentido rencor contra usted. Ahora el momento de pensar de otro modo ha pasado. Usted no puede ofrecerme, como lo pretende, una existencia asegurada. Cuando usted tenía sus ahorros disponibles, podía pensar en establecerme con usted si me hubiera consultado sus proyectos, y habríamos arreglado bien nuestra vida á satisfacción de ambos. Hoy todo ha cambiado. Héle á usted propietario de una casa que acaso no vale nada en un sitio que quizás no me gustaría. Además usted está lejos de haber recuperado sus desembolsos. ¿Cómo puede usted pensar en tener mujer é hijos? Sería para usted una carga mucho más pesada que antes, porque un año de mala venta, algunas semanas de paro, un accidente del río, puede ponerle en un aprieto, y ninguna muchacha razonable y precavida le confiará su suerte.

—Me parece,—contestó Siete Espadas muy mor-

tificado,—que usted tiene razón y prudencia por cien, hermosa Tonina. ¡Usted calcula bien, por más que diga usted lo contrario, bien se ve que la amistad no entra para nada en sus proyectos de matrimonio!

—No tengo ningún proyecto de matrimonio,—replicó Tonina,—no poseyendo nada más que mi juventud y mi salud, no tengo necesidad de nadie para ganarme el sustento. De esta manera, vivo como me place. Me tengo recreada en mi cuartito con un libro, el domingo, y los hijos de los demás encima de mis rodillas. No tengo quebraderos de cabeza para el día de mañana. Si caigo enferma, será tanto peor para mí. Si me muero no dejaré una familia en la miseria, y moriré tranquilamente, como dicen, como se puede morir cuando no se es necesario á los demás. Usted ve bien que no tengo razones para cambiar mi suerte contra la que usted podría ofrecerme.

—Tiene usted razón, Tonina, tanta razón que no hay nada que decirle; usted no ama á nadie, usted piensa en sí misma, la felicidad ó la desgracia de los demás no le importa nada. ¡De esa manera, no tendrá nunca inquietudes, y se puede decir que conoce su interés!

—Creo, Siete Espadas, que si algo se me puede reprochar, no es usted quien debería hacerlo. Usted razonó aún mejor que yo el día que se dijo: «Un hombre casado no se pertenece ya y no debe cambiar su suerte sino por una mejor. Vale más quedarse soltero y buscar su conveniencia.» ¡Yo, no

tengo nada que buscar, me contento con quedarme como estoy!

—¡Quién sabe! como decía hace poco ese médico. Usted es bastante agradable para encontrar sin buscar, y acaso espera la fortuna de más arriba que yo.

—En cuanto á eso,—contestó Tonina riendo,—si la fortuna me viene durmiendo nadie tendrá que criticarme.

Siete Espadas se calló, y continuó andando sin querer mostrar el despecho y todo el pesar que le causaba la indiferencia de Tonina.

VIII

Así llegaron hasta un lugar en que el agua no había corrido y llenaba todo el sendero que seguían.

Siete Espadas, al ver que Tonina iba á atravesar el paso valientemente sin pedirle ayuda, la detuvo malhumorado:

—¿Me tiene usted tan mala voluntad,—le dijo—que no quiere aceptar el menor servicio mio? Sé perfectamente que no tengo caballo ni carruaje, para evitar que el calzado de usted se ensucie; pero, en cambio, aquí están mis brazos para pasarla al otro lado.

—Ya soy muy grande para que me lleven en brazos,—respondió Tonina,—y no me moriré por un baño de piés.

—¿No quiere usted que la lleve?—repuso Siete Espadas incomodado de veras.—¡Sea pues, si así es su gusto!

Pero cuando vió que penetraba en el agua sin contestar, echóse en cara su orgullo, y tomándola en brazos sin consultarla, la dejó á veinte ó treinta pasos más lejos.

—¿Qué le pasa á usted, Siete Espadas?—le preguntó entonces,—he sentido que sobre mis brazos caían lágrimas ardientes de sus ojos. ¿Por qué pues puedo yo causarle pena? ¿Quiere usted que se lo diga? Usted cree que debe sentir lo ocurrido porque yo me he conformado con mi suerte, sin incomodarme, ni lamentarme; pero si á estas horas yo fuese su mujer, usted se hallaría desolado. ¡Vamos, no confunda usted el orgullo con el amor, que no es la misma cosa!

—Si ahora fuese usted mi mujer,—contestó el joven,—en vez de estar preocupado, inquieto y desanimado, como me encontraba esta mañana cuando usted ha llegado, tendría alguien que me consolase y me devolviese la esperanza; me figuro que no me dominarían las negras ideas cuando el río sube, ni me encolerizaría con ese pobre Audebert, cuando pierde la cabeza. ¡Tonina, soy mucho más desgraciado de lo que usted se figura! No sé si es la inquietud de no conseguir lo que me he propuesto, y el temor de que se burlen de mí los que creyeron que yo cometía una temeridad queriendo ser un hombre serio en la edad en que tantos otros solo piensan en los placeres, ó si es la compañía de esa cabeza lijera, que yo he aceptado como amigo, ó tal vez la tristeza y la soledad de esa barraca endiablada; pero le juro á usted que hay días en que por nada...

Siete Espadas no acabó su pensamiento, y am-

bos guardaron silencio por algunos instantes. Por fin, dijo Tonina:

—¡Me entristece usted, Siete Espadas, de veras, me entristece usted mucho! Pero... si siente usted haber hecho esa adquisición, en eso nada tiene que ver el matrimonio, y si una vez casado, los negocios no le hubieran ido bien, seguramente sentiría usted doble pesar. Veamos, compañero, aunque no tenga usted un corazón muy tierno, es usted un hombre honrado, y no querrá ni sabrá mentir, según me figuro. Convenga usted, que durante los cuatro meses que es usted amo, no ha pensado mucho en mí.

—Se equivoca usted, Tonina; he pensado muchas veces y siempre con tristeza.

—¿Por qué se figuraba usted haberme causado una gran pena? Dígame la verdad, nada me molestará.

—Pues bien, sí, yo me figuraba haberla ofendido.

—Ahora veo que no tiene usted mal corazón; pero si usted hubiese podido leer en el mío y asegurarse por sus propios ojos que no sufría ¿hubiese usted venido á decirme, como yo he visto que Gaucher dijo en cierta ocasión á Sise:

—Querida, que usted me ame ó no, yo conozco que no puedo vivir sin usted. No me conteste usted á la lijera, Siete Espadas; yo no trato de que sea usted galante y amable conmigo; apelo á su palabra de hombre honrado.

—Pues bien,—contestó el armero, después de un momento de reflexión y abatimiento,—convengo en que he estado tan ocupado, tan agitado por mis negocios, que no he pensado en otra cosa detenida-

mente. Mi ambición no ha extinguido mi amor, pero le ha perjudicado. He aquí mi confesión ¿es una razón para que no me perdone usted?

—Sería, al contrario, una razón para que le perdonase si usted me quisiese mucho ahora. La sinceridad es una cualidad muy hermosa á mis ojos; pero usted no me ama hoy más que ayer, querido amigo!

—A mí me parece no obstante...

—Le parece á usted porque le he cogido en un día de pasares y peligros, y en esos momentos se tiene necesidad de afecto. Además, usted ha creído que alguien se fijaba en mí, y su amor propio se ha rebelado; y por último, viéndome deseosa de servirle, usted se ha figurado que yo le amaba, y todo junto se le ha subido á la cabeza; pero ya el peligro ha pasado y la tristeza pasará. Nadie piensa en mí, ni yo pienso en nadie. Si usted me dijese esta noche una palabra de amor y me la diese de matrimonio, mañana se arrepentiría, y yo, á mi vez, también tendría que arrepentirme por haber creído en un soplo de amor, que no es el amor verdadero de toda la vida.

—Vamos,—dijo Siete Espadas,—usted me castiga por mi franqueza, y me mata usted con el mismo hierro que me ha arrancado del corazón. ¿Será pues necesario que haga yo fortuna para consolar-me? Pues bien, ya he empezado á no creer en la fortuna, y á decidirme que soy muy loco en fatigarme por una cosa tan incierta.

—No tiene usted el derecho de desanimarse tan pronto,—replicó Tonina.—El vino está echado, es necesario beberlo. No debe usted disgustarse de

una cosa que ahora empieza. El que á los primeros obstáculos se retira, no es un hombre; y cambiando de proyectos todos los días, no puede inspirar confianza á nadie. Quizás sea triste para usted haber sacrificado la juventud á la ambición, y el presente al porvenir; pero más triste sería sacrificar ese porvenir, que tanto le cuesta, por algunos contratiempos que pasarán como todo pasa. Mañana por la mañana iré á ver al enfermo, puesto que se lo he prometido, y hablaremos con Gaucher de todo esto.

—¡Ah! Vendrá usted mañana á la barraca. ¿A qué hora?

—No sé. No quiero volver con usted, Siete Espadas, eso daría que hablar, y hasta es mejor que nos separemos aquí para no entrar juntos en la calle; pero nos veremos mañana, se lo prometo. En mi obsequio ¿quiere usted prometerme reflexionar, como un hombre razonable debe hacerlo, y no desanimarse por las contrariedades que le sobrevengan?

—Pero... ¿y qué puede á usted importarle Tonina que yo me aflija y desanime, si no siente usted por mí ningún afecto?

—¡Hay afecto y afecto! Uno que hace que no puedan vivir dos personas de diferente sexo separadas y obliga al matrimonio, ese no lo ha sentido usted por mí, y afortunadamente yo tampoco por usted; pero hay otro más tranquilo y que no encadena tanto y es el que hace que nos interese por las penas de los demás, que se quisieran evitar. En el estado en que nos hallamos es el mejor que puede existir entre nosotros, y si usted me cree, será el

que conservemos. No se tratará de amor ni de capricho; me tomará usted tan en serio como si yo fuese Gaucher, mi primo. Si le conviene á usted el trato, hasta la vista; si no mañana nos veremos por última vez.

—Yo seré para usted lo que usted quiera, Tonina, su marido ó su hermano, su amante ó su amigo; con tal de que nos pelemos, estaré más contento que en estos últimos seis meses lo he estado.

Al día siguiente, Siete Espadas, para obedecer á Tonina, se fué á su fábrica con sus obreros y sin parecer pensar en ella; pero contó las horas y los cuartos hasta que la vió llegar con Lise y los hijos de ésta. Después que hubieron visto á Audebert, que se hallaba mejor y que, también, había esperado á Tonina como al Mesías, Lise, dejando á su compañera al lado del enfermo, llamó á su marido aparte.

—Oye una cosa que tú no sabes,—le dijo,—y que Tonina acaba de decirme cuando veníamos aquí; es que tu amigo está triste y corre peligro de desanimarse completamente, si no le dás un golpe de mano. ¿Quién te impide trabajar para él durante una semana ó dos? Será muy triste para mi hija y para mí no verte en todo el día, pero no es preciso pensar solo en este mundo. Audebert es buen hombre, pero se halla imposibilitado de trabajar durante algunos días, y además no es el hombre que conviene á un muchacho como Siete Espadas. El mismo Audebert lo reconoce, y tiene la idea de dejarle. Será necesario pues que te estés aquí hasta que tu amigo haya encontrado otro encargado.

—Ya había pensado en todo esto,—contestó Gau-

cher,—pero no me atrevía á ofrecirme al amigo por temor de causarte un pesar. No he tenido razón al dudar de tu buen corazón, Lise mía, y puesto que eso viene de tí, estoy contento en dejarte todo el mérito á tí. Habla con Siete Espadas y dile que si le conviene, estoy á su disposición por lo que queda de mes.

Cuando Siete Espadas aceptó con reconocimiento la oferta de su amigo, Tonina le dijo:

—Ayer hice mal en reirme de su libro de cuentas. Si hubiese sabido lo que el pobre Audebert acaba de decirme, no habría gastado bromas en asunto tan importante.

—¿Qué le ha dicho á usted pues, Tonina?

—Me ha confesado algunos errores que le ha recordado desde que la calentura le ha dejado. Teme que los haya notado usted, y acaba de rogarme que los corrija. ¿Quiere usted permitirme repasar esos libros de los cuales me burlaba ayer?

—¡No quiero dar á usted ese quebradero de cabeza, querida Tonina! Ya he visto que todo era un disparate; pero le prometo no hacer ningún cargo á Audebert, y, cuando tendré la cabeza más tranquila, conseguiré aclarar todos esos enredos.

—¿Por qué no en seguida?—repuso Tonina,—lo que se aplaza no se hace ó cuesta mucho de hacer. Puesto que la rueda no dá vueltas hoy, y usted no puede ayudar á los carpinteros, puedo consagrarle muy bien el resto de mi medio jornal. No será lo que cuesta el rescate de un rey. Siéntese usted aquí y vamos á poner entre los dos sus asuntos en orden.

Tonina tomó la pluma y trasladó á otro libro to-

das las cuentas de Audebert, consultando á Siete Espadas, á cada artículo de gastos y de entrada. Después hizo balance y le probó que, si el negocio no era aun próspero, no era por culpa de su trabajo ni de su industria, sino únicamente por tiempo, y que en todas las cosas era preciso saber prudentemente esperar.

* * *

Gaucher, que había creído el negocio muy brillante, se asombró al verlo tan mediano; pero tampoco era malo, como muchos lo pretendían por envidia. Siete Espadas se alegró mucho al poder hablar con franqueza, cosa que aún no se había atrevido á hacer, ni con sus mejores amigos. Cuando un obrero pasa á ser amo, hay tanto amor propio en juego en él y en los demás, que se vuelve desconfiado, receloso, fanfarrón ó pusilánime. El joven que alternativamente había sido un poco de todo eso, se sintió á sus anchas, y reconoció que los quebraderos de cabeza confesados están medio borrados, cuando la amistad los comparte.

—Y ahora, Tonina,—dijo á la bondadosa joven,—ahora que me ha puesto usted el corazón en la cabeza, ¿no nos hablaremos más cuando nos encontraremos por la población?

—Cuando vea que usted tenga la mirada alegre y la cara contenta, como Gaucher las tiene siem-

pre, le hablaré á usted como le hablo á él; pero si le encuentro con una cara pesarosa y miradas feroces, como usted las tiene desde hace dos ó tres meses, pasaré por otro lado, sin decirle más que buenos días, porque no tengo carácter para querer á las personas que parecen desconfiar de todo el mundo. Ahora, regreso á mi trabajo. Usted velará al enfermo esta noche; la noche siguiente lo haremos Lise y yo, después Gaucher y luego usted. De esta manera llegaremos al final de la enfermedad, que no parece que haya de durar mucho tiempo; cuando sane, le dejará á usted y vendrá á trabajar á la ciudad, y usted debe aconsejárselo, porque aquí está demasiado solo por la noche, y eso no es bueno para una cabeza enferma. Su compañía tampoco es buena para usted. Necesita un hombre más joven y que no busque tantos rodeos. Si quiere usted creerme tome á Va-sin-Miedo.

—Va-sin-Miedo no está libre!

—Si tal. Ayer se enfadó con su amo, y esta mañana le he hablado para que viniese aquí. No sabe leer ni escribir, pero tiene buena memoria y buena cabeza, y no será malo que usted mismo lleve los libros. Por la tarde, en vez de regresar á la ciudad á puesta de sol, debería estarse usted en su despacho durante una hora. De esta manera, conocería siempre claramente su situación, y eso valdría más que mirarla de vez en cuando.

—Sí, sin duda, sería preciso; pero mi pobre anciano padrino se acuesta muy temprano, y se aburriría estando solo!

Tanto más cuanto que su ama de huéspedes le hace cenar mal cuando usted no está allí. El otro

día se me quejaba y me decía que, si pudiese vivir en la casa que estoy, estaría más aseado y por la noche tendría mi compañía. Si le acomoda á usted, podremos arreglarlo bien, y el anciano encontrará mejora.

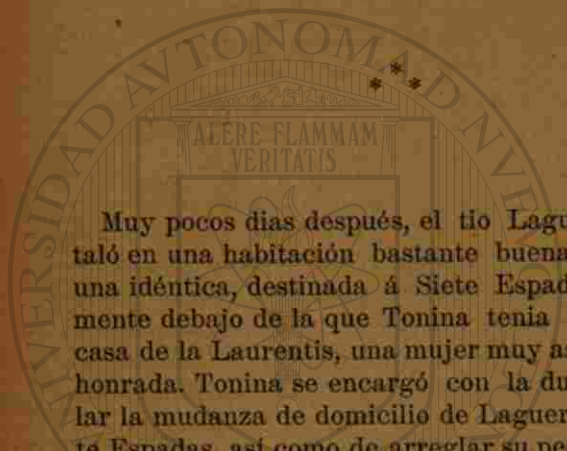
—Tonina,—contestó Siete Espadas,—usted es la mejor y más inteligente muchacha del mundo. Usted tiene el don de persuadir las cabezas más duras. Hace muchos años que mi padrino se queja de la casa que habita y de las personas que le dan de comer, y no obstante, era imposible hablarle de mudar. ¡Usted, con una palabra le decide! Eso no debería asombrarme porque yo, que ayer por la mañana me volvía loco, héme aquí como en el cielo hoy... ¡Y si mi padrino vive á su lado la veré á usted pues, todos los días!...

—¡Sí,—contestó Tonina,—pero ya lo sabe usted, como amigo y como hermano!... ¡No quiero otros pensamientos entre nosotros! Cuanto más veo lo difícil de su existencia, menos ganas tengo de cambiar la mía que transcurre tranquilamente, como un arroyo por un prado.

Tonina dejó á Siete Espadas lleno de entusiasmo y esperanza.

A pesar de lo que había podido decirle, presumía no tener que esperar por mucho tiempo un perdón completo. Tenía amor propio, y podía tenerlo, siendo guapo, bien formado, inteligente y muy amable cuando se sentía el corazón alegre. Y luego Gaucher estaba allí para decirle que Tonina le amaba más de lo que quería aparentar, y que lo que estaba haciendo no era más que un experimento en el cual acaso entraba un poco de coquetería. Al me-

nos esa era la opinión de Lise, y Gaucher creía á ciegas todo lo que creía su mujer.



Muy pocos días después, el tío Laguerre se instaló en una habitación bastante buena, al lado de una idéntica, destinada á Siete Espadas, precisamente debajo de la que Tonina tenía alquilada en casa de la Laurentis, una mujer muy aseada y muy honrada. Tonina se encargó con la dueña de vigilar la mudanza de domicilio de Laguerre y de Siete Espadas, así como de arreglar su pequeño ajuar. Todo estaba en muy mal estado de resultas de la economía del padrino y de la inconciencia del ahijado. Lise fué á ayudar, y una noche Siete Espadas quedó muy sorprendido al entrar en una habitación en la cual todo parecía nuevo, tan remendados estaban los harapos, y los muebles limpios y relucientes. La modesta cena fué servida en vajilla que no estaba rota, y el padrino declaró que el vino era mejor cuando era transparente y estaba bien lavado. Era una gran concesión dadas sus costumbres silvestres y duras. Parecía querer volver de pronto al sibaritismo. En ello había bien un poco de venganza contra su exdueña, con la cual se había enfadado en sumo grado, por una gata ladrona de tocino, vieja compañera á quien quería mucho y que

la anciana había hecho desaparecer por maldad; pero también había algo de la influencia asombrosa de Tonina. Ella le había atacado en gran manera en su amor propio.

—¿Cómo es,—le dijo una mañana al entrar en su habitación para darle noticias de Audebert,—que un hombre aseado, un anciano sano y distinguido como usted, vive en semejante cuchitril? Es el abandono de las personas en casa de quienes usted come que le hace pasar á usted por avaro. No se necesitaría más que un poco de corazón y de amistad en torno de usted para darle el aspecto que conviene á un encargado, uno de los más considerados de la Ciudad Negra. Si usted estuviera en nuestra casa la Laurentis no le dejaría ir el domingo á misa con agujeros en las rodillas y una camisa negra del trabajo de la semana.

—Lo cierto es, hija mía,—contestó el anciano herrero,—que la mujer que me cuida no es buena más que para matar los gatos, y estaría contento pudiéndose probar que se puede estar mejor en otra parte que en su casa, sin pagar más.

Siete Espadas de pronto hallóse como en otro mundo al ver cambiar así el aspecto de las cosas á su alrededor. En vez del agujero negro y horrible en el cual la morada de su padrino estaba metida, tenía una habitación clara, elevada al flanco del peñasco y desde la cual abarcaba con una mirada todo el cuadro variado y animado de la Ciudad Negra, pintoresca decoración de fábricas ahumadas y de cascadas centelleantes, montón de carbones y de diamantes, santuario de trabajo ardiente en el seno de una naturaleza áspera y sublime.

Sin darse una cuenta exacta de la poesía que le rodeaba, sintió su ensueño iluminarse con un rayo de alegría y de bienestar. Los detalles de la vida fabril á menudo son repulsivos de ver. Nada tan triste como un taller sombrío en el cual cada hombre amarrado, como una pieza de mecánica á un instrumento de fatiga, funciona, privado de la luz y del sol, en medio del ruido y del humo; pero cuando el conjunto formidable de la potente palanca de la producción se presenta á la vista, cuando una población activa é industriosa resume su grito de guerra contra la inercia y su grito de victoria sobre los elementos por las mil voces de sus máquinas obedientes, el pensamiento se eleva, el corazón late como ante el espectáculo de una gran lucha, y se siente bien que todas esas fuerzas materiales, puestas en juego por la inteligencia, son una gloria para la humanidad, una fiesta para el cielo.

IX

Tonina probablemente no tenía el sentido bien definido de esa apreciación, pero tenía el instinto. La blanca muchacha del taller quería á su Ciudad Negra; respiraba á sus anchas y revoloteaba por la oscura ponzolana de las callejuelas y de las gale-

rias, tan aseadita y tranquila como los pajarillos al borde de los remolinos del río. No había pensado más que en trasladar al aire y al sol el nido del á quien llamaba su compañero, y, sin ser una inteligencia demasiado excepcional, sabía muy bien que se vive más alegre en una terraza que en una bodega.

Otro cambio agradable en la vida de Siete Espadas fué la instalación de Va-sin-Miedo en la barraca, en el puesto de Audebert, á quien Tonina supo persuadir que tomara el puesto que Va-sin-Miedo dejaba vacante en uno de los talleres de la ciudad.

Esa resolución había costado á Audebert; su orgullo de expropietario y de hombre de proyectos, no se amoldaba mucho á la austeridad del simple obrero.

Había sentido que se hacía gravoso á Siete Espadas; pero temía comparecer otra vez en la ciudad, después de los desastres, bajo el harnés del trabajo. Tonina, hablando con él, descubrió el secreto de su vanidad y el medio de darle otro aliente.

Audebert había desconocido su verdadera aptitud. Era poeta; las palabras le acudían en abundancia y tras esas palabras había algo de pintura y de vida. Tenía el sentido de la observación idealizada, y su ternura estaba provocada fácilmente por los pequeños dramas de la vida obrera. Su error consistió en haber creído poder abordar sin cultura, y en una edad demasiado avanzada, las abstracciones y los cálculos de la ciencia social.

Por casualidad, en un pequeño ataque de calentura, púsose á hablar en verso á Tonina. Los versos

no eran correctos; Tonina no lo notó mucho, sin embargo cantaban al oído y gustaban á la imaginación. Las imágenes eran vivas y los sentimientos tiernos y verdaderos.

Quando el ataque pasó, Tonina le preguntó si alguna vez había hecho canciones.

—Sí, á veces, para divertirme,—contestó,—pero jamás las he enseñado. Habría tenido vergüenza decir que era poeta. ¿Hay nada más despreciable que un poeta? Es una voz lloricona que cuenta la pena sin encontrar nunca el remedio.

—No importa,—repuso Tonina,—enséñeme usted sus canciones, ó si ha descuidado escribirlas, procure acordarse de una ó dos. Usted tiene la cabeza cansada, por algún tiempo no puede pensar en sus grandes asuntos, que por otra parte no comprendía; una canción le descansará y me gustará oírla.

Audebert cantó sus versos, que gustaron á Tonina y á Lise. Los aprendieron en seguida y las cantaron por la ciudad, en la cual tuvieron mucho éxito.

Audebert desde hacía tanto tiempo estaba tan privado de cumplidos, que estuvo muy agradecido de los que le trajo Tonina. El infeliz era bueno y sensible en su vanidad; existía tanta necesidad de ser amado como necesidad de ser admirado. Durante su convalecencia, fué á hacer versos al campo. Su cabeza se calentó, y trajo algunas canciones que realmente eran bonitas. Las mandó á Tonina por Siete Espadas, que se las entregó diciendo:

—Hé aquí que el pobre amigo ha cambiado de manía. Se cree un pequeño Beranger, y si usted no

encuentra el medio de detenerle, la va á marear con su rimas.

—¡Pues bien! será lo que habrá hecho de más razonable en su vida,—dijo Tonina después de haber leído las canciones.—¡Escuche usted sino están bien hechas!

Cantó con su bonita voz, fresca y sin pretensión, los versos del anciano poeta, y Siete Espadas los encontró hermosos, lo que causó á Tonina mucha alegría. El anciano padrino los escuchó también, no los comprendió muy bien, pero los declaró muy bonitos, temiendo pasar por tonto si era de otro parecer que «su princesa»; únicamente se persuadió que también los haría él si quería, pero no lo quiso.

Tonina y Lise propalaron las canciones alabándolas mucho, después les ocurrió una idea, que fué hacerla remitir bajo sobre, por Gaucher, al diario de anuncios de la ciudad, en el cual á veces habían leído las elucubraciones de los poetas de la localidad, las cuales no les habían parecido muy bellas y que sin embargo las imprimían. El sábado siguiente, encontraron con alegría una de las canciones de su poeta en la hoja semanal. Para los obreros de la Ciudad Negra fué la consagración del talento de Audebert, y Tonina imaginó aún hacerle preparar un pequeño triunfo para su entrada en los talleres. Dos ó tres mucháchos, que tenían gusto para cantar, aprendieron sus versos, y se pusieron á entonarlos en coro cuando compareció. Del taller que trabajaba Tonina con sus compañeras, voces de muchachas contestaron la segunda estrofa. Aude-

bert se puso á llorar, y todos enternecidos fueron á darle apretones de mano. Los muchachos le ofrecieron el vino de la bienvenida. Cantaron mucho, exaltáronse algo, y trabajaron poco ese día; pero al otro día Audebert, deseoso de probar que un poeta no es necesariamente un perezoso, puso manos á la obra con ardor, y por la noche salió lleno de ideas poéticas que le tardaba escribir.

No obstante el buen anciano no aceptó su gloria sin algunos suspiros de pena.

Era para él como algo peor, como un pequeño sendero que seguía la carretera soñada. Tenía las prevenciones de muchos de los de su clase contra las grandes inteligencias, y siempre llegaba á decir que ese no era el hecho de ser hombre formal y útil.

Gaucher, que tenía buen sentido en su sencillez, le dijo:

—Consuélese usted, los versos que cantan me parecen utilísimos, á mí que no sé leer mucho en los libros, y no soy el único. Es la moral que nos viene desmenuzada, y que nos entra en la cabeza sin que lo notemos. Dice mucho en pocas palabras, vá por todas partes, y se queda donde vá. Consuela á menudo, enseña á ver y á sentir lo que es bello y lo que es bueno. Además no háy nada más útil que lo que es muy claro y está muy bien dicho. Su sistema podía ser bueno, pero no lo comprendían todos. Acaso, sin ofender á usted, faltaba aquí y allá alguna cosita, mientras que en sus canciones no falta nada. ¡Pues bien! cuando no se tienen todos los medios necesarios para sacar de apuros á todos los hombres, es bastante tener los medios que se

acepten las penas con paciencia. En lugar de usted, estaría tan orgulloso por haber hecho unos hermosos versos de canción como por haber escrito toda una biblioteca.

Audebert agradeció á Gaucher sus buenas palabras, y portóse en el taller bastante regularmente. No carecía de valor; únicamente se cansaba pronto, y se molestaba á menudo á los amos por un exceso de susceptibilidad. A la menor apariencia de reproche, tenía rabieta como un niño. Lise, Tonina y Gaucher, le trataron un poco como tal, sin dejar de respetar su edad, su corazón y su inteligencia, sabiendo bien que no ahorraría ya nada, y que era preciso hacerle ganar su pan cotidiano los días de buen humor, distraerle los días de tristeza, y contenerle los días de exaltación. Tonina conservó sobre él un gran imperio, y supo arreglárselas para que hiciese las paces más de una vez con sus amos, con sus amigos y con él mismo.

Siete Espadas, por su parte, trabajaba como un demonio enfurecido, esperando poner sus asuntos en bastante buen estado lo antes posible porque Tonina no tuviese pretexto para sus negativas. Estaba más enamorado de ella que lo había estado nunca, y es preciso decir también que ella se hacía notar cada día más por su inteligencia y su conducta ejemplar. Volvíase completamente bella y le parecía más que todas las demás á causa de cierto aire que las demás no tenían. Ya imitaban su tocado, su manera de vestir y sus gestos, porque se había puesto mucho de moda; pero todo eso no era la princesa Tonina, y si los muchachos de mala vida se alejaban de ella como de una remilgada, los que

tenían gusto y altivez comenzaban á cortejarla y á disputarse su atención.

Poco á poco sucedió que en medio de esos homenajes, Tonina pareció que se volvía coqueta á Siete Espadas que se había hecho celoso. No daba pié á nadie, diciendo que quería permanecer solterona sin hacer travesuras; pero tenía modales corteses y alegría con todos. No ocultaba su rostro y su inteligencia como en los tiempos que, alta y delgada niña, desconfiaba de su propia persona, y de los demás. Ahora, estaba obligada á ver, que gustaba, que muchos querían gustarle, y que estaba guardada por demasiados enamorados rivales los unos de los otros para estar expuesta á las insolencias de uno único. Iba pues con la cabeza levantada por su Ciudad Negra, hablando con todos, aconsejando á uno, consultando á otro, siempre en vista del bien de alguno, respetuosa con los ancianos, respetada por los jóvenes, no queriendo perjudicar á ninguna mujer, y haciéndose querer de todos sin aparentar buscarlo.

Siete Espadas, veía todo eso y estaba orgulloso, porque imaginaba ser preferido secretamente; pero cuando sentía que la preferencia era manifiesta, atormentábase mucho, y no sabía ya que pensar de la amistad que Tonina le había demostrado en sus pesares. Entonces notaba que tenía cuidados y bondad para todos los que veía padecer en torno de ella, que su placer era hacer favores, y que sabiendo consolar lo había tomado como un deber. Ese carácter de bondad y de caridad desarrollábase cada día en ella, y después de una infancia melancólica y reservada se volvía expansiva y buena

consejera para los desgraciados, como si de repente hubiese renunciado á vivir para ella.

Tenía atenciones delicadas que le hacían bendecir por todas partes. No yendo nunca al baile ni á las reuniones en las cuales el gusto que inspiraba á muchos jóvenes hubiera podido suscitar contiendas, al mismo tiempo que trabajaba con asiduidad en su taller, empleaba todos sus ratos disponibles en hacer obras que revelaban su buen corazón. Si algún conocido suyo estaba enfermo, aunque no tuviera más que una hora para consagrarle, acudía allí, y con solo su presencia consolaba y reanimaba la familia. A un pobre siempre encontraba medio de llevarle algo, y sabiendo que no tenía nada no se avergonzaba en pedirlo á los que eran ricos, y siempre los hallaba bien dispuestos para ayudarla en su caridad.

Si el tío Laguerra estaba enfadado lo persuadía tan cariñosamente, empezando siempre por darle razón, hasta que pronto le hacía convenir que no estaba en lo cierto.

Si Gaucher tenía un momento de tristeza, Lise acudía á advertirla, y combinaba un paseo con los hijos, para distraerle.

Tenía encima del peñasco, al nivel de su cuartito, cuatro metros de breñas donde era muy hábil en criar tiestos de flores. Todos los domingos iba á llevar alguna planta bien florida á Audebert que adoraba los perfumes, y traía la que con la cual había disfrutado durante la semana, para cuidarla hasta que volvía á florecer. Sus enamorados le llevaban y ella no las aceptaba más que diciéndoles:

—¡Saben ustedes que son para nuestro cancionero!
Y le contestaban:

—¡Está bien, Tonina, puesto que es gusto de usted!

¡Qué no imagina en efecto para complacer á sus amigos! Había buscado á Laguerre la gata más hermosa del mundo, y la tenía limpia y blanca como el armiño. Enseñaba á leer y á coser á Rosita; la componía, cortando ella misma sus vestidos, arreglándoles sus cabellos rubios con tanto gusto que Gaucher, al salir de su fragua, negro como el demonio, creía ver un ángel en el umbral de su casa. Cuando los muchachos iban á cazar ó á pescar, le ponía á contribución alegremente para sus enfermos; y estaban tan contentos que les diera las gracias, que se hubieran roto el espinazo por las breñas para traerle un tordo ó una trucha.

Siete Espadas lo notaba todo, admiraba y sufría; pero ¿de qué podía quejarse? Si se acercaba á ella con la intención de hacerle reproches, la encontraba remendando su ropa blanca ó preparando su cena, todo á la vez, criada y dueña en la casa que vivían, como en todas las casas en las cuales se dignaba llevar orden ó socorro, la limosna de sus brazos, de su corazón ó de su inteligencia, todo eso sin respetar sus manos blancas, que, yo no sé que milagro de habilidad ó de coquetería conservaba tan hermosas que hablaban de ellas hasta en la ciudad alta, y que muchas señoras se las envidiaban.

Al ver que todos querían complacer á Tonina, Siete Espadas atormentábase por ver lo que podría hacer para ser más agradable y fiel que los demás.

Aunque estuviese seguro de hallarla cada noche en la habitación de su padrino y poder hablarle algunos instantes, el Hoyo Perdido estaba lejos, y pasaba todo el día sin verla, mientras los demás jóvenes obreros, yendo y viniendo á su alrededor, podían encontrarla á todas las horas. Aún estuvo muchas veces á punto de mandar á paseo la fortuna; pero una consideración apreciable le contrajo.

* * *

Tonina rechazaba todos los partidos, diciendo que un marido razonable la contrariaría ciertamente en su liberalidad, y que con un marido de su carácter, pronto la miseria haría imposible toda liberalidad. Entonces Siete Espadas se decía que era preciso ser rico para poder ponerla en situación de ser generoso á su antojo, y cuando los celos le habían hecho descuidar un poco sus asuntos, trabajaba valerosamente pero sin gran resultado. Sus relaciones con el exterior estaban aún mal establecidas, sus ventas medianas, las remesas á menudo retrasadas por culpa de sus obreros, á pesar de la autoridad y actividad de Va-sin-Miedo.

Siete Espadas, en su inquietud, imaginábase que Tonina habría podido darle el impulso del genio, si hubiese querido amarle; pero no era atrevido, ni

hábil con ella. Su altivez no se amoldaba á las pacientes delicadezas con las cuales es preciso convencer á una mujer que se ha vuelto desconfiada por su propia culpa. Generoso y sincero, no sabía ser cariñoso. Seguro de su franqueza y orgulloso de su buena conducta, que le elevaba por encima de la mayor parte de sus jóvenes compañeros, no sufría fácilmente que no se le hiciera justicia. Había visto á los perezosos y calaveras fáciles de arrepentirse, llorar, hacer protestas. Su padrino había tenido sobre él su parte de influencia. Le había inspirado el desprecio con la debilidad, y cuando niño, de resultas de alguna falta ligera, tuvo necesidad de hacerse perdonar, el anciano le dijo, con su voz terrible:

—Eso no! ¡no hay más que los cobardes que mimen á sus padres! No vuelva usted á desobedecer, hé aquí como se hará perdonar usted.

Siete Espadas había contraído, pues, un poco de la rigidez del anciano herrero. No conoció bastante los besos de su madre, y jamás el sentimiento de protección cariñosa que una joven hermana inspira. Su belleza varonil decía todo eso para quien sabía estudiarle, y acaso Tonina había penetrado la expresión con un poco de temor.

Sin embargo el pobre armero tenía grandes arrebatos de sensibilidad cuando se encontraba solo; á veces su corazón afligido prorrumpía en sollozos; pero se avergonzaba en vez de hacerse un mérito.

—¿Qué importa que tenga este pesar?—decíase: —sé muy bien que no es el pesar lo que hace á un hombre sólido y emprendedor: al contrario es lo que le debilita y rebaja. ¿No me ha dicho Tonina

que era preciso perseverar en mi empresa? Sin duda me despreciaría, si abandonase la partida para ir á llorar á su puerta como un perro apaleado.

¡Vamos! ¡acaso llegue un día que sea quien soy, en el cual los hechos valdrán más para convencerla que las palabras cariñosas para enternecerla!

Siete Espadas no había realizado sus sueños de desahogo. No tenía ni buenas mulas para llevar su mercancía, ni valiente caballito para llevarle á él en sus visitas á los pequeños compradores. Ibase á pie por los caminos, taciturno, altanero y mal dispuesto á tomar los parroquianos por la persuasión.

También hizo pocos negocios. Habíase equivocado mucho el día que se había creído bueno para el comercio.

Su alma, recta y proba, se indignaba de los mil pequeños subterfugios del comprador, de las afectaciones de desdén en uso para despreciar los productos y tenerlos más baratos. Hubiera sido preciso contestar con un lenguaje *ad hoc*, llamado *jerga* por los prácticos, cambio de mentiras frívolas, tacañerías divertidas, y hasta inectivas de convención; eso le era imposible. Enfadábase cuando le trataban de ladrón y de bandido, aunque supiera muy bien que eran bromas amistosas aceptadas por el pequeño comercio de las ferias, y que, por cinco céntimos de rebaja, pueden llegar hasta tratarse de asesinatos, y un instante después ir á beber unas copas juntos, para cimentar el buen acorde.

Siete Espadas regresó un día á la barraca, muy descontento de su situación, y halló las cosas sobre un pie que acabó de consternarle.

X

Va sin-Miedo era un hombre honradísimo, muy cumplidor de su deber; pero muy colérico cuando el trabajo le excitaba los nervios. Toda su vida había defendido calurosamente la dignidad y libertad del obrero contra la exigencia de los amos; pero cuando él mismo se vió amo, es decir autorizado para dirigir la fabricación de la barraca, cambia de la noche á la mañana, con la candidez de los hombres que la carencia de educación y reflexión, abandona sin reserva al instinto del momento. Hablaba con dureza á sus excompañeros, exigía de los aprendices más de lo que podían saber, y no sufría una observación, y pasaba con demasiada facilidad del reproche á la amenaza. En resumen, el taller estaba casi desierto cuando, después de una de sus giras por la llanura, Siete Espadas regresó, y, cuando interrogó á Va-sin-Miedo, éste, acusando á los ausentes, le hizo adivinar pronto que había reñido con todo su personal.

En aquel momento Siete Espadas se vió obligado á echar de menos al pacífico Audebert, que trataba á los aprendices como á sus hijos y hacia perder un poco de tiempo á los obreros queriendo explicarles

Epicteto y Platon, á quienes no había leído nunca, pero que al menos sabía retenerles y convencerles por su bondad. Va-sin-Miedo, por querer hacerlo demasiado bien, había hecho el vacío en torno suyo.

Siete Espadas fué á la ciudad y no halló á nadie que quisiese volver á trabajar bajo la dirección de su encargado. Exigían que lo despidiera. Prometió quitarle toda autoridad; pero, como necesitaba tiempo para poner otro á su puesto, mientras tanto, debió tomar obreros de paso, y encontrarse durante varios días en medio de desconocidos que él mismo dirigió, con poca animación y muchas contrariedades. Entonces resolvió arrendar su propiedad y alquilar una que estuviere mejor situada lo cual esperaba poder hacer sin gran pérdida. Entró en tratos con personas que le ofrecieron de la barraca un precio tan mínimo que la desanimación se apoderó de él.

—Sí, sí,—decíase,—Tonina tenía mucha razón! Este lugar no vale nada, y acaso ha adivinado también que yo mismo no era bueno para nada.

A todas sus esperanzas frustradas se juntaba la repulsión del traqajo grosero al cual se había condenado para ganar dinero, él, tan orgulloso de su mano de obra en otros tiempos.

—Ella debe despreciarme por eso,—decíase aún.—Antes admiraba mi trabajo y en sus buenos días me trataba de artista. ¿Ahora puede hacer una diferencia entre mí y el último obrero que hace clavos? Y si en este momento viera donde estoy con este oficio grosero que ni aún sé hacerlo lucrativo,

¿no se burlaría cruelmente de mis ofrecimientos de casamiento?

La vergüenza se apoderó de él. Se persuadió que ya no podría presentarse delante de Tonina si no conseguía relevar su posición, y, sabiendo que su padrino estaba bien cuidado en casa de la Laurentis, hizo propósito de no comparecer en la Ciudad Negra antes de haber resuelto el problema de su destino.

—Es preciso,—dijose,—que á todo coste encuentre el medio de enriquecerme para *ella*, y, puesto que el negocio me está prohibido por mi mal carácter ó mi mala suerte, quiero volver á la idea que tenía antes de descubrir un mecanismo para decuplicar la velocidad y la facilidad de nuestras industrias. Sé que los inventores hacen fortuna pocas veces; pero al menos la invención asegura mucho honor, y si llevara como dote una hermosa idea que disminuyera el trabajo del obrero, estoy cierto que Tonina estaría orgullosa y contenta de mí. ¡Vamos, valor! ¡Manos á la obra! ¡Que la fábrica vaya como pueda! Mi pequeño taller me habría servido bastante bien, si me pone en disposición de experimentar mis descubrimientos.

Confió de nuevo la dirección de los obreros á Vasin-miedo, después de una reprimenda amistosa y severa á un tiempo que fué tomada en buen sentido, y que devolvió la tranquilidad al taller. En cuanto á él, instalóse en una especie de cuarto que él mismo se construyó con maderas en su galería, y en el cual arrostró el frío, que comenzaba á hacerse sentir, trabajando noche y día, dibujando, fabri-

cando pequeños modelos y devanándose los sesos con una resolución heroica.

Desgraciadamente su instrucción no estaba á la altura de sus deseos y de su inteligencia. Hubiera sido necesario tener más que nociones elementales de las leyes científicas que pretendía adivinar, y que á cada instante le creaban obstáculos imprevistos. Esperaba encontrar la luz en los libros; pero, además que tenía pocos ó ignoraba si eran buenos, bajo muchos puntos de vista eran letras cerradas para él. No se atrevía ir á la ciudad alta, á consultar á exprácticos que se habían vuelto sabios: temía pasar por un loco de otra clase que Audebert, y que el asunto al llegar á oídos de Tonina, no acabase de perderle la consideración que le tenía...

Habíase concedido un mes de plazo para llegar á un término. El mes transcurrido, se vió obligado á tomar otro y cuando éste pasó sin que se hubiera revelado ninguna certeza, un dolor punzante se apoderó de él. Sucumbía á la fatiga, después de haber pasado por todas las alternativas de la esperanza, de la duda y de la desilusión. Todo lo que había descubierto, es que no sabía nada. Luchaba con encarnizamiento contra el rigor del invierno en una habitación detestable, en medio de un paisaje siniestro y triste, ya errante, con la cabeza en fuego, por la nieve; ya contemplando, con corazón helado de espanto, los vestigios mal borrados de las palabras escritas con carbón por Audebert en la pared, la noche que aquel desgraciado había estado á punto de darse la muerte. Aquellas palabras, desaparecidas en parte, ya no presentaban ningún sentido á los que no las habían leído nunca; pero Siete Es-

padas las sabía de memoria y había momentos que creía verlas escritas en letras de sangre de una claridad espantosa.

Es que la lucha que sostenía por la gloria era mucho más ardiente y terrible que la que había sostenido por la fortuna. Ya no se trataba de ser rico para Tonina; en ello habría podido fracasar sin vergüenza; tratábase de probarle una capacidad grande: fracasar aquí, era la desesperación.

Gaucher se inquietaba, por él y Tonina aún más. Hacía preguntas á su primo, el cual varias veces fué á ver al solitario del Hoyo Perdido y lo halló sombrío, no queriendo explicarse. Un día ella misma fué con Lise. Precisamente aquel día Siete Espadas estaba absorto por una vaga esperanza de triunfo que le hacía más valeroso y al mismo tiempo menos expansivo que nunca. Precisamente se mostró agradecido y sorprendido de la visita de Tonina, pero como ésta por pudor y dignidad, quería dar á entender que la iniciativa era de Lise, él rechazó la esperanza con esa especie de *spleen* que parece complacerse en el dolor. No obstante aparentó tener la imaginación tranquila, y, á las preguntas que le fueron dirigidas sobre el estado de sus asuntos, contestó con estoicismo que todo iba bien y que estaba muy contento.

—Pero ¿por qué ya no se le ve á usted?—dijo Tonina,—¿olvida usted, pues, á su anciano padrino y á todos sus amigos?

—No olvido á nadie; pero sabe usted... el ojo del amo... Cada vez que me ausento, cuando regreso encuentro el desorden.

Y después de varias derrotas prometió ir á pasar

un domingo en la Ciudad Negra; pero cuando Gaucher le convidó para que fuera á comer con él el domingo siguiente, no quiso contraer ningún compromiso, diciendo:

—Lo procuraré, pero no me aguarden ustedes.

—¿Mira, ves?—dijo Tonina á Lise regresando á la Ciudad Negra,—se concluyó con ese pobre muchacho.

—¿Cómo, crees que se va á morir?

—Creo que está muerto para la amistad y que ya no vive más que por el interés. Helo aquí á los veinticinco años, amarrado al cálculo como si tuviese cincuenta.

—Quizás su comercio va mal y no quiere confesarlo,—dijo Gaucher.

—Pensaba,—repuso Tonina,—que le había demostrado bastante amistad, en semejante circunstancia, para que no volviera con tapujos como la primera vez. ¿No hemos hecho lo posible para esclarecerle las ideas y darle confianza en nosotros? No me gusta esa altivez que oculta pesares de dinero como penas de corazón, y si quieren ustedes que se lo diga, no comprendo nada. ¿Dónde está el mal por no prosperar cuando no es culpa nuestra? ¿Acaso es una vergüenza ser pobre? ¿Qué idea es esa de creer que la riqueza es un deber y un honor? Entonces, ustedes y yo, y millares de buenas gentes que no tienen más que el pan que ganan, ¿seríamos, pues, todos despreciables?

—No quieres comprender,—le contestó Gaucher,—que la inteligencia atormenta, y que el que cree tener más que los demás, no puede ser feliz, si no sube más arriba que los otros.

—¡Vamos!—dijo Tonina,—¿es pues eso? Pues bien, entonces roguemos á Dios para que esa gran inteligencia no llegue á los hombres y se nos meta en la cabeza; pero no nos imaginemos ya que necesite nuestra amistad, porque, después de haber aparentado contentarse con ella, hoy nos muestra bien que no necesita ninguna otra sino la suya.

—Creeríase, Tonina, que hablas por despecho,—dijo Lise.—¿Por qué, puesto que pareció volver á ti, francamente, no quisiste perdonarle?

—¿Perdonar? ¿qué?—dijo Gaucher,—á quien habían ocultado siempre la falta de su amigo.

—Perdonar sus ambiciones,—contestó Tonina,—usted sabe que ya no me gustaron; hoy aún me gustan menos, porque veo que superan á todo, y que un corazón tan atormentado, no sería feliz en familia, ni capaz de dar la felicidad.

—¡Tonina tiene razón!—dijo Gaucher á su mujer.—Siete Espadas no es el hombre que necesita una sencilla obrera. No le estimo menos por eso: cada uno tiene su plan en la escalera del mundo; pero estimo también el buen sentido de la prima, que quiere un marido todo para ella, como yo soy todo para ti.

Quando los esposos, Gaucher y su prima hubieron entrado en la Ciudad Negra, Lise, encontrándose sola con Tonina, vió que contenía sus lágrimas, y la Laurentis que entró un momento después, lo notó también.

La Laurentis, era una buena mujer, muy gorda y redonda, paralelamente fina en los asuntos de corazón, y muy orgullosa por la amistad de Tonina, á quien quería como á una hija.

—¿Sabe usted lo que tiene?—dijo á Lise.—Yo que le estoy hablando lo sé. Se desazona á causa de ese malvado herrero, que es guapo mozo, lo convengo, y que trabaja con el acero como una ardilla con una nuez... ¿Pero después? esos hombres de mérito no tienen sentimientos! no aman más que la gloria y los duros, y si usted es tan amiga de Tonina, como yo, le aconsejará que piense en otro.

Tonina reconvino á la Laurentis, y negó que amara á Siete Espadas; pero, acosada por las preguntas cariñosas de aquellas dos buenas amigas, acabó por confesar que le había amado.

—¿Y ahora le amas aún,—dijo Lise,—puesto que la tía Laurentis dice que no duermes bien, y que á menudó no comes nada?

—¡Ahora,—repuso Tonina,—siento que se concluyó por completo! Este capricho me ha dejado y suelto dos ó tres veces desde hace un año, pero cada vez me he hecho una razón, porque veía claramente que sería desgraciada con ese hombre; sí, desgraciada con la mayor desgracia que haya acaso para una mujer, la de no poder hacer feliz y contento al que ama. Si en este momento lloro, es porque ustedes me hacen llorar diciéndome que tengo pesares, y no hacen bien. Nada hace cobarde como dejarse compadecer. ¿Acaso no ven ustedes todo lo que me cuesta ocuparme de los demás para olvidarme? He encontrado ese consuelo, que es grande, tanto, que me hace feliz, á pesar de todo.

—Es muy posible,—dijo Lise,—que Siete Espadas, sufra el mismo pesar que tú, y que explicándoos, aún podriais entenderos.

—¡No!—repuso Tonina,—no nos entenderíamos mejor, porque no vemos de la misma manera. Si es cierto que tenga despecho, busca en el dinero un remedio que me repugna, mientras que el remedio que yo he hallado, es la condenación del suyo.

—Pero,—dijo aún Lise,—¿si quisiera ser rico para hacer el bien y para darte el poder de hacerlo?

—¡Oh! ¡sí, fuese en eso!—contestó la Laurentis.—No es á una mujer de mi experiencia, á quien se puede ir á contar esos ensueños. Yo he visto jóvenes así, que hablan de darlo todo, cuando lo tengan todo; pero mientras tanto, cuando tienen algo, colocan para tener más, ó se lo gastan para sus placeres. ¿Acaso es posible que sea de otro modo á menos de ser santos del cielo? ¿Además, se puede enriquecer así de la noche á la mañana? Nones, hijas mías, todo necesita su tiempo. Alábanse de recoger aprisa poniendo un céntimo al lado de otro, y no se enriquece más que con mucho trabajo y paciencia. Se es viejo cuando se empieza á poder descansar, y entonces es demasiado tarde para volverse tratable y humano con los pobres, de entre los cuales, se ha salido. Se conoce demasiado sus defectos, se ha peleado demasiado con ellos, para obligarles á que les sirvan bien; se está demasiado acostumbrado á tratarle duramente, á desconfiar de él, á temerle, y como uno mismo no tiene siempre la conciencia muy clara acerca de él, se cree que lo aburre y no se está en disposición de tratarle como amigo. ¡Vamos, vamos, mis buenas hijas! he visto eso con mi pobre marido difunto, que había puesto una posada y que era un cordero al principio. Y como por la dulzura no podía obrar á

su antojo, se volvió tan triste y desgraciado, que después de haber pegado á sus criados, me pegaba á mí, pobre querido marido! ¡Pues bien! ¡atención á la que se case con ese Siete Espadas! O se arruinará, ó si hace fortuna, necesitará, día por día, hora por hora, perder un pedazo de su corazón para poner una moneda de oro de más en su bolsa. Cuando se ha pasado veinte ó treinta años de su pobre vida, disputándose con el obrero, so pena de no ganar nada con él, es que se puede decirle de pronto, así, el día que coloca sus rentas:

—Ahora, amiguito, hemos compartido la pena, ¿vamos á compartir el placer?

¡No, no! ¡Dios hace muy pocos de esos milagros, si los hace! ¡El corazón gastado y engañado no se rejuvenece así! Y verdaderamente, cuando se piensa, ya no es su falta, si se encuentra algo endurecido! El tampoco puede hacer nada; ¡he aquí lo que me decía yo, al ver al difunto Laurentis ponerse terrible, él, que había sido tan bueno! y me reprochaba no haber previsto todo eso el día que me dijo:

—¡Pongamos una posada y procuraremos hacer fortuna!

Habría debido impedirselo y contestarle:

—¡No pongamos nada; conservemos nuestra alegría y nuestros amigos!

Ese discurso filosófico de la Laurentis, dicho con la desenvoltura de una mujer que le gusta hablar, pero que no hablaba al acaso, porque tenía corazón, hizo mucha impresión en el ánimo de Tonina, y Lisa lo aprobó en todas sus partes.

—Veo que es usted una mujer de buenos conse-

jos,—dijo á la Laurentis,—y Tonina no va desenca-
minada al escucharla. No hablemos, pues, nunca
jamás, de Siete Espadas. Puesto que quiere que se
le olvide, olvidémosle.

—¡No!—contestó Tonina. Ha sido mi compañero
de juventud, y siempre tomaré parte en sus penas,
si vuelve á pensar que mi amistad puede algo; pe-
ro no me atormentaré más de las tuyas que de las
de los demás, y en cuanto á casarme con él, aun-
que él lo quisiera todavía, no me retractaré nunca
de lo que he decidido.

Lise, segurísima que todo estaba roto para siem-
pre entre el armero y la dobladora, no hizo objec-
ciones á una conversación que oyó, pocos días des-
pués, entre su marido y el tío Laguerre.

El Zurdo había sido interrogado por su amo, el
señor Trottin, él mismo, que durante algunos años,
había sido también el amo de Siete Espadas. Había
pedido noticias de él, y luego había dicho:

—¿Qué demonios hace allá en su desierto? Debe-
ría vender aquello, aun cuando perdiera algo, y
volver á nuestra casa. Procure usted decidirle. No
estoy resentido de él; dígame usted que le recibiré
tan á gusto, como si no me hubiera dejado un poco
bruscamente. Es un muchacho que no sabe lo que
vale y lo que puede ganar en un taller. Si me hu-
biese consultado, en vez de obrar á su antojo, qui-
zás le habría asociado á mis beneficios, y quién sa-
be si no le hubiera hecho hacer un buen casa-
miento?

Esta última palabra hizo aguzar el oído al pádri-
no, á quien Gaucher contaba el discurso del amo.
Dicho amo tenía una hija á quien llamaban la se-

ñorita Clarisa, la cual, no era ni bella ni fea, y pa-
saba por algo tonta, aunque hubiese estado en el
colegio á la ciudad alta y llevase *merinaques*, lo
que hacía decir á las menestralas de vieja cepa
que no le faltaba acero para redondearse en el ta-
ller de su señor padre.

Pero su padre se burlaba de las burlas; tenía cin-
cuenta mil francos colocados además de su fábrica.
Había dado diez mil francos de dote á sus dos hijas
mayores, Clarisa también los tendría, y, como el
padre pensaba retirarse á la ciudad alta, un yerno
tan capaz como Siete Espadas para hacer valer la
fábrica, cuyo producto aumentaba siempre propor-
cionalmente el capital de la familia, podía conve-
nirle muy bien. Esa idea gustó mucho al padrino,
que en ella veía el medio de traer á su hijo adopti-
vo á su lado, y fijarle para mucho tiempo, sino para
siempre, á la ciudad baja. Gaucher estuvo encarga-
do de ir á decirlo á Siete Espadas.

Siete Espadas estaba al final de sus esperanzas y
de sus ensayos cuando este ofrecimiento le cayó á
la cabeza. Respingó y habló de Tonina. Gaucher,
que deseaba más que él mismo la satisfacción de su
ambición y que viera en ella aún, le apartó de To-
nina afirmándole que ella había resuelto muy for-
malmente no casarse. Entonces Siete Espadas bajó
la cabeza, y, en un arrebató de despecho feroz, dejó
que Gaucher le hablara de las perfecciones de la
señorita Trottin, sin escucharle, pero sin replicarle.
No se comprometió á nada, pero no rehusó entrar
en el taller de Trottin. Sentía muy bien que era tiem-
po de volver á tomar la cadena, si no quería hacer
deudas, y ponerse en un apuro para toda su vida.

XI

Tonina, habiendo sabido que Siete Espadas no había dicho que no, y que Gauchene comenzaba á preparar el terreno para el casamiento proyectado, tuvo un nuevo arrebató de pesar y lloró aún; pero lo ocultó, hasta á la Laurentis, y se esforzó para no pensar más en él.

Al día siguiente, fué á visitar á Rosalia Sauvière, una de sus más queridas compañeras que se había roto un brazo, y allí encontré al joven médico Anthine, el que había cuidado á Audebert en la barraca. Ya otras veces, se había encontrado con él en circunstancias análogas; pero como veía muy bien en sus miradas el gusto que tenía para ella, la tenía á tanta distancia que nunca se había atrevido á hablarle de amor. Ese día, preocupada y algo abatida, no notó que el médico hacía la visita más larga de lo que necesitaba, y además no podía creer que se atreviera á cortejarla delante de su joven amiga y delante de la madre de ésta, que era una mujer muy estimada y muy cristiana; pero á su gran sorpresa el señor Anthine le tomó la mano y le dijo:—Señorita Tonina tengo algo que confiarle que es muy formal, y hace mucho tiempo que busco la ocasión. Es algo de tan honrado que la presencia de la señora Sauvière y de su hija, lejos de estor-

barme, me decide; las tomo como testigo de mis palabras. Estoy enamorado de usted desde el primer día que le hablé, y desde ese día la he visto hacer, he oído decir tanto bien de usted á todos, que he reclamado, á mi padre el permiso de pedirle á usted su mano para casarnos. Mi padre, usted lo sabe; es un buen burgués filósofo cuyo corazón responde á la inteligencia. Ha tomado informes de usted y ha aprobado mi elección. No es muy rico, pero soy hijo único; tengo ya muchas visitas y soy un joven honrado. ¿Quiere usted hacer buena acogida á su demanda, tomar sobre mí todos los informes que crea necesarios, y devolverme la contestación cuanto antes, porque voy á estar muy inquieto y agitado esperando su decisión?

Tonina estuvo tan aturdida por esta declaración y la manera franca que fué hecha, que primeramente no supo qué contestar.

—Ya ves, hija mía,—le dijo la señora Sauvière que el médico te habla muy formalmente, que te hace un gran honor, y, como conoces mucho su posición y su familia, no creo que tengas que hacer grandes reflexiones.

—No haré ninguna,—contestó Tonina,—y le diré en seguida que le doy las gracias y que le estimo muchísimo por su pensamiento de amar á una joven que no tiene más que su honradez por todo dote; pero tengo muy pocas ganas de casarme, y por pocas que tuviera sería con la condición de no salir de la población, en la cual tengo buenos antiguos amigos y me miran casi como la hija de todas las personas de bien.

—En eso, tienes razón,—repuso la Sauvière,—

eres la hija bendecida y querida de las familias, la hermana de toda la juventud razonable, la madre de todos los niños pobres. ¡No va usted mal encaminado queriéndola, señor Anthime; es el honor y la felicidad de la Ciudad Negra que se nos lleva! Pero como ante todo debemos pensar en lo que le es ventajoso, no soy yo quien dirá una palabra para impedirle que se eleve al rango que le conviene, y en el cual le aseguro á usted que sabrá tenerse muy bien en la estimación de todos.

—No es el rango el que me gusta,—dijo Tonina,—al contrario, le temo mucho.

—El rango de un médico, si rango hay,—contestó el joven doctor,—no obstante, es el que conviene más á la amiga de los pobres.

—Es verdad, caballero,—dijo Tonina,—pero no creo poder salir de la ciudad baja. Me han querido demasiado para contentarme con la amistad que podría hallar en otra parte. En la ciudad alta tendría que volverme señora y se burlarían de mí como se burlaron de mi pobre hermana. ¡Ese lugar, ve usted, solo me recuerda pesares, y cuando estoy obligada á ir, es bien contra mi voluntad!

—Pero que no sea eso un obstáculo!—exclamó Anthime;—si usted quiere quedarse aquí, me estableceré aquí, y seré más útil que en la ciudad alta, en la cual hay algunos médicos, mientras no hay ninguno que esté fijo entre ustedes. No cambiará usted, pues, nada en sus costumbres, Tonina, y de este modo hará un favor muy grande á sus queridos compañeros.

Esa buena contestación hizo alguna impresión

sobre Tonina, y únicamente pidió ocho días para reflexionar.

—Yo, no le pido que guarde usted el secreto,—dijole el señor Anthime yéndose;—al contrario, deseo que consulte á sus mejores amigos. Cualquiera que sea la contestación de usted, no me arrepentiré jamás haber rendido homenaje á una persona tal como usted.

Tonina estuvo tan lisonjeada de la conducta de Anthime que no le rehusó un apretón de manos y permitió á la tía Sauvière y á su hija felicitarla como si fuese ya la señora del médico. Hasta estaba algo embriagada por el acontecimiento cuando regresó á su casa, y no pudo impedirse consultando con Lise cuanto antes. Lise contentísimo corrió á decirselo á Gaucher, que saltó de alegría.—Si fuese cualquier otro burgués antes te torcería el cuello que consentirlo. Por lo que sucedió con tu hermana, soy contrario á esos casamientos; ¡pero el señor Anthime! es muy diferente; ¡es el hijo del hombre mejor que existe, y él también es un hombre de corazón, el amigo de los pobres como su padre! Le he visto al lado de los desgraciados. Ni tan siquiera les compadece, los quiere. Si, si. Tonina, es el marido que necesitas y Dios envía esa dicha á tu familia para compenarla de los pesares que Molino le ha causado.

El día pasó consultando á la Laurentis, al amigo Audebert y al anciano Laguerre, quienes todos fueron del parecer de Gaucher. Laguerre despreciaba un poco la medicina, pero, al ver á Anthime cuidar gratis á los pobres de la Ciudad Negra, se había visto obligado á estimar al médico.

Sin embargo, Siete Espadas por su parte, pensa-

ba en el rico casamiento que, por decirlo así, le ofrecían, y esforzabase por aceptarlo en sus adentros. En la fortuna hay muchas tentaciones, sobre todo para el que le ha inmolado sus primeros sueños de amor, y el armero no se ocultaba que, algunos meses antes, hubiera vacilado muy poco en seguir el consejo de Gaucher; pero su gusto para Tonina se había vuelto una pasión, y su imagen le volvía á la imaginación con tanta insistencia, que resolvió ir á encontrarla, decirle lo que ocurría, y sacrificárselo todo, si quería ser su mujer.

Aquella misma noche se marchó, y pasó por la ciudad alta en donde tenía que hacer; de suerte que no llegó á la Ciudad Negra hasta cosa de las diez. Era una hora intempestiva para el padrino, y Siete Espadas, pensando bien que le hallaría durmiendo, entró sin hacer ruido en la casa para no molestarle. Había visto luz en la ventanita de Tonina; sabía que velaba á menudo hasta las doce de la noche para trabajar con la aguja. Subió á su cuarto, decidido á llamar á la puerta y pedirle una explicación para el día siguiente por la mañana, porque sabía muy bien que no le abriría.

La escalera del último piso era exterior, construída en la peña. Para penetrar en la habitación de Tonina, era preciso atravesar la terraza de cuatro metros cuadrados en la cual cuidaba sus macetas de flores. Como el suelo estaba obstruido por ellas, Siete Espadas anduvo con precaución para no tropezar en la obscuridad, y en aquel momento oyó la voz de Lise que pronunciaba su nombre en el cuarto de Tonina. Paróse, curioso de saber lo que estaban diciendo allí; se sentó en el escalón del umbral

de aquel cuarto, prometiéndose confesar su indiscreción, pero no pudiendo resistir al deseo de escuchar. La puerta era delgada, lo oyó todo.

He aquí de lo que se trataba: Tonina había deseado saber, antes de tomar ningún partido, si el joven armero estaba decidido á buscar á la señorita Trotin, y habían consultado al padrino sobre el particular, el cual se había adelantado un poco más de lo preciso, tantas ganas tenía de ver establecido á su ahijado en la Ciudad Negra, tanto, que en el momento en que éste acudía para decir á Tonina que no amaba y no deseaba más que á ella, Lise acababa de afirmarle que podía decidirse muy libremente por el médico.

Tonina era mujer, y su legítimo orgullo de obrera de la Ciudad Negra estaba halagado del porvenir honorable y relativamente muy brillante que se abría ante ella. Estaba contenta de traer el socorro de un médico instruido y que quería á sus conciudadanos; hasta acaso era un deber para ella. Ya hacía proyectos, y Lise le ayudaba á calentarse la cabeza. Empleaba por anticipado sus modestas rentas en limosnas de toda clase, arreglaba también su morada con gusto y sencillez; soñaba una casita aseada y bien oreada en uno de los claros hoyos que formaba el río abajo de la Ciudad Negra, con la vista de los árboles y un pequeño jardín en el cual podría cultivar flores en la tierra. Sus pobres rosales, martirizados en sus macetas de arcilla, estarían muy contentos de poder extender por fin sus raíces. Niña, en medio de su gran prudencia, confesaba á Lise que había pensado siempre en una camelia con flores rosas y blancas, como las había

visto en el jardín de su cuñado cuando su hermana era señora en la gran fábrica de la Barra Molino. Luego añadió:—¡Pobre hermana! ¡sin embargo no le aprovechó mucho salir de su rango! Estaba contenta de hacerse bella, y quería darme sus gustos y hasta hacerme llevar sombrero. La cosa no iba nada bien, y no lo quise. ¿Acaso crees, Lise, que mi marido exigirá que lo lleve? Me molestaría mucho y temería parecerme á Clarisa Trotin, que parece una zanahoria en medio de las yerbas.—Después de haber dicho esto, Tonina reía, bien decidida á no llevar sombrero, pero contenta al pensar que tendría derecho á llevarlo.

Sin embargo, de repente cesó de reír. ¡Hablamos,—dijo,—de todo lo que es el embellecimiento del matrimonio, pero no se embellece lo que es bello, y para que mi casamiento lo sea, es preciso que ame á mi marido!

—Le amas,—contestó Lise.

—Haré lo posible, porque merece de mi parte mucha estimación y reconocimiento. No obstante...

—No obstante ¿qué? No es un muchacho feo; va muy aseado, es joven y parece que no es ordinario. ¡Y luego está enamorado de veras de ti! ¡Cuando una se ve amada tan honestamente, es imposible que no se ame de todo su corazón!

—¿Lo crees, Lise? ¡Sí, debe ser como tú dices! ¡No obstante me parece muy extraño amar á un hombre que conozco tan poco! Y además tengo como un peso sobre el corazón; no sé lo que es.

—¿Acaso piensas aún en Siete Espadas?

—Cierto que no; pero no amaría á un hombre que

haría su pena. Desearía estar muy segura que estaría contento de casarse con Clarisa.

—¡Tienes demasiados escrúpulos! ¡Siete Espadas será rico, eso consuela de muchas ideas que se tenían antes!

—Y acaso, no tiene otra preocupación sino el temor de hacer que pene! ¡Vamos, Dios quiera que se case pronto y que no sienta nada! Yo, quizá seré feliz ¿quién sabe?

—Sí, sí,—añadió Lise;—has pensado bastante en los demás, es hora que pienses un poco en tí.

Besó á Tonina y se marchó sin ver á Siete Espadas, que se agachó en la obscuridad en el momento que pasó por su lado.

Estuvo allí una hora, veinte veces á punto de llorar y decir á Tonina:—¡No se case usted, me moriría!—Pero esa conducta le pareció indigna de un hombre de corazón, y, para resistir á la tentación, huyó hacia el monte.

Allí, se entregó á su dolor y anduvo toda la noche: luego se calmó y reflexionó. Sintió que Tonina tenía el derecho de vengarse de él con un buen casamiento, y que no obstante tenía tan poco la idea de venganza que ante todo estaba inquieta por el pesar que podía causarle. Tonina era buena, y sobre todo buena para él, dispuesta á sacrificar todo lo que podía, todo lo que debía agradarle en el ofrecimiento de Anthime antes que lastimar el corazón de un amigo culpable y desgraciado. Veía muy bien que no tenía que decir más que una palabra para que renunciara á aquella hermosa posición, á la vida de señora caritativa para la cual parecía haber nacido realmente, á los placeres inocentes

que eran los únicos que podían despertar su ambición, á la casita reflejada en el agua tranquila bajo los álamos y los sauces llorones, á la camelia con flores rosas y blancas, al derecho de llevar sombrero, y pasarse de él por refinamiento de gusto y altivez plebeya. Siete Espadas veía claro en todo eso. Tonina no le amaba con pasión, puesto que no quería ser su mujer; pero tenía la amistad tan generosa, y tantos recuerdos la unían á él, que no podía ser ella feliz si por su parte él no lo era.

Una vez esto bien probado, Siete Espadas, después de muchas luchas consigo mismo, comprendió su deber.

—No es preciso,—dijose,—que me vea padecer; es preciso que no pierda la ocasión de su dicha, puesto que hé aquí un joven que la ama como lo merece, y aparentemente mejor de lo que he sabido amarla. No tengo más que una manera de reparar mis yerros; es no poner obstáculos á su casamiento, es contener mis celos y ocultar mis pesares. ¡Vamos! he puesto una vez mi valor á vencer el amor por ambición, procuremos hoy ponerlo á vencer el amor por honor.

Cuando regresó á la barraca, en la cual Va-sin-Miedo estaba ya en pié, su palidez espantó á éste. Va-sin-Miedo aunque rudo y de una fealdad feroz, tenía mucha afección y hasta sensibilidad, como sucede á algunas personas impetuosas llenas de contrastes. Siete Espadas notó que le miraba con ansiedad, y que algunas lágrimas de ternura é inquietud corrían por su faz de jabalí. Esas lágrimas provocaron de pronto las del joven obrero; lloró mucho y se sintió aliviado.

Acostóse en su gergón y durmió algunas horas, más tranquilo desde que se veía completamente desgraciado y resuelto á portarse bien. Hacia las doce, estaba en pié. Puso sus cuentas en orden, cogió la mitad del poco dinero que tenía, y entregó la otra mitad á Va-sin-Miedo diciéndole:

—Sé que me tienes amistad; no soy ingrato. No te inquietes por mí, tengo valor, y los viajes me distraerán. Me ausento por algún tiempo; te confío el taller y todo lo que poseo, asociándote á la mitad de mis beneficios. Si prefieres arrendarlo y volver al trabajo á destajo, te dejo en libertad de hacerlo; harás lo mejor que puedas, tengo la seguridad; pero hay una cosa que exijo de tu amistad y bajo tu palabra de hombre honrado; es que no harás infeliz á nadie á causa de mí. Es preciso que me lo prometas, como si tuviera que morir dentro de una hora.

Y cuando Va-sin-Miedo le hubo dado su palabra, añadió:

—No tengas ningún temor á causa de mí; á mi vez te doy mi palabra de no cometer ninguna cobardía.

Le firmó una procuración, le recomendó no decir nada de su marcha antes que hubiese escrito, le abrazó cordialmente, almorzó y bebió unas copas con él; después, echándose á cuestras su pequeño lío y su saco de herramientas, subió el barranco y tomó á pié el camino de Lyon.

Aquel día ni al día siguiente supieron que se había marchado. Únicamente al tercer día, Laguerre recibió una carta suya, fechada de Saint-Etienne, que parecía bastante alegre, y en la cual le decía

que quería ver las fundiciones del Jorez para instruirse sobre ciertos procedimientos, y procurar apropiárselos. Otro día escribió á Gaucher, y por fin á la misma Tonina.

Querida vecina, le decía, permítame usted que le escriba para presentarle mis respetos y recomendarle á mi querido padrino, para quien ya ha sido usted tan buena. Obligado á ausentarme por algún tiempo, y deseando consagrarme completamente á los negocios, cosa que jamás habria podido ni querido ejecutar, si usted no fuera para mí padrino una amiga sin igual, experimento el placer de darle las gracias por todo el bien que le ha hecho usted lo mismo que á mí, y deseo que usted sepa que no tengo ningún rencor en el corazón contra usted ni contra nadie, deseando la conservación de su amistad como le ruego que crea en la de mi respeto.

» Su servidor y amigo,

» Estéban Lavonte, llamado SIETE ESPADAS.»

Tonina creyó que el que habia podido escribir semejante carta tenía el corazón tranquilo y la imaginación más llena que nunca de ideas positivas. Alegróse con Lise, sin poder sentirse muy alegre en el fondo del alma. Durante dos días aun no continuó menos á hacer proyectos y dejarse complimentar sobre su gran casamiento por una multitud de amigos á quienes sus amigos habian confiado el asunto. Sus numerosos enamorados no estaban demasiado contentos; ¿pero con qué derecho la habrían criticado? No habia dado nunca pié á nin-

guna esperanza. No se podía decir que careciese de modestia recibiendo las felicitaciones, y le estaban infinitamente agradecidos por no haber querido abandonar la Ciudad Negra.

Sin embargo, estaba en la víspera del octavo día en que debía dar contestación al señor Anthime y que le habia permitido encontrarse con ella en casa de los Gaucher, hacia las dos de la tarde; pero hé aquí que la víspera de repente fué cogida por un gran pesar, y que todos sus proyectos de bienestar y de gloria ya no le parecieron nada. A fuerza de pensar en todo lo que aquel casamiento le prometía de agradable y honroso, habia agotado la dulzura y la novedad.

—No me hablas ya de la casa, ni del rio, ni de las camelias,—dijo á Lise, á quien pareció aquella noche muy caprichosa.—Estoy ya cansada de la posesión de tantas cosas hermosas, de las cuales, á decir verdad, no tengo mucha necesidad, y que ciertamente me fastidiarían muy á prisa, puesto que mi cerebro está ya harto por anticipado. Lo que desearía poder desear con impaciencia, es amar tiernamente á ese caballero que no conozco; pero no hay que decir, Lise, no siento nada por él, y estoy obligada de forzarme para reconocer todas sus hermosas cualidades. ¿Sabes que si eso continuara, sería la más desgraciada de las mujeres, y que valdría más atarme á una rueda de molino y arrojar me al agujero del infierno?

Aquella noche durmió poco, y soñó que veía á Siete Espadas triste y enfermo; después le vió

muerto, y tuvo tanto miedo de esa pesadilla que se levantó, encendió la lámpara y volvió á leer la carta que le había escrito. Sus palabras expresaban tranquilidad, casi alegría; pero, á fuerza de dar vueltas á ese papel, le pareció que habían llorado encima y que la dirección estaba escrita con mano temblorosa. La sospecha de la verdad se apoderó de su imaginación, y al amanecer corrió á la barraca.

Interrogó á Va-sin-Miedo, quien, á pesar de sus promesas de discreción, no supo resistir á su imperio y le confesó que Siete Espadas se había marchado como un hombre que hace más de lo que puede, y que no está lejos de sucumbir á la desesperación. Entró en seguida en el escritorio de la fábrica y escribió á Siete Espadas:

«Querido vecino, para contestar al honor de su estimable carta, le diré á usted que su padrino goza de perfecta salud, y que tengo para él todos los cuidados que dependen de mí. Lo que hago es por amistad para usted tanto como para él, porque son ustedes dos personas á quienes se debe tener estimación. Deseo que sus asuntos vayan á su completa satisfacción. La mía es de quedarme como estoy, porque usted sabe que aun no me he decidido respecto al casamiento. Tengo tiempo de pensar en él, usted lo mismo. Mientras tanto, soy su amiga y compañera por la vida.

»Juana Antonieta, Gaucher.»

Cerró el sobre, puso la dirección y regresó á la ciudad, donde empezó por echar su carta al correo

para que no pudiera retroceder, y, aliviada como de un remordimiento, esperó más tranquilamente la entrevista con el señor Anthime.

XII

Siete Espadas no recibió la carta de Tonina. Había fechado del lugar que se encontraba la que le había escrito, y se marchó al día siguiente, incierto sobre el camino que tomaría, no teniendo otra idea más que la de alejarse y hacerse olvidar durante una temporada. Además no contaba de ningún modo con una contestación, y sentía que, para conservar su ánimo, necesitaba ignorar lo que durante ese tiempo debía ocurrir en la Ciudad Negra.

Su poco dinero no podía llevarle muy lejos; también pensó muy pronto entrar en alguna fábrica para ganar con que continuar su viaje, porque estaba decidido á ir lejos y sacar provecho de ese destierro voluntario para su instrucción. Paróse en la primera ciudad que encontró, trabajó algunas semanas, y volvió á partir para otra gran población, curioso de estudiar su oficio en una más vasta escala de lo que había podido hacerlo, y perfeccionarse en el ensayo de diversos trabajos prácticos.

Habiendo así viajado, ensayado y observado du-

muerto, y tuvo tanto miedo de esa pesadilla que se levantó, encendió la lámpara y volvió á leer la carta que le había escrito. Sus palabras expresaban tranquilidad, casi alegría; pero, á fuerza de dar vueltas á ese papel, le pareció que habían llorado encima y que la dirección estaba escrita con mano temblorosa. La sospecha de la verdad se apoderó de su imaginación, y al amanecer corrió á la barraca.

Interrogó á Va-sin-Miedo, quien, á pesar de sus promesas de discreción, no supo resistir á su imperio y le confesó que Siete Espadas se había marchado como un hombre que hace más de lo que puede, y que no está lejos de sucumbir á la desesperación. Entró en seguida en el escritorio de la fábrica y escribió á Siete Espadas:

«Querido vecino, para contestar al honor de su estimable carta, le diré á usted que su padrino goza de perfecta salud, y que tengo para él todos los cuidados que dependen de mí. Lo que hago es por amistad para usted tanto como para él, porque son ustedes dos personas á quienes se debe tener estimación. Deseo que sus asuntos vayan á su completa satisfacción. La mía es de quedarme como estoy, porque usted sabe que aun no me he decidido respecto al casamiento. Tengo tiempo de pensar en él, usted lo mismo. Mientras tanto, soy su amiga y compañera por la vida.

»Juana Antonieta, Gaucher.»

Cerró el sobre, puso la dirección y regresó á la ciudad, donde empezó por echar su carta al correo

para que no pudiera retroceder, y, aliviada como de un remordimiento, esperó más tranquilamente la entrevista con el señor Anthime.

XII

Siete Espadas no recibió la carta de Tonina. Había fechado del lugar que se encontraba la que le había escrito, y se marchó al día siguiente, incierto sobre el camino que tomaría, no teniendo otra idea más que la de alejarse y hacerse olvidar durante una temporada. Además no contaba de ningún modo con una contestación, y sentía que, para conservar su ánimo, necesitaba ignorar lo que durante ese tiempo debía ocurrir en la Ciudad Negra.

Su poco dinero no podía llevarle muy lejos; también pensó muy pronto entrar en alguna fábrica para ganar con que continuar su viaje, porque estaba decidido á ir lejos y sacar provecho de ese destierro voluntario para su instrucción. Paróse en la primera ciudad que encontró, trabajó algunas semanas, y volvió á partir para otra gran población, curioso de estudiar su oficio en una más vasta escala de lo que había podido hacerlo, y perfeccionarse en el ensayo de diversos trabajos prácticos.

Habiendo así viajado, ensayado y observado du-

rante muchos meses, recibió, sin duda gracias á la casualidad, una carta de Gaucher, que le daba buenas noticias de su padrino y de su fábrica. El padrino gozaba de perfecta salud y la fábrica daba pequeños resultados bien sostenidos en la medida de una progresión satisfactoria. Según los números, Siete Espadas reconoció que Va-sin-Miedo hacía mucho mejor sus negocios que él había sabido hacerlos, y esto le confirmó en las reflexiones que se habían presentado á su mente más de una vez ya desde que estaba de viaje: á saber que la pequeña propiedad no puede prosperar con medios pequeños, sin mucha tenacidad, resignación y parsimonia.

Los hombres de imaginación viva, siempre enamorados del pensamiento del progreso rápido, no reconocen bastante que con poco se hace poco, y la desanimación se apodera de ellos fatalmente. Ardiente é inquieto, concibiendo siempre lo mejor, y siempre paralizado por la falta de dinero Siete Espadas era mucho menos apto para gobernar sus escasos intereses que el ignorante y obstinado Va-sin-Miedo. Este tiraba del arado como el buey que cumple su trabajo, sin calcular el del día siguiente. Como no sabía leer, no escribía nada, pero se acordaba de todo con la exactitud milagrosa de los cerebros incultos que no cuentan más que con ellos mismos. Ningún tormento de imaginación ó de amor propio le apartaba de su fin. En resumen, entre sus manos la fábrica presentaba una pequeña renta clara y casi segura. Esperando doblar el capital en pocos años, Siete Espadas había contado con esos milagros que el orgullo acaricia, pero que

no se realizan casi nunca por medios escrupulosos y prudentes.

Al ver el curso de las cosas humanas y computando las suertes comerciales por todas partes donde pasaba, el armero, en adelante más sentado y experimentado, llegaba á convencerse que no había hecho una mala colocación de sus ahorros, pero que no compraría nunca una casa pintada y un parque con flores en la ciudad alta, decepción que no era nueva para él, y que ya no le preocupaba en sí, pero que se encadenaba con el arrepentimiento y el pesar de no haberse casado con Tonina. Pensaba con amargura en la dicha de Gaucher, quien, viviendo para los objetos de su afección ardiente, había olvidado tan fácilmente las tentaciones de la vida cómoda é independiente. Esa austera felicidad que le había parecido una prisión humillante se presentaba ahora á Siete Espadas como una visión evaporada en medio de un desierto. El Zurdo, en su carta, no mencionaba el nombre de Tonina. Así lo había querido ésta, la cual como no recibiera contestación de Siete Espadas y no le viera regresar, habíase persuadido naturalmente que le había hecho un sacrificio inútil y que el dolor había volado al cambio de aires. De vez en cuando, Siete Espadas en pocas palabras había dado señales de vida á los demás, afectando siempre una gran tranquilidad de ánimo y no hacía ninguna alusión, ninguna pregunta relativa á Tonina. Creía que estaba casada y deseaba no saber nada de ella. El silencio de Gaucher sobre el particular le confirmó en su creencia. El Zurdo ya le decía que había debido recibir otras cartas de la población:

—¡Pues bien!—contestábase Siete Espadas—no las he recibido y es tanto mejor para mí! Sin duda me relataban la boda y el elogio del señor Anthime. Todo eso ya no me importa; he hecho lo que era preciso para no poner obstáculo á la felicidad de los demás; la mía no ganaría nada si conociera los detalles.

Por todas partes donde se detenía, notábasele como obrero de primera orden y deseaban tenerlo fijo. No era obrero especial, es decir que no era de los que pasan su vida haciendo una pieza determinada á la perfección, sin ser capaces nunca de hacer una diferente. En un gran taller la fabricación se parece á un canto en el cual cada uno daría su nota á propósito, sin aprender jamás la de antes ó la de después. Los hombres hábiles saben hacerlo todo, y pueden pasar de un banco al otro con tanta habilidad y rapidez como si cada artículo fuese el objeto exclusivo de sus estudios. Siete Espadas era de esos, y cuando se vió en disposición de ejercitarse en la cuchillería fina, en las armas blancas de lujo, encontró placer. Le gustaba lo que es bello. Habiéndose presentado la ocasión de estudiar la cinceladura y el taraceaje, su placer aumentó. Era casi el arte, y podía serlo completamente, porque tenía gusto y sentía que la invención le acudía.

—Pero ¿para qué aprender todo eso?—decíase en sus momentos de tristeza y reflexión;—en la Ciudad Negra no tendré nunca ocasión de hacer más que mercadería grosera, oficio sin originalidad ni inspiración. Y aún cuando abandonase completamente mi país para establecerme en los que se trabaja mejor ¿no estaré siempre perseguido por la idea de hacer mejor sin poder satisfacerla?

Estudiaba también la mecánica, y al principio sintióse muy humillado al ver los mil proyectos, las mil invenciones con las cuales había martirizado y alimentado la imaginación, aplicados con grandes perfeccionamientos, con los cuales, no había pensado. Lo que no se hacía en la Ciudad Negra tenía su razón para no ser adoptado: la falta de medios, de espacio, de grandes motores, de grandes cursos de agua, de brazos, de mercados, de capitales. Es fácil ver lo que sería mejor, pero trátase de poder hacerlo; toda la ciencia de la industria, está en el equilibrio de estos dos términos. A algunos, el genio que fecunda con abundancia los pequeños medios, pero á una multitud de inteligencias inquietas, la ambición de las vistas mal combinadas y de las voluntades sin potencia. El primero se manifiesta raramente y por excepción: los demás abundan y abortan.

No obstante, Siete Espadas, consolóse al contrar la difusión rápida de las buenas invenciones y el brio que dan á una multitud de modificaciones y perfeccionamientos de detalle que las circunstancias locales inspiran á los prácticos inteligentes. Si la ambición del alma aspira á cambiar por todas partes de rondon la faz de las cosas, es preciso

triunfar ó volverse loco. Siete Espadas que había tenido las alucinaciones de la juventud, se volvió más frío y prudente al ver, en los diferentes talleres, á muchos obreros capaces y formales que mejoraban los procedimientos y sacaban partido de lo posible, sin creerse ser unas notabilidades y sin aspirar á ser llevados en triunfo. Reconoció que en una época de actividad general y de construcción siempre creciente, los grandes inventores debían ser siempre más raros, y deberse tanto los unos á los otros, que un día acaso sería muy difícil precisar la propiedad de un descubrimiento.

Todas estas reflexiones, ayudadas por la conversación de fabricantes instruidos y obreros hábiles que buscaba por todas partes y que se complacían esclareciéndole, le devolvieron por fin la calma y la modestia que le habían faltado. Cesó de despreciar los pequeños esfuerzos y creerse llamado á altos destinos. Como Audebert, aunque en otra clase había sufrido la enfermedad del siglo. Se envió por la razón que era joven y perspicaz.

Su amor desgraciado, le sirvió también de buena lección. Una falta es á veces la salvación de un alma, cuando la falta es reparable y el alma generosa. Si ese joven había cometido faltas con Tonina, las había expiado mucho más tiempo de lo que habían durado, y su conciencia tenía el derecho de no hacerle ya muchos reproches.

Estuvo muy lejos de su país, en la frontera, hasta en Alemania, vanagloriándose siempre que de una vida activa y formal disiparía sus penas.

Sentíase fuerte y dueño de su voluntad, pero era con la condición de no permanecer en el mismo lu-

gar. Desde que empezaba á establecer alguna relación agradable en una ciudad, la vista de la felicidad doméstica le hacía sentir el vacío de su corazón, y se entregaba á algún proyecto de casamiento. La ocasión no faltaba. En seguida que veían su buena conducta y sus talentos, no le pedían nada más, y su pequeña propiedad que podía dar la prueba que era suya por las cartas de Gaucher, era un lujo para un obrero hábil como él; pero en el momento de contestar á las proposiciones de las familias, encontrábase tan espantado, que se daba prisa en marcharse. La imagen de Tonina, colocábase entre él y todos los objetos nuevos, que no hablaban más que á su vista. Ella había echado sobre él como un hechizo, y en efecto, acaso existía uno particular en ella.

En Alemania, Siete Espadas hallaba bellezas más cumplidas, cabellos de oro, ojos de turquesa, mejillas de rosas, una límpida mirada de inocencia, una sencilla sonrisa de bondad. Era como la invitación al reposo del alma, á la rutina de la costumbre, á la nada de la imposible seguridad. Su imaginación estaba un instante por esas gracias confiantes y ese sentimentalismo lozano que parecía esperarle para quererle y cuidarle; pero decíase pronto que el enamorado apaciblemente esperado, era lo mismo él que otro, y que si no se encargaba de la felicidad soñada, otro la realizaría lo mismo que él. Entonces volvía á ver á la *princesa* de la Ciudad Negra con su palidez pensativa, su misteriosa, su alegría sin alboroto, su abnegación sin afectación, sin sensibilidad, sin bobería, su imaginación penetrante, que nada podía engañar, y su voluntad fuerte que

lo perdonaba todo. Tonina no era una mujer como las demás, y pensando en ella, el joven obrero sentíase subir encima de su esfera, mientras se sentía bajar más abajo, desde que buscaba á acomodarse con otro amor.

Y luego hay también una ley de la naturaleza que condena á una tenacidad singular los amores no satisfechos. Es triste de decir, pero se olvida más á menudo á la mujer que ha dado alguna dicha que á la que la ha negado. Siete Espadas combatió valientemente su orgullo, cuyos peligros había reconocido; pero uno no se modifica, no se transforma, y existía en él una herida que manaba sangre siempre. La notaba sobre todo en el momento en que se vanagloriaba olvidarla, y entonces renunciando á curarla por una reacción de su voluntad, volvía á tomar el bastón de viaje diciéndose:

—Dejemos transcurrir el tiempo; mi mal pasará más tarde, y acaso sin que me ocupe de él.

Un día, á una carta de reproches de Gaucher, contestó confesando todo lo que había padecido, todo lo que había sentido, todo lo que había modificado y corregido en su alma. No nombró á Tonina, pero su secreto se adivinaba fácilmente. Su carta era

digna, sincera y afectuosa. La terminaba diciendo: «Es preciso que me perdones, mi buen compañero, por haber tardado tanto en abrirte mi corazón. Espero siempre la tranquilidad, que no ha venido bien aún, pero que ya no está tan ausente como por lo pasado. Tengo días en que estoy casi contento en haber buscado en países lejanos la instrucción que yo solo no podía adivinar. Acaso una cosa que me devolvería la tranquilidad completa, sería saber si la persona con la cual he pensado tanto, está contenta de su casamiento como lo merece. Si hasta ahora no te he preguntado por ella, y si no te pregunto aún, no es que la haya olvidado, acaso es lo contrario; pero llegará un tiempo, es preciso esperar, que podré oír hablar de ella sin cometer la necesidad de llorar.

«Te escribo desde una casa de campo muy hermosa, en la cual, estoy por algún tiempo, y á donde puedes contestarme. Hasta te diré que por la última vez, al menos, tengo algún pensamiento de casarme por estos países; pero no espero mucho mejor de mí para eso que las otras veces. El corazón no puede despertarse. No importa, guarda siempre calor para tí, para tu Lise, y tus hijos que deben ser muy hermosos. Te doy las gracias por haber puesto mi nombre al tercero. Es una prueba que pensáis siempre en mí. ¡Ojalá no sufra jamás lo que he sufrido, ese pobre pequeño, que será un hombre! Si alguna vez tengo la dicha de abrazarle, sabré decirle que no hay felicidad más que en el amor y la amistad, y que toda la alegría que se busca en otra parte, no vale la pena que uno se dá para correr tras ella.»

La casa de campo, en la cual se hallaba entonces Siete Espadas, era la propiedad de una viuda de colono bastante rica, dos ó tres años más vieja que él, pero agradable, de un tipo moreno y pálido que le recordaba vagamente el de Tonina. Esta vez, realmente tentó atarse, no tanto á causa de la mujer que no le gustaba más que por reflexión, y como al través del recuerdo de otra, sino á causa de la poesía de un país magnífico y en la esperanza de una vida apacible y útilmente laboriosa.

Entró por casualidad en casa de aquella viuda. Ella le distinguió al primer golpe de vista y había sabido retenerle pidiéndole sus consejos para la reparación de una máquina agrícola que él se entretuvo en perfeccionar simplificándola. Hacía más de un mes que estaba en casa de ella, sin decirle nada que pudiera comprometerle, pero sin poder negarse á comprender que la señora no le habría rehusado su mano ni su corazón. Hablaba bastante bien el francés, y Siete Espadas había aprendido un poco de alemán. Cierta día estaban sentados debajo de unos magníficos tilos, á alguna distancia de la casa, mientras la viuda pasaba revista, á la entrada del corral, al rico ganado de su pequeña heredad. De cerca, no era fea; de lejos, era bella á causa de su talle bien formado y de sus modales desenvueltos. Las vacas gordas y las pesadas ovejas que la rodeaban, la casa blanca ocultada en las espesuras del verjel florido, los grandes pastos y los verdes sembrados de la llanura tersa como el mar, el horizonte fino y vaporoso, formaban un cuadro lleno de armonía, de dulzura y de majestad serena.

La brisa primaveral inclinaba ligeramente las jóvenes espigas y traía los perfumes del heno nuevo. «La felicidad está aquí, dijose el joven desterrado. Acaso no está para mí, pero está para quien fuera prudente y paciente. Sin duda, en esta vida lenta y uniforme de la tierra, el corazón de un hombre activo, á veces ahogaría muy bien al que lo lleva. Esta naturaleza que cumple su cometido á pasos contados, día por día, hora por hora, y que no obedece al hombre sino con una regularidad imponente, es como una ley sorda y ciega que se ríe de nuestras fiebres de actividad. Es también un yugo que se retiene aún mejor que el buey enganchado al arado, porque no es preciso dejar la tierra cuando uno se ha casado con ella. Es un taller de trabajo que no se traslada y que es preciso defender siempre, no solamente contra el vecino, sino contra los pájaros del cielo y los insectos ocultos en la hierba. Es un presidio con cadenas de flores, una preocupación solemne, silenciosa y sin tregua.

» ¡Pero también ¡qué grandeza en la duración de las cosas del campo! Como las más ingeniosas producciones del artista y del obrero son poca cosa en comparación de la majestad de un roble añejo! ¡Como el cielo es vasto en esas llanuras sin accidente y sin fin! ¡Y qué música discreta y penetrante en esos follajes que el aire de un día hermoso acaricia con respeto! ¿Es que aquí los humos del orgullo y las inquietudes del alma no deben entremecerse poco á poco sin que hasta sea necesario combatirlos? ¿Acaso no hay un encanto más poderoso que todas nuestras imaginaciones en ese reposo aparente que culta el misterioso trabajo de la tierra?

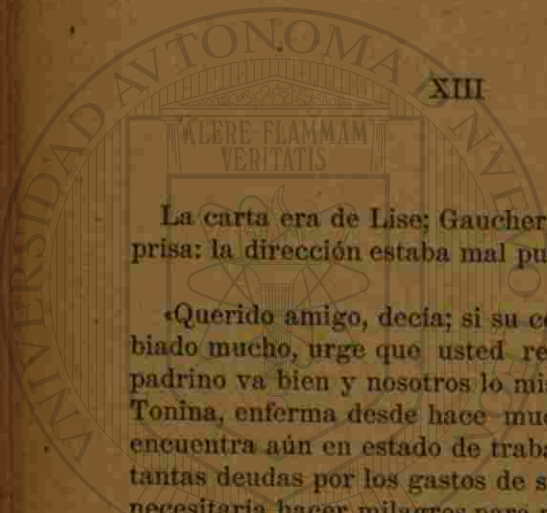
»Sí, aquí se debe volver uno sino mejor, al menos más digno y austero. Las vanas sensibilidades, las punzantes aspiraciones deben embotarse y hacer lugar á una especie de fatalismo robusto. La vida de hierro y de fuego del industrial es un delirio, una apuesta contra el cielo, una continua lucha contra la naturaleza y contra sí mismo. La del campesino es una sumisión prolongada, semi oración y semi sueño. El desprecio de los formentos y de las alegrías que nos consumen está escrito en su cara, que no sabe reír ni llorar. Contempla y medita. Espera siempre algo que, un poco más pronto, un poco más tarde, debe llegar con seguridad, lluvia ó sol, sombra ó luz; mientras que el obrero, sepultado en las minas ó inclinado en el taller sombrío, tiene siempre la imaginación y la vista dirigidas hacia un único punto, el agricultor mira arriba lo que, de los royos ó de las nubes, debe venir á dar el último y soberano retoque á su obra. Ambos han regado su trabajo con los sudores de su frente; pero el obrero no ha confeccionado más que un instrumento destinado á usarse y á desaparecer, una cosa frágil que no volverá á ver nunca más, de la cual, no conocerá el destino ni la duración; el campesino ha fecundado algo de eterno que dormitaba; y que vuelve á empezar á vivir al salir de sus manos, algo que es activo é inagotable, que debe florecer y fructificar ante su vista.»

Así soñaba el joven, traduciéndose para sus adentros sus propios pensamientos bajo una forma que no necesitaba palabras para pintar las vivas imágenes. Había olvidado á la viuda, pero sentía que se volvía enamorado del campo. Acordábase de sus

primeros años, su pobre valle lleno de piedras, las cabras de flancos flacos colgadas á los arbustos, su miseria, sus pies descalzos y su ignorancia de lo mejor, tan llena de dulzuras y de incuria. «¿Por qué no me he quedado así? decíase: ¡Ciertamente, no había sufrido tanto! Todo lo que he adquirido me ha hecho ávido de lo que no podía adquirir. Y ahora, si pudiera olvidar lo que he vivido y contentarme con el trabajo sin ardor, con la amistad sin amor, con el porvenir sin imprevisto, me volvería tranquilo bajo este gran cielo puro, y sobre todo esta tierra bendita.

La cosa más sencilla me causaría aún mucha alegría; el nacimiento de un cordero en mi paja, el canto de una gallina en mi corral, la carrera de una liebre en mi campo, serían acontecimientos en mi vida, y ¿quién sabe si no llegaría un día que me volvería loco de contento y me henchiría de orgullo al ver engordar un buey en mi establo?»

Siete Espadas estaba en este punto de sueño, renovando á pesar suyo la fábula de la lechera y del jarro de leche, cuando un cartero que recorría la llanura, yendo de un cortijo al otro, le entregó una carta de la Ciudad Negra, en la cual, á pesar de su sello de la salida muy atrasado, leíase como una ironía del destino de los ausentes: *hacer llegar á su destino sin retraso; muy urgente.*



La carta era de Lise; Gaucher, había escrito de prisa: la dirección estaba mal puesta:

«Querido amigo, decía; si su corazón no ha cambiado mucho, urge que usted regrese al país. Su padrino va bien y nosotros lo mismo; pero la pobre Tonina, enferma desde hace mucho tiempo, no se encuentra aún en estado de trabajar y se halla con tantas deudas por los gastos de su enfermedad que necesitaría hacer milagros para pagarlas todas. Sin nuestras amistades, que no la abandonarán jamás, la miseria reinaría en su casa; pero sufre tanto pensando que nosotros nos privamos por ayudarla, que tememos verla morir por querer hacer más de lo que puede, ó por el tormento que de á su imaginación. Hemos pensado en usted, que tiene algo y no tiene familia. Acaso, al regresar aquí, sabría usted decidir á esa pobre amiga á que acepte sus cuidados, sus socorros y su amistad, que no ha cesado de merecer.»

¡Tonina no estaba casada pues! La alegría fué el primer sentimiento que dominó la emoción de Siete

Espadas. No paró mientes en la inquietud. Tonina no estaba perdida, puesto que le pedían socorro; no se tienen tantas previsiones para los que se van á morir; además el amor hace milagros, y Siete Espadas sintió que amaba á Tonina más que nunca.

En un instante desaparecieron los fantasmas de su dicha campestre. Miró en torno suyo como al despertar de un sueño profundo; encontró la llanura igual y estúpida, la casa pretenciosa, los animales sucios, la viuda sin juventud y sin encantos. Y como aquella pobre mujer espantada le preguntara si verdaderamente estaba decidido á dejarla:

—¡Eh, sí,—contestóle bruscamente.—¿Le he prometido quedarme, yo, y no le he dicho que estaba casado en mi tierra? ¡Mi mujer está enferma! ¡adiós! He trabajado por usted con gusto... Guárdese el dinero, no quiero nada de aquí.

¡Y huyó, ligero como el pájaro que emigra á la primavera!

En seguida que vió un coche de alquiler, subió en él, de allí á un tren, y por fin, al cabo de cinco días de viaje tan rápido como posible, vióse á pié, arriba del camino de montaña, encima de los abismos que se entreabren para recibir en sus flancos ariscos las casas apiñadas y las máquinas ruidosas de la Ciudad Negra.

Había aún cerca de una legua de bajada para llegar. Andaba tan aprisa que sus pasos dejaban á penas su huella en la arena del camino y no obstante su corazón le ahogaba. ¡Qué noble y hermoso le parecía todo en aquel Valle del Infierno! ¡Cuán le-

jos estaban las grandes praderas tristes y los establos repletos de la viuda alemana! Esos peñascos dentados como una sierra en los cuales se cernían los buitres, esas aguas violentas abriéndose paso por entre los granitos destrozados, esos bosques sombríos azotados por el viento en las alturas, y esos estrechos oasis en los cuales un rayo de sol encerrado por altos muros naturales fecundaba un rincón de verdor silvestre y algunos alamos medio desarraigados por las lluvias, todo eso formaba un espectáculo sublime y delicioso para el que el amor y la esperanza hacen regresar á su tierra.

Llegó encima de su barraca, y asomóse para mirarla. No pensaba bajar á ella, tenía mucha más prisa para ver á sus amigos que su propiedad, y sabiendo que un poco más allá, el sendero menos estrecho y menos difícil, que seguía el torrente, sería mejor para ir á prisa.

Sin embargo, como la barraca se podía ver en parte desde cierto ángulo del camino alto, podía concederle muy bien una mirada sin pararse; pero sea que en su turbación hubiera pasado el buen sitio, sea que los pinos que subían de los contrafuertes escarpados de la carretera hubiesen crecido durante su ausencia hasta el punto de ocultar toda aquella parte de la garganta, no vió el tejado de su fábrica, y continuó bajando hasta el ángulo de un bosquecillo desde el cual estaba seguro de descubriría toda entera cuando dejara la carretera para tomar el sendero de la Ciudad Negra.

Cuando estuvo allí, la sorpresa se apoderó de él de tal manera que estuvo obligado á pararse, y durante un momento creyó que estaba alucinado.

No reconocía el paraje, lo buscaba vanamente en sus recuerdos. El recodo del río había desaparecido, y, en vez de seguir una pendiente oblicua y rápida, el agua caía en una capa recta cuyo rugido tenía algo de triunfante é implacable. El flanco del peñasco, antes erizado de rocas amenazadoras, presentaba un corte vertical que parecía muy reciente: en el lugar que debía encontrarse la fábrica con su esclusa y su pequeño puente rústico, veíase elevarse una masa confusa de peñas rajadas y destrozadas, sembrada de árboles rotos y aún verdes. Debajo de esa masa recientemente derrumbada la barraca sepultada no había dejado vestigios como si no hubiese existido nunca.

El primer movimiento de Siete Espadas, cuando ya no le fué posible dudar de su desastre, fué digno de la noble humanidad:

—¡Ah! pobre Vá-sin-Miedo,—exclamó tendiendo los brazos involuntariamente hacia ese espantoso espectáculo.—¡Oh mis buenos obreros y mis pobres aprendices, estáis sepultados para siempre ahí debajo?

—No, á Dios gracias,—le contestó una voz ruda, al mismo tiempo que Vá-sin-Miedo se presentaba delante de él en el sendero:—fuimos advertidos por

un gran ruido de crugidos y una enorme rendija que se produjeron dos horas antes; tuvimos tiempo de sacar todo lo que podía ser llevado. Eso ocurrió hace unas tres semanas, y pensaba que te lo habían escrito, pero, en la duda todos los días he venido á esperarte para que no tuvieras una mala sorpresa, y decirte que al menos no hubo ningún muerto.

—Entonces, alabado sea Dios!—contestó Siete Espadas abrazando á su encargado,—y si habéis salvado las herramientas, puedo reanudar mi antigua existencia; traigo mis dos brazos y no se ha perdido nada.

—Si tal, todo está perdido, porque las herramientas, se podían hacer de nuevo, y la casa, era dinero ganado; ¿pero qué quieres? el tío Audebert lo dijo muy bien, en otros tiempos, que era un lugar malo y que el diablo estaba escondido en él.

—Querido amigo,—contestó Siete Espadas,—el diablo que se había escondido ahí, es el amor de la ganancia que empuja á los ambiciosos hasta los precipicios en los cuales la tierra falta bajo sus piés. Si antes hubiese sabido lo que sé hoy, no habría puesto mis esperanzas expuestas á todo lo que podría destruirlas de un momento á otro. Después de todo, no me debe penar demasiado una experiencia que me ha hecho más prudente, que al menos ha tenido un buen resultado, el de impedir á Audebert ir á la cárcel, ó mendigar por los caminos, deshonrado y rechazado como un estafador. La pérdida recae sobre mí, que soy joven y puedo revelarme aún, sin perjudicar á nadie. No tenemos deudas ¿no es verdad?

—Al contrario, tenemos ganancias. ¡Ay! íbamos muy bien; pero después de todo acaso será mejor para ti entrar en el nuevo taller que han establecido en la ciudad. Yo ya he encontrado trabajo en él, y tú, con los talentos que tienes, estoy seguro que van á buscarte para darte una buena colocación. ¿Sin duda, en las cartas que te escribían para hacerte regresar, te han hablado de eso?

—¡No, hay algo que me interesaba más y de la cual vas á hablarme!

Siete Espadas iba á pedir noticias de Tonina prosiguiendo su camino aprisa con Va-sin-Miedo, cuando se paró de nuevo, sorprendido por un espectáculo muy extraño. Era un anciano completamente calvo que llegaba á su encuentro con una corona de laureles á la cabeza y una docena de chiquillos que le seguían bailando; él, cantaba con voz cascada, dando golpes con sus manos y animándolos con el gesto, con aire formal y juguetón á la vez.

—¿Qué es eso?—preguntó Siete Espadas con espanto.—¿Que Dios me perdone! ¿no es Audebert que se ha vuelto loco?

—¡Pues bien! sí,—contestó Va-sin-Miedo:—no han querido escribirte; pero ya hace algún tiempo que tiene la cabeza completamente vacía. ¡La culpa la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1904 DISEÑO DE REYES, INDIAN.

tienen esos gandules de la ciudad alta, que tu padrino tiene mucha razón en despreciar! Han tenido envidia porque en la Ciudad Negra había un cancionero más sábio que todos sus caballeros, y han querido festejarle para vanagloriarse á la vista de los forasteros. Le invitaron á no se que payasada que ellos llaman una sociedad académica. Le dieron un banquete, y le pusieron laureles á la cabeza, y tantos honores, cumplidos, y soeces, que nos lo mandaron como ahora está. Creyeron que se había emborrachado y que al día siguiente le pasaría; pero nada de eso. Hé aquí tres meses que ya no hace nada más que correr por las calles y caminos con su corona y una multitud de pilluelos á sus talones.

—¡Pobre Audebert!—dijo Siete Espadas, con los ojos llenos de lágrimas.—Debía concluir así. ¡Vamos! ¡no he regresado pues, sino para verlo todo en ruinas!

Y salió al encuentro del anciano poeta, que llegaba lentamente, parándose á cada paso para declamar ó hacer recitar versos á su cortejo de niños, dando su corona ora á uno, ora á otro, recogiéndola y elevándola al aire con gestos de invocación entusiástica.

Va-sin-Miedo, al ver que Siete Espadas lloraba, le dijo:

—¡Sin embargo, no debes afligirte mucho de lo que ves! Jamás el anciano ha estado tan bien, acaso jamás ha sido tan feliz. Antes, tenía días de cólera, semanas de pesar, meses enteros que no trabajaba, y que sus amigos, unas veces el uno atrás del otro, se encargaban de cuidarle. Ahora, como

no trabaja nunca y se está seguro que no es por su culpa, todos tienen sumo cuidado de él. Es preciso decirlo en honor de la ciudad baja; entra por todas partes, y todos pobres ó ricos le dan de beber y de comer lo que tienen de mejor. También puedes ver que está más lozano y menos flaco de lo que le has visto nunca. Tampoco es preciso creer que esté despreciado ni que fastidie á la gente. Tiene siempre mucha imaginación, y como no tiene quebraderos de cabeza, no dice más que cosas agradables. Habla muy formalmente horas enteras, y los forasteros que vienen á verle se van diciendo que no tiene nada de desarreglado en el cerebro, sino algo que hace creer que es un fulano antiguo á quien llamaban Pindaro en la antigüedad. Eso no hace mal á nadie, y todos se han avisado para no contrariarle sobre el particular. Siempre es muy buen hombre, muy humano, y hace poco tiempo en una casa que estaba ardiendo, entró al través de las llamas, diciendo que *los dioses* debían protegerle. El hecho es que se dice que hay uno para los enamorados, uno para los borrachos y uno para los locos, lo que harían tres: la cuestión es que Audebert pasó por el fuego sin quemarse, y salvó á un niño que no tuvo más mal que él. Mira, es ese, el pequeño rubio que le tiene siempre la mano. Hay personas que han querido ver en eso un milagro, y para esas Audebert es más pronto un santo que un máníaco. Lo que seguro, es que el infeliz ha tenido y tendrá siempre un gran corazón y muy bueno, y que cada uno se hace un deber protegiéndole. Esos niños que ves saltar en torno suyo, son sus pequeños guardianes. Sus padres les han recomen-

dado mucho que no le dejaran suceder ningún mal, y si hubiese uno bastante perillán para insultarle y burlarse de él, le verías que los demás le echarían, le pegarían. Hoy son estos, mañana serán los otros; les mandan que lo guarden como en la escuela. El anciano no les enseña nunca necedades; muy al contrario, de vez en cuando les enseña cosas bastante bonitas; pero helo aquí, que te ha visto y te reconoce, porque llega con los brazos abiertos. ¡Llámale Pindaro, y todo irá bien!

Siete Espadas enternecido estrechó contra su corazón al anciano poeta y pronto reconoció que Va-sin-Miedo no le había engañado.

Audebert era feliz. Pensaba que por fin el mundo le había hecho justicia, y desde que estaba soñando estar en el colmo de la gloria, era modesto y hablaba muy poco de él. Firmábase Pindaro y llevaba laureles: en eso consistía toda su locura y la debía acaso á unos malos versos que le había dirigido en el banquete famoso, versos en los cuales le habían comparado con el poeta de la antigüedad. Ese error acarreaaba lógicamente en él de no poder persuadirse que Pindaro, vuelto á la tierra, pudiese sugetarse al oficio de cuchillero. Encontraba pues muy natural que los hombres se apresuraran á ofre-

cerle la mesa y la hospitalidad, y no cometía indiscreciones, porque se había hecho muy sóbrio, y su clientela era bastante numerosa para que durante todos los días del año, pudiese entrar en una casa diferente sin importunar á sus moradores.

Habló un instante con Siete Espadas de la manera más cordial, siempre un poco vaga, pero alegre, y sin parecer extraño á ninguno de los acontecimientos de la realidad.

—Has perdido tu fábrica,—le dijo.—La montaña ha querido vengarse de nuestros desafíos. Veo que lo tomas con valor y cordura y tienes mucha razón. La felicidad no está en un montón de piedras, y, lo mismo que yo, no estabas destinado á ser el esclavo de una máquina. La alegría te espera en la verdadera morada, la del amor y de la amistad; es por lo que te dejo, pues debe correrme prisa por ver á lo que amas!

Volvió á abrazar aún á Siete Espadas y continuó su paseo con los niños, que volvieron á darle escolta, orgulloso de mostrar al viajero el cuidado que tenían de él.

—¡Démonos prisa,—dijo Siete Espadas á su compañero,—tengo ganas de llegar! y no obstante me pregunto sino debería mandarte adelante para prevenir á nuestros amigos. Temo que Tonina...

—¡Bah! ¡bah! ¡Tonina!—contestó Va-sin-Miedo encogiéndose de hombros;—¿acaso piensas aún en ella? ¡Hé aquí lo que no sería razonable á mi parecer!

—¿Qué quieres decir?—exclamó Siete Espadas:—¡Ah! si, comprendo! piensas que está enferma, po-

bre, llena de deudas, y que, arruinado como estoy, regreso para casarme con la miseria? ¡Te equivocas compañero! No hay miseria para el que tiene valor y un poco de talento, y además al que ama no le es nada imposible.

—Me estás diciendo cosas de las cuales no comprendo nada absolutamente,—observó Va-sin-Miedo.

—Es preciso que no sepas... Pero hé aquí Lise, que también viene á esperarte, y que sabrá lo que tienes en la cabeza: quizás son asuntos que no me importan, por lo tanto, os dejo solos.

En efecto, Lise llegaba con sus tres hijos, porque había un tercero, aun más hermoso que los dos primeros. Rosita había crecido de toda la cabeza; iba siempre arcada, como en los tiempos que Tonina peinaba sus cabellos rubios y doblaba su collarcito blanco. La misma Lise iba bastante bien vestida, pareciendo haber rejuvenecido.

—¡Vamos!—le dijo el viajero dándole un abrazo.

—¡Por vuestra parte al menos, todo va bien, y es un consuelo para mí! Eso me hace esperar también que voy á encontrar á Tonina...

—Tonina va mejor, desde que espera tu regreso; encontrándose tan restablecida, que hoy ha querido salir en un carruaje que le han prestado. No la verás hasta dentro una hora ó dos.

—¡Cómo! ¿Ha salido á paseo, y no ha tomado el camino por que yo debía llegar?

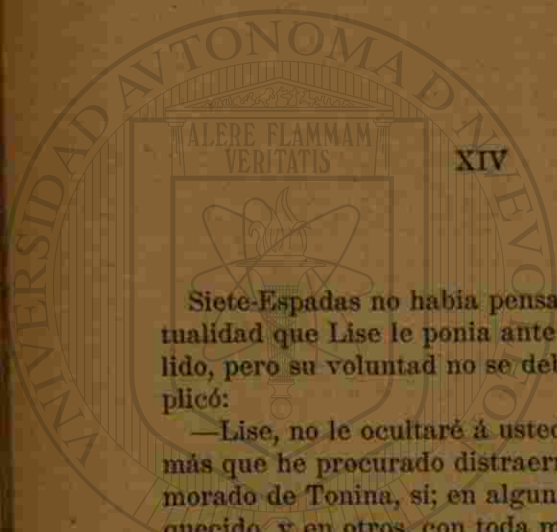
—¿Y quién sabía por qué camino regresarías? Y en fin, después de mucho esperarte, ya no sabíamos que resolución tomar. Sin embargo, como que no la hallarás en su casa en seguida, podemos hablar un

poco aquí, porque, te lo confieso, estoy cansado de llevar ese grueso muchacho por las cuestas.

Y se sentó sobre la hierba con su hijo encima de las rodillas.

—Usted me inquieta mucho, Lise,—repuso Siete-Espadas.—O Tonina está más enferma, ó mejorada por completo, y usted quiere prepararme antes de verla.

—Si Tonina estuviera más enferma, no me verías aquí,—contestó Lise.—En cuanto á estar muy cambiada... si eso fuese, querido amigo, si se hubiese vuelto fea, si hubiese perdido sus hermosos cabellos, y, en fin, si hubiese envejecido y fuese algo paralítica, ¿qué dirías?



Siete-Espadas no había pensado aún en la eventualidad que Lise le ponía ante sus ojos. Púsose pálido, pero su voluntad no se debilitó, por lo que replicó:

—Lise, no le ocultaré á usted que, hasta hoy, por más que he procurado distraerme, he estado enamorado de Tonina, sí; en algunos momentos, enloquecido, y en otros, con toda mi razón, porque me acordaba de su bondad é inteligencia, lo que no encontraba en ninguna otra mujer. No creo, pues, que el recuerdo de su fisonomía fuese la causa principal de mi pasión, aunque pueda disgustarme el cambio que haya podido experimentar en su rostro; si Tonina está parálitica, quizás su carácter se habrá también transformado, pero todo esto no me hará cambiar de resolución. He venido para ofrecerle lo poco que creía tener. Ya no poseo nada; solo me quedan la fuerza y el deseo de trabajar, y aun cuando tuviera que morir trabajando, no quiero que Tonina carezca de nada, y lo deba todo á mis esfuerzos. Hé aquí mi resolución, Lise, y no lo

cambiaré. Ahora, pues, ya puede usted explicármelo todo.

—Pues bien, tranquilízate,—repuso Lise alargándole su mano.—Tonina, no está parálitica, ni desfigurada. Solo deseaba saber si tu cariño hacia ella estaba por encima de todo, y veo que te mereces el suyo. Ahora ya podemos ir á encontrarla. Llévame un poco á mi hijo, que pesa mucho; así iremos más aprisa.

Lise iba delante, pero en vez de entrar en el dedalo de las callejuelas tortuosas de la Ciudad Negra, tomó á su izquierda, un hermoso camino nuevo tallado en la peña.

—Hé aquí una obra nueva que viene muy bien á los transportes de vuestros productos,—dijo el viajero.

—Y que causa mucho placer á los padres de nuestros hijos. Ya no tememos veries aplastados por los carros bajo esas arcadas, en las que las ruedas tocaban los guardacantones. Se puede lavar y barrer el umbral de las casas, con lo que la higiene sale ganando.

—En efecto, encuentro que los alrededores de la población presentan un aspecto de domingo, aunque sea día laborable; pero, por el camino que emprendemos, no vamos del lado de nuestras moradas, por lo que, antes de visitar las mejoras, desearía dar un abrazo á mis amigos.

—Para eso es por lo que vamos por este lado, compañero. No hallarías á tu padrino ni á Gaucher yendo por el otro lado. Estos ya no trabajan en el taller de Trotin, sino á la Barra-Molino, en la fábrica grande.

—Mucho me sorprende que hayan dejado un dueño tan bueno, por otro tan duro y no siempre justo.

—¿Quién, el intendente de Molino? ¡Bah! ya no está allí desde que murió Molino.

—Ignoraba todo eso. ¿Serán, pues, algo mejores sus herederos?

—No tiene más que una heredera, la Señorita, como la llaman ahora. ¿No la conoces?

—No, por cierto. ¿Alguna hija natural? No se le conocía familia aquí.

—No importa. El trato de esa, pues, es muy diferente del que Molino daba a sus obreros. La Señorita, es absolutamente igual que Tonina; no desea más que el alivio y bienestar de los demás. Es ella la que, en muy poco tiempo, hizo terminar el camino en que nos hallamos, lo que ha desembarazado y saneado la ciudad baja. Tampoco reconocerás la Barra-Molino. Ahora se halla convertido en un taller-modelo, que da muchos beneficios, y cuyos productos se emplean en dar el aprendizaje y la educación gratis a los hijos de la Ciudad Negra, lecturas y clases a las obreras; en cuidar a los enfermos, y en socorrer a los que han sufrido accidentes. Allí verás baños, gimnasios, salas de estudio, y tú no te verás apurado para ganarte el sustento, sea como obrero, sea como profesor ó como vigilante.

—Está muy bien, todo eso, Lise. Ya era tiempo de que la Ciudad Negra tuviese, como otras ciudades por las cuales he pasado, su amigo y su bienhechor. Sin duda, esa señorita será muy rica, puesto que que sacrifica una parte de sus beneficios para hacernos bien.

—No es muy rica; no ha heredado más que la fábrica y una cantidad de dinero, el cual ha empleado en hacer construir este camino y fundar el taller-modelo. Vive con muy poca cosa, casi tan sencillamente como una obrera acomodada. Ya la verás. Tu padrino, a quien ella tiene muchas consideraciones, lo mismo que a mi marido, y yo, te presentaremos hoy mismo, y desde mañana podrás ya trabajar para Tonina.

—Está bien; doy gracias a Dios y a ustedes... pero, ¿y Tonina? creía que me había usted engañado y que podría verla en seguida. ¿No trabaja en la cuchillería, según presumo? Ya estamos precisamente encima de la casa de la Laurentis.

—Ya no vive allí,—contestó Lise,—y no obstante... podría ser que estuviera, porque no han alquilado su cuartito, y a veces va a visitarlo.

—¡Tengo la seguridad que está en él!—exclamó Siete Espadas devolviendo el niño a su madre;—porque la ventana está abierta. Y, saliendo disparado como una flecha por el terraplén del camino nuevo, en dos brinco y tres zancadas, llegó al nivel de la terraza de Tonina, de la cual salvó fácilmente la pequeña pared de ladrillos llena de matas silvestres.

En efecto, Tonina estaba allí, le había oído llegar, se echó en sus brazos, y ambos estuvieron tan contentos de verse que las lágrimas ahogaron las primeras palabras. Luego se miraron con éxtasis. Siete Espadas era el mozo más guapo de la Ciudad Negra, ahora más que nunca. Su rostro había tomado un carácter más varonil, y no obstante era más dulce. Expresaba la fuerza que se conoce y sabe

dominarse por sí misma. También tenía los ojos más inteligentes que antes. Sentíase que esos ojos habían visto muchas cosas que el cerebro había comprendido, y que tenía lágrimas que provenían del alma más aún que de la sensación.

En cuanto á Tonina, nunca había sido precisamente bella antes de la marcha de Siete Espadas, y ahora lo era. Había perdido su palidez, y los contornos de sus mejillas y de su persona habían tomado un poco más de contorno sin perder su firmeza. Iba vestida casi como antes. Sin embargo, una falda más ancha, los cabellos más huecos, algo que no se podía precisar, pero que se sentía en todo, le daba más que nunca su aire de princesa.

—Te han engañado, amigo mío,—dijo á Siete Espadas,—nunca he estado enferma ni en la miseria. Es Lise quien ha inventado todo eso para hacerte regresar, y no se lo he impedido.

¿Me perdonas?

—¡Ah, Tonina! ¡te doy las gracias! No has dudado de mi regreso; pero ¿por qué, pues; Dios mío no haberme hecho regresar antes?

—¿Y tú? ¿por qué no regresaste cuando te escribí que no me casaría con el doctor Anthime?

—¿Me escribiste eso, Tonina?

—Sí, tres días después de tu partida, es decir, en seguida que supe que te habías marchado.

—¡Y yo, no recibí la carta! ¡Ah! ¡desgraciado de mí! ¡haber sufrido tanto! ¡haberte perdido tanto tiempo cuando podía ser feliz en seguida!

—No tengas ningún pesar, no me habría casado contigo en seguida, ¿y acaso, quién sabe? no habría vuelto á tener confianza en ti tan pronto. Mira, en

aquel entonces no nos comprendíamos, no podíamos comprendernos. Tenías demasiadas cosas en la cabeza, y yo tampoco veía muy claramente en la mía. también tuve mis días de ambición; habría deseado estar en disposición de hacer mucho bien, y tu despecho no me parecía la amistad verdadera. Me confieso contigo, Siete Espadas. Durante algunos días, creyendo que pensabas en Clarisa, pensé en otro, pero sin poder amarle. Y cuando conocí tu pesar, todo se concluyó. Di las gracias á ese joven, le dije que te amaba siempre, á pesar mío, pero que amaba á ti y no á él. Nos despedimos estrechándonos la mano. Desde ese tiempo, he creído muy bien que me habías olvidado completamente, y no quería pensar más en ti; pero jamás he podido mirar á otro. Tenía muchas penas y tristezas sin dejarlo aparentar; pero me llegaron grandes ocupaciones que te contaré un poco más tarde, y ya no pensaba tener nunca el tiempo para casarme, cuando últimamente Gaucher me enseñó tu carta, en la cual he visto que me amabas siempre, y que la razón te había vuelto con la experiencia. Y después el accidente de tu barraca me decidió completamente á hacer revelaciones á Lise y decirle que anhelaba tu regreso. Lo ha arreglado á su antojo, y ves que todo va lo mejor que puedes desear, puesto que la idea de casarte te ocurrió, y estabas cansado de los viajes.

—Y nos casaremos, ¿no es verdad, Tonina? ¡Nos casaremos en seguida! Estoy arruinado, y tú que no has experimentado pérdidas, ya no necesitas de mí; hasta podrias encontrar algo mejor, ¡pero eres

tan buena y fiel que es precisamente mi pobreza lo que te decide! ¡Oh! ¡esta vez te juro que si no soy pronto tu marido, me volveré loco y acaso malo!

—Entonces, démonos prisa á comprometernos por juramento. ¡Lo oyes!—dijo á Lise, que habia hecho un rodeo con sus hijos para llegar hasta ellos, y que llegaba jadeante.—¡me jura por su honor y su fe, que seremos el uno del otro, que el que se retracte no será ya digno de comer pan! Ahora, corramos á abrazar á ese anciano padrino y á ese bueno de Gaucher que esperan muy poco lo que vamos á decirles. Dame tu pequeño, Lise, porque estás cansada. Siete Espadas llevará el otro, para que no se entretenga por el camiuo, y Rosita irá tan aprisa como nosotros.

Después de decir esto, los dos amantes cogieron á los dos niños, cambiando una mirada involuntaria, porque ambos pensaron al mismo tiempo en la dicha que tendrían un día al llevar así los frutos de su unión, y, para ahorrarse la molestia de subir el terraplén, pusieronse á andar rápidamente al través de las callejuelas de la Ciudad Negra; pero fueron detenidos á cada paso por una multitud de amigos y conocidos que querían abrazar al viajero y hacerle contar sus aventuras en el acto. Siete Espadas les prometió que volvería á hablar con ellos, y Tonina le ayudaba á salir del paso, lo que dió lugar á éste de notar la deferencia particular que todos tenían para ella. Lejos de disminuir, el imperio singular que ejercía en la población habia aumentado hasta el respeto, y Siete Espadas sentia que el orgullo le llegaba al corazón pensando que su mu-

jer le haría una especie de dominio moral, todo de estimación y afecto.

Descendiendo siempre el río, pasaron por debajo de una arcada nueva bastante ancha, que era también una reforma de la *señorita*, y Siete Espadas se encontró de pronto delante de una vasta fábrica en la cual reconoció muy bien la Barra-Molina, pero tan reformada y agradablemente embellecida, que era como una casa de recreo atravesada por las olas del río. Los rodajes de las máquinas, semejantes á monstruos furiosos encarcelados debajo de las arcadas bajas, dividían las aguas en mil arroyos espumosos que huían á través de la llanura, porque esa noble fábrica tocaba al campo, y al pie de un inmenso peñasco bien asentado por la naturaleza, el lomo detrás y la frente levantada como para recibir las tormentas, de las cuales preservaba su base tranquila, se veía abrirse el inmenso valle con sus nogales trondosos y sus jóvenes trigos inundados de luz.

—¡Vive Dios!—exclamó Siete Espadas muy sorprendido,—¡de aquel gran esqueleto triste y negro han hecho un verdadero palacio, y si no es tan solo un vestido de adorno para la vista de los transeuntes, si el interior responde con el exterior, nuestros negros compañeros están ahí dentro como manchas en el sol!

—¡Entre usted, entre usted!—dijo Lise,—y verá que están tan bien como en cualquiera de las fábricas que usted haya podido ver en sus viajes.

Siete Espadas atravesó algunas cuadras, bien ventiladas, con peristilos cerrados y tapados, en las

cuales los obreros que estaban sudando podrian descansar á las horas de las comidas, sin que estuviesen expuestos al frío de los malos días. Vió un taller de niños en el cual reinaba mucho orden, y que vigilaba un obrero conocido por su dulzura, al mismo tiempo que la tía Sauvière, la mujer piadosa, trabajaba al lado de la puerta, siempre dispuesta á cuidar á los que se sintieran indispuestos ó cansados. Por fin, llegaron á la fragua, en la cual Laguerre estaba ocupado en dar la primera confección á las piezas. El anciano no habia sido prevenido del regreso de su ahijado. Su sorpresa y alegría expresáronse por la fijeza de sus gruesos ojos brillantes, seguida de un juramento espantoso. Y, arrojando sus herramientas, cogió por el cuerpo al hijo pródigo y gran suerte para éste fué tener fuerza, porque el apretón faé rudo. Gaucher, llamado por Lise, acudió también, no menos asombrado y contento que el padrino, porque las dos mujeres habian sabido guardar el secreto. No ves muy contentos y felices, —dijo Gaucher á su antiguo amigo.—Estamos como vigilantes de nuestras cuadras y tenemos habitación aquí, no se puede estar mejor. Con seguridad tendrás el mejor empleo de este establecimiento, porque eres tú el que tienes más conocimientos é inteligencia.

—¡Sin duda, sin duda,—contestó el padrino,—y espero que este vagabundo no tendrá más ganas de dejarnos!

—¡Jamás!—exclamó Siete Espadas.—¡Oh! ¡no, nunca más, puesto que me caso con Tonina!

—¿Es verdad? ¿es posible?—exclamó á su vez

Gaucher,—cuyo asombro se reflejó en el rostro del padrino inmóvil y estupefacto.

Luego, de repente, encogiéndose de hombros: Hijo mio,—dijo el anciano á su ahijado,—¿continúas estando loco? ¿Tú, casarte con Tonina? ¿ahora? ¿tú, tú?

—¡Dios mio!—contestó Siete Espadas buscando con la vista á Tonina, que habia desaparecido,—¿acaso queria usted poner algún impedimento? ¿por qué razón?

—¿Lo preguntas? ¡te estás burlando, creo! ¡Veamos, no quiero más bromas! ¿Para empezar, quieres hacerte ridículo, y por contra á mí también? Hablemos de otra cosa, te lo ruego. Cuéntanos un poco...

—Les contará todo lo que quieran,—contestó Lise que acababa de entrar en la fragua; ¡pero primeramente es preciso pensar en el hambre que debe tener este via?ero! La señorita le convida á usted á comer con ella y con nosotros ¿oye usted, padrino? Vaya usted á vestirse; yo me llevo á Siete Espadas en casa, para que se aseé también un poco. ¡Es tarde, ya han dado las tres!

* * *

Siete Espadas siguió maquinalmente á Lise en un cuerpo de edificio en el cual tenia su morada

bastante grande y aseada, no lejos de la habitación de Laguerre y al lado de la de Audebert, albergado y cuidado en el establecimiento cuando no le tomaba la fantasía de ir en otra parte. Abrió á Siete Espadas un cuarto vacante que estaba autorizada á darle. Había hablado ya á la señorita, y la señorita estaba dispuesta á hacer buena acogida al obrero de mérito que Lise y Tonina le recomendaban. Siete Espadas oía apenas lo que le decía Lise.

—Está muy bien,—le contestó,—esa señorita es muy buena, y pienso bien darle las gracias; pero trataré de Tonina. ¿Por qué mi padrino ha acogido tan mal la noticia de nuestro casamiento?

—¿La ha acogido mal?

—Me ha contestado de manera á hacerme creer que se opondría á mi felicidad. Hay algo ahí debajo, Lise, algo que usted se reserva y no quiere decirme.

—¿Qué puede haber? ¿te lo pregunto á tí? ¿Es la culpa de alguien si el bueno de tu padrino no comprende nada en vuestros amores?

Siete Espadas creyó ver á Lise en un apuro, le hizo preguntas vagas á las cuales no obtuvo más que contestaciones evasivas. Una gran inquietud se apoderó de él, tanto más cuanto que Lise habiéndole dejado solo para que pudiera vestirse, notó que estaba al lado de la puerta, como si le hubiera vigilado para impedir una comunicación entre él y el personal del exterior. Cayó en una gran perplejidad. ¿Tonina había cometido una falta, ó al menos provocado algún escándalo involuntariamente? ¿Cómo supones que hubiese desmerecido en la esti-

mación pública después de los testimonios de deferencia que le había visto recoger á cada paso por la calle? ¿pero también como explicar la indignación del padrino á la confesión que le había hecho? ¿Y por qué Tonina había desaparecido súbitamente, como para no estar presente á la explicación?

XV

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Quando una idea negra se apodera de un cerebro lógico, encuentra siempre en qué fundarse sobre inducciones descabelladas. Siete Espadas imaginóse que Tonina había podido tener un interés grave, muy diferente de un interés de corazón, para llamarle á su lado. ¿Por qué no se había atrevido escribirle ella misma? ¿Por qué haber empleado á Lise sin saberlo su marido ni el anciano padrino? Y esas mentiras gratuitas que le habían dicho para poner á prueba su desinterés, la enfermedad, la miseria, hasta la fealdad. Luego, de pronto la aparición de Tonina que decían que estaba ausente, de Tonina bella, alegre y apasionada, aceptando, hasta exigiendo un juramento que había rechazado siempre, tomando á Lise por testigo y apresurándose á atravesar la ciudad con él, como para comprometerle desde el primer instante! ¿Gaucher no había parecido estar estupefacto de ese casamiento? y ya, en el sendero del monte, Va-sin-Miedo no había dicho como el padrino:

—¡Pensar en Tonina! ¡es imposible!

Siete Espadas vistióse sin saber demasiado lo que hacía; y cayó en una silla, olvidando que le esperaban. Su vista tropezó en la ventana con un objeto que le hizo estremecer; era una maceta de reseda, una maceta azul y blanca que conocía mucho, y que antes, en casa de la Laurentis, la encontró en su cuarto, el día que Tonina había cambiado sus muebles. Ella sabía que á él le gustaba el olor de reseda, es una atención que entonces tuvo y que acababa de renovar con su delicadeza acostumbrada.

Siete Espadas sintió que le corrían las lágrimas por sus mejillas ardientes. Había un misterio en torno suyo, un misterio horroroso seguramente. ¿Cómo Tonina sabía que debía ser recibido y acogido en casa de la señorita, y que precisamente ocuparía aquel cuarto? Esa señorita tan buena... ¡mucho demasiado buena acaso!... ¿tenía un hermano, un sobrino?...

—¡No, no!—exclamó Siete Espadas poniéndose en pie como para escapar á las sujeciones de un espíritu malo.—¡Todo lo que me ocurre es espantoso, y Tonina es siempre un ángel del cielo! ¡Tonina, Lise! ¡Tonina Gaucher! ¿á dónde estáis? ¿Por qué estoy solo en el momento que mi corazón se desborda, y mi cabeza se extravía?

—¡Aquí estamos, aquí estamos!—contestó alegremente Gaucher, que cuchicheaba con su mujer delante de la puerta.—Tonina está allá que nos espera. Tu padrino y nuestros demás amigos deben estar también allí. Vamos, vamos, estamos atrasados.

—¡Ah! amigo,—dijo Siete Espadas pasando su bra-

zo bajo el del bueno de Gaucher,—¿no se dónde me llevas! pero tu fisonomía, sincera me devuelve la confianza y la dicha.

—Te llevan delante de la dueña, la burguesa, la bienhechora de los obreros,—contestó Lise, que les seguía con sus hijos.—Somos como unos doce que comemos en su casa los domingos, y hoy es domingo para nosotros á causa de tu regreso.

—¿Eh! ¿qué le importa, mi regreso, á esa buena señora?

—¿Ah!—contestó Gaucher,—es que ama á quien nosotros amamos.

Le hicieron pasar por un pequeño puente de madera que atravesaba uno de los brazos estrechos y tranquilos del río, en el sitio que formaba un hermoso estanque delante de la esclusa. Por ese puente, se entraba en una isla pequeña algo larga que estaba plantada como un jardín, en el cual las rosas y los claveles se reflejaban en el agua tersa como un espejo. Completamente al extremo elevábase (no muy alta) la morada de la señorita, un pabellón de tres ventanas de fachada compuesto de planta baja y primer piso, bien construido por los hábiles albañiles de la comarca, presentado á la moda del lugar con un color gris perla, realzado por filetes lilas y blancos, y arriba un pequeño mirador con su balaustrada de ladrillos que formaban arabescos, todo era tan sencillo que un obrero algo acomodado hubiera podido hacerse construir un palacio semejante; pero el paraje era tan bonito y fresco que no se podía desear nada mejor. El terreno en declive, descansando en una base rocosa, era

bastante elevado para no temer nunca las crecidas del agua, y una arboleda de chopos, al pie de los cuales se redondeaba un bosquecillo de arbustos frondosos, coronaba la casa y el islote en su parte más alta.

Un paseo de arena negra llevaba, por unas extremidades, á una escalinata de tres escalones. Un bello perrito que no ladraba trás de nadie, y acariciaba á todos, salió al encuentro de los convidados como para invitarles á que se dieran prisa, y la Laurentis, deslumbrante de gordura con su camisola blanca, el delantal recogido y los brazos desnudos, apareció á una ventana de la planta baja, dando vueltas á una cacerola que despedía centelleos, tan brillante y roja estaba.

—Ella sola,—dijo Gaucher á Siete Espadas,—arregla toda la casa de la señorita. Debes acordarte que para hacer tortillas y tortas, es una cocinera de primera.

Entraron en el salón, el cual, lo mismo que el comedor, estaba dispuesto para recibir todo lo más una docena de personas en los días de fiesta. Estaba todo artesonado y amueblado con maderas claras, y por todo lujo había cortinas de muselina

blanca, flores en jarrones del país y una hermosa mesa antigua de pies torcidos que en otros tiempos Siete Espadas había visto en el cuarto de la hermosa Tonina.

Allí encontró á su padrino, á la Sauvière y su hija, al doctor Anthime y á Va-sin-Miedo. Aguardaban á Audebert; pero, como declaró, una vez por todas, que el poeta no tiene hora, debían esperarle. Tonina llegó la última, vestida toda de blanco, tan bella y radiante de alegría que Siete Espadas estuvo deslumbrado. Ella fué á su encuentro y le cogió las dos manos riendo. Todos reían, hasta el padrino, que parecía haber comprendido la razón. Siete Espadas también se puso á reír para hacer como los demás, y también porque tenía el corazón contento; no obstante, la cara satisfecha de Anthime, que su vista tropezaba á pesar suyo, le puso de repente muy sombrío. Rosalia Sauvière, que había crecido, vuelto bonita y que iba vestida como una señora lo notó.

—¡Pues bien!—le dijo,—¡usted mira á mi marido como si no le reconociese! ¿Por qué no le ha hablado usted aún?

—¿Su marido?—exclamó Siete Espadas, arrojándose casi al cuello del doctor.

—Sí,—contestó éste,—estaba en mi destino que debía fijarme en la Ciudad Negra: rechazado por una joven amable que recibió mis primeros homenajes, he encontrado otra, una hermosa *paciente* que ha tenido la bondad de estarme agradecida de mis cuidados y recompensármelos con su confianza; pero usted trae de sus viajes un aspecto que no me promete mucho trabajo.

—¡A la mesa!—gritó la Laurentis desde el fondo de su cocina, y el perrito, que conocía esta exclamación llegó brincando y ladrando de alegría, á desempeñar el oficio de camarero.

—Esto quiere decir: la señora está servida,—dijo el doctor ofreciendo su brazo á Tonina, la cual hizo pasar al anciano padrino el primero.

La señora Anthime cogió el brazo de Siete Espadas, y los demás siguieron.

El comedor estaba tan limpio y no más rico que el salón. Algunos manjares muy sencillos estaban colocados encima de un mantel recio salpicado de violetas.

Había algo de patriarcal en aquella hospitalidad cordial. Como sirvieron toda la comida á la vez, la Laurentis tomó asiento como los demás.

Tonina se sentó al sitio de honor con el padrino enfrente de ella, el doctor á su derecha y Siete Espadas á su izquierda. De la señorita, ya no era cuestión de ella como si no hubiese existido nunca. Siete Espadas no pudo impedirle hacerlo notar á la señora Anthime, que estaba á su lado.

—¡Bah! ¡bah! — contestó alegremente,—¡vendrá más tarde, al final de la comida!

—¡No!—dijo Tonina,—va á venir en seguida; nos hemos burlado bastante de mi prometido, y el asunto empieza á atormentarle, lo veo!... Vamos, Siete Espadas, amigo mío, no espere usted ya á nadie, porque la dueña está aquí. Soy yo, la que le hablo y que le pido perdón por haberle dejado engañar.

—¡Usted!—exclamó el joven aun algo inquieto,—¿usted, la señorita, la heredera?

—Sí, yo, Tonina, su prometida de hoy y su mujer pronto. ¿No vaya usted á hacer como el padrino que decía que era imposible? Es más que posible, puesto que nos amamos y tengo su palabra. Amigos míos,—añadió dirigiéndose á los demás,—todos no saben cómo esas cosas han pasado. Han hecho creer al compañero que estaba en la pura miseria, enferma y además horrorosa. Ha regresado á pesar de todo, de muy lejos, para casarse conmigo, y eso, hasta sin saber la catástrofe de su barraca, cuando aún podía considerarse rico en comparación mía. ¿Creen ustedes que le debo bastante confianza y estimación ahora para desear ser su mujer?

—¡Sí, sí!—exclamaron todos.

—¡Sí, sí!—contestó desde la puerta, Audebert, que llegaba.—¡Oh mansión del amor y de la amistad, suspendo mi corona á tu dintel bendecido de los dioses!

—Amigo,—le contestó Tonina,—hágame usted un regalo de boda digno de un hombre como usted! Démela esa corona, cuélguela aquí para siempre, y jure usted no tomármela más.

—Lo juro,—exclamó Audebert, que desde aquel día no pensó más en adornarse con aquel excéntrico adorno;—¡lo juro, lo juro—repitió por tres veces con solemnidad antigua.

—Y yo acepto el juramento de la amistad,—dijo le Tonina;—esos laureles que los habitantes de la Ciudad Negra respetaban, habrían acabado por hacerle á usted envidioso. Aquí los verán con orgullo porque su gloria nos pertenece más que á usted mismo, y á nosotros nos toca publicarla.

—¡Tienes razón, joven y bella musa del trabajo!—contestó Audebert;—acaso he podido carecer de caudor y sencillez trayendo esa prueba de mi triunfo. Hacedme puesto en medio de vosotros, amigos, quiero cantar el epitalamio de esos esposos felices.

—¡A los postres! ¡a los postres!—dijo el paprino, á quien no gustaba siempre la poesía de su compañero de juventud;—tenemos que hablar de asuntos serios. Veamos, hijo mio, ¿qué dices de lo que te sucede?

—Digo que soy feliz, porque me caso con Tonina, á quien he amado siempre,—contestó Siete Espadas,—¡he aquí todo lo que digo!... ¡Que sea rica ó pobre, poco importa, es ella! ¡no es su nuevo rango y su nueva fortuna lo que la ha hecho lo que es!

—Está bien pensado,—dijo el doctor;—pero permita usted decirle, que la riqueza, porque helos aquí á ambos muy ricos en comparación de lo que eran ustedes, añadirá mucho á su felicidad, si la entiende usted como la entiende la generosa Tonina.

—Que me lo diga pronto, porque no quiero, no puedo tener jamás otro pensamiento más que el suyo. Habla, querida Tonina, veo muy bien que la fortuna no es siempre ciega, como lo pretenden, puesto que se ha entregado á tí; pero no sería digno de compartir tu suerte, si no compartiera tus sentimientos.

—¡Pues bien! has de saber,—contestó Tonina,—como he heredado de mi cuñado, y comprenderás nuestros deberes. ¿Te acuerdas que estaba muy enfermo cuando te marchaste? Había abusado de to-

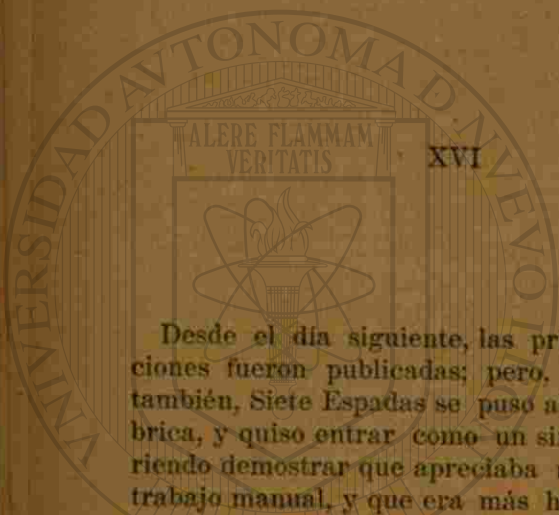
do, se sintió morir y temía la muerte. Era más pronto una mala cabeza que un mal corazón. Arrepentíase del pasado. Quiso verme, me pidió que le perdonara la desgracia de mi pobre hermana. Le puse por condición que hiciese algo de caritativo para los pobres de la Ciudad Negra. Lo prometió, le cuidé y consolé. Cuando abrieron su testamento, todos estuvimos muy asombrados al ver que me dejaba la fábrica; pero había una cláusula: es que mejoraría las penas que la dureza de su encargado, y su indiferencia, habían causado. Como ves, amigo mío, no sé si la ley nos pediría cuentas; pero sé que Dios es buen tenedor de libros, y que no se le puede engañar. Ahora nos toca portarnos bien, si no queremos que nos abandone.

—¡Pierde cuidado!—contestó Siete Espadas, que hasta entonces se había sentido algo abrumado por el beneficio de Tonina, y de repente levantó la cabeza con entusiasmo.—No sé si soy tan bueno y religioso como tú; pero soy muy altivo, y no creo que me fuera posible vivir sin poder verte orgulloso de mí.

Durante la comida, que fué abundante para el apetito, sin ningún requisito, Siete Espadas, notó un gran cambio acaecido en Tonina. En otros tiempos, aunque tuviese tanta imaginación como él, había una especie de diferencia de nivel en su educación, y la joven obrera confesaba su ignorancia sobre muchas cosas prácticas que tenían su importancia a los ojos del joven. Con el cambio de posición, el horizonte de Tonina se había ensanchado. Quiso comprender lo mejor que pudo, la ciencia y las artes de la industria que tenía que gobernar, y,

sin haber salido de su Valle del Infierno, se había puesto al corriente del movimiento industrial y comercial de Francia.

Siete Espadas, estuvo, pues, muy contento de poder hablar ante ella y con ella, de todo lo que había adquirido y observado, sin temer encontrar en ella preocupaciones extrañas a la naturaleza de sus conocimientos. Tuvo la satisfacción de poder instruir la aún sobre el progreso que podía desarrollar en torno de ella, y verse perfectamente comprendido y apreciado por una inteligencia lúcida é ingeniosa, motor poderoso y necesario de la acción de un corazón desinteresado.



Desde el día siguiente, las primeras amonestaciones fueron publicadas; pero, al día siguiente también, Siete Espadas se puso al trabajo de la fábrica, y quiso entrar como un simple obrero, queriendo demostrar que apreciaba más que nunca el trabajo manual, y que era más hábil y rápido que ninguno de los que tendría pronto bajo su gobierno. Por la noche abrió una clase de instrucción que probó también el derecho de enseñar, y, después de la clase, se mezcló con sus antiguos y nuevos compañeros, que todos querían festejar su regreso, y á los cuales, por su franca cordialidad, demostró que siempre sería un amigo formal y un buen hermano.

Tonina hubiera deseado que su boda se hiciera sin más boato que la de los demás obreros de la población, pero no dependió de su voluntad impedir los preparativos de la Ciudad Negra. Durante

ocho días, los niños cogieron en el campo una verdadera montaña de flores que fueron puestas en remojo en uno de los numerosos depósitos de las esclusas, y que, el día de la boda, se transformaron y distribuyeron en guirnaldas gigantescas y graciosos arcos de triunfo sobre todo el paso del modesto acompañamiento. Ese acompañamiento fué tanto tan numeroso que se hubiera dicho el de una fiesta mayor siguiendo la procesión. Después de la ceremonia, hubo un banquete general en los cédiciles que rodeaban el depósito de la gran esclusa. La familia trajo allí su comida, y toda la población comió y cantó mientras los dos esposos, con el pequeño grupo de sus amigos íntimos, almorzaban sin fausto debajo de las lilas de la pequeña isla, recibiendo y devolviendo los brindis que se elevaban de todo el anfiteatro de las orillas. Algunos jóvenes obreros, adornados de flores y llevando sus insignias de ceremonia, trajeron después una pequeña bolsa empavesada, obra de sus manos, sobre la cual, los dos esposos fueron invitados á subir para dar un paseo por el río y recibir los agasajos y felicitaciones de todos. A Tonina, le rogaron que abriera el baile, viéronla bailar por vez primera en una fiesta. Puso tanta gracia y modestia, que todos la admiraron de haberse abstenido hasta entonces, de toda diversión y coquetería por prudencia y recato.

Sin embargo, Tonina, se interrumpió varias veces, para preguntar si alguien había visto á Audebert. Por entregado que estuviera á su capicho, el anciano poeta no olvidaba jamás sus afecciones, y extrañábanse que en semejante día no estuviera

allí. Hasta empezaban á inquietarse, cuando por fin apareció á la cima del gran peñasco, que comenzaba á proyectar su sombra bienhechora sobre la fiesta. Llevaba con él á Saverio (ó Javier), el gran cantor, el hábil yesero italiano, recientemente llegado á la población para hacer trabajos de arte en los edificios de la alcaldía de la ciudad alta. Ese joven tenía una voz magnífica y cantaba con gusto, aunque tuviese un poco de acento extranjero; pero ese acento no tenía nada de desagradable y hacía su pronunciación más sonora. Desde la cima de la peña, Audebert hizo una señal convenida con una rama verde. Las aguas y los rodajes de la fábrica que estaban en reposo, se pusieron en movimiento con un gran ruido de martillos y cascadas, al mismo tiempo que se vió la humareda de las fraguas elevarse en espirales negras en los aires.

Era un simulacro de trabajo, y como la apertura necesaria de la cantata. Cuando Audebert y su compañero hubieron bajado hasta una roca saliente que les acercaba convenientemente del auditorio, Audebert, hizo otra señal, y las máquinas se pararon. Las olas fueron encadenadas como por magia, y un coro de obreros entonó el epitalamio que Audebert había compuesto, y del cual Saverio, declamó y cantó alternativamente el recitado y las estrofas. Su corazón emocionado había devuelto la luz á su genio turbado, y aunque hubiese todavía algunas incorrecciones en sus versos, la paráfrasis en prosa que daremos para terminar esta historia verídica, probará, que sus ideas, no padecían ningún desorden.

CÓRO

«¡Calláos, rodajes terribles! ¡Callate, río loco! ¡Hie-
rros y fuegos, yunques y martillos, voz del trabajo,
guardad silencio! ¡Dejad cantar al amor! Hoy es la
fiesta de himeneo.»

RECITADO

«Tú primeramente, joven esposo, hijo adoptivo
de la Ciudad Negra, recibe la bendición de la amis-
tad, que es también la de Dios, para tu amor. Escu-
cha por la voz del amigo extranjero, la palabra de
afecto de la vejez. La vejez resume y enseña; tie-
ne tras ella los largos días de la esperanza y del
dolor, del placer y de la pena. Esta palabra te dice:
¡Acuérdate!»

ESTROFAS

«¡Sí! acuérdate de los días pasados ya... Han pa-
sado aprisa, pero han sido fructíferos para instruir-
te. Los trabajos de tu aprendizaje y los primeros
ensayos de tu fuerza, las ilusiones de tu imagina-
ción y los arranques de tu corazón, te han enseña-

do ya lo que el niño debe sufrir para ser un hombre, lo que el hombre debe comprender para ser prudente. ¡Acuérdate!

«Acuérdate del día en que el rugido de las aguas, los crugidos del bosque y el chirrido del metal, te detuvieron, alocado de temor al umbral de la fábrica. Tu compañero te alentaba y te enseñaba sonriendo, los pajarillos que ensayaban su primer vuelo, alrededor de sus nidos, suspendidos de esos tejados, sacudidos por las furias del trabajo. Y tú, has sonreído a tu vez no queriendo ser menos atrevido que los hijillos del ruiselñor y de la golondrina. ¡Acuérdate!»

«Acuérdate del primer golpe que, vacilante bajo tu mano débil, la herramienta dió á tu pobre carne. Fué tu primer grito, tu primera sangre. Ese día fuiste bautizado por el sufrimiento, y tu compañero te dijo:

—¡No es nada, es el beso de tu nodriza!»

Y tú, recogistes el hierro brutal contestando:

—Con el tiempo el niño tratará duramente á la madrastra... ¡Acuérdate!»

«Acuérdate de la primera labor completa que salió de tu mano ejercitada. Aquel día, el orgullo visitó tu alma, te sentiste más alto de toda la cabeza. Te bajaste para salir por la puerta del taller; mi-

raste el sol, para convencerte de que no le faltaba un rayo robado por tí para iluminar el acero que acababas de labrar, y te pareció que toda la Ciudad Negra tenía la vista fija en tí, diciendo:

—¡Apartémonos, este ya no es el niño, Dios verdadero! ¡Hé aquí uno de nuestros ciudadanos que pasa!... ¡Acuérdate!»

«Acuérdate del día que viste tu bolsillo repleto y tu libertad conquistada. Aquel día, te dijiste que el mundo entero te pertenecía, y que podías escoger tu puesto en él; pero si tu sueño fué grande, tu puesto fué pequeño, y tus penas volvieron á comenzar más encarnizadas, cuando te viste luchando con la más fina y dura de las máquinas, la más dócil y rebelde, la más ingrata y generosa, por fin la máquina de las máquinas, el hombre que trabaja para el hombre. ¡Acuérdate!»

«Acuérdate del día que te sentiste en lucha con tu semejante, en guerra con tu hermano, en desacuerdo contigo mismo. Fué el día que reconociste que, para ganar aprisa, era preciso rasgar con la espuela los flancos de tus obreros, y arrancar de tu pobre corazón la confianza de la cual se abusa, la compasión que se explota, la amistad á menudo ingrata, y aquel día arrojaste tu cincel llorando. Acababas de aprender que los hombres son hombres, y que quien no es hierro para la ambición debe ser acero para la paciencia... ¡Acuérdate!»

«Acuérdate del día que tu corazón se volvió dueño de tu inteligencia, y que, disgustado de llamar la fiebre en tu socorro, supiste esperar la voluntad. Ese día, te reconciliaste con tus hermanos, con Dios, contigo mismo. Ese día, viste en la llama de tu fragua un resplandor que ya no salía del infierno; oíste en la voz del torrente una palabra que venía de Dios, sentiste correr por tus venas ardientes una frescura que caía del cielo... ¡Acuérdate!»

«Y hoy que te acuerdas de todo, conserva para siempre el tesoro de la ciencia, porque la vida te ha enseñado ya muchas cosas que no saben los que no han sufrido, una gran cosa entre todas: que la felicidad no está en el triunfo de la voluntad aislada, sino en el acuerdo de las voluntades conquistadas para el bien; una cosa más grande aún: que el amor enseña aun mejor que la razón, y que toda la ciencia proviene de él. Eso no lo olvides jamás; de eso sobre todo, ¡acuérdate!»

CORO

«Y ahora, chillad, rodajes terribles; ahora, canta y brinca, río loco! ¡Hierros y fuegos, yunques y martillos, voces del trabajo, ordenad el baile! No sofocaréis las voces del amor. Hoy es la fiesta del himeneo.»

La fábrica, puesta en movimiento otra vez, des-

empeñó su papel, con grandes aplausos del auditorio; después, cuando el cantor hubo aprovechado aquel momento de reposo, todo se calló de nuevo para escuchar el canto de la desposada. El coro entonó:

«Tú, ahora, bella desposada, hija de las entrañas de la Ciudad Negra! Recibe la bendición de la amistad, que es la de Dios, para tu amor.»

Y el bueno de Saverio cantó el recitado:

«Escucha, por la voz del amigo extranjero, la palabra afectuosa de la vejez. La vejez juzga y recompensa: tiene tras ella el cortejo de los largos días de esperanza y de dolor, de placer y de pena: esa palabra te dice: ¡Acuérdate!»

ESTROFAS

«Tú que fuistes bendecida al nacer, Tonina de blancas manos, acuérdate del primer día que tu madre te llevó a la montaña; tu madre me lo contó: viste una flor que reía al sol, y corríste á cogerla, ¡Era para tí la flor de las flores, la maravilla de la tierra, era la primera cosa cuya belleza comprendías! Tu hermana, mayor que tú, la quiso, y tú, en vez de llorar, sonreíste dándosela. Era la primera vez que experimentabas el placer de dar, mayor para tí que todos los demás placeres: ¡acuérdate!»

«Tú que fuiste bendecida al crecer, Tonina de manos diligentes, acuérdate del primer día que entraste en el taller para ganar tu pobre sustento de niña. Eras huérfana, y no reías.

— «¿Quién es, — decía el amo — él me lo ha contado, — esa pálida joven que no echa á perder nada, que es hábil desde el primer día, y que, en el trabajo; no parece conocer la repulsión ó la pena?»

Le fué contestado:

— «Es la que trabaja para dos, porque su hermana está aún muy apesadumbrada, y esta, la más pequeña, es la más sumisa á Dios. ¡Acuérdate!»

«Tú que fuiste bendecida volviéndote bella, Tonina de manos puras, acuérdate del día que quisieron llevarte á la primera fiesta; te decían:

— «Los emparrados están empavesados, los violines tocan sus más hermosos aires de danza. Todos los jóvenes van allá á la pradera; ponte el vestido blanco y síguenos. Un día de placer borra un año de penas.»

Y tú contetaste, tus compañeras me lo han contado:

— «No, no me necesitáis, puesto que estáis contentas; iré á hacer compañía á Luisa, la coja, que se aburre sola en su casa.

Y te pusiste el vestido blanco, y diste á la solitaria paralítica la fiesta de la amistad; ¡acuérdate!»

«Tú que fuiste bendecida volviéndote santa, To-

nina de manos caritativas, acuérdate del día que diste de beber al pobre viajero y tu pan á la pobre mendiga, y del día que cerraste los ojos del ladrón abandonado de todos, después de haber hecho entrar el arrepentimiento en su alma culpable, y del día que cuidaste á la pobre paralítica, objeto de asco para su propia familia, y del día que diste tu manta, y del que diste tu calzado, y del que, no teniendo ya nada para dar, diste tus lágrimas, y de todos los días de la vida que han sido señalados por beneficios, abnegaciones, sacrificios, de todos esos días, Tonina de hermosas manos, ¡acuérdate!

«Y acuérdate aún, Tonina de corazón puro, del día que vinieron á decirte:

— «Eres rica, la más bella de las fábricas de la Ciudad Negra, la perla del Valle del Infierno, es tuya.»

Ese día, levantaste al cielo tus manos sin mancha diciendo:

— «¡Nada es mío: todo es de Dios!»

Y desde ese día no ha habido aquí un pesar que no fuera consolado, una lágrima que no fuera secada; ¡acuérdate!»

«Y acuérdate, Tonina de corazón fiel, del día que vinieron á decirte:

— «El taller del que te amaba ha sido devorado por la montaña. Su rueda, muda para siempre, está debajo de las peñas, el torrente canta su victoria

cruel sobre las ruinas de su trabajo y de su vida.»
Aquel día, exclamabas:

— «Hé aquí mi prometido que regresa, mi voz le llama. Necesito un amigo para compartir el peso de los deberes de mi riqueza.»

Y aquel día, Tonina de corazón tierno, amaste más que á tí misma al que no tenía más que á tí en la tierra; ¡acuérdate!»

RECITADO

«Jóvenes esposos, acordáos de vuestras fatigas y de vuestras penas para saborear mejor la felicidad! ¡Nobles hijos del trabajo, no abandonéis jamás la Ciudad Negra! Lazos más fuertes que el acero mejor templado de vuestros talleres, afecciones más sólidas que esos peñascos de granito que protegen el santuario de nuestras industrias, lazos de amor y de amistad, os retienen. El antrio de los negros ciclopes puede espantar las miradas del transeunte; pero el que ha vivido mucho tiempo en estos abismos y en estas llamas sabe que los corazones son ardientes como ellos y profundos como ellos. ¡De esos corazones, jóvenes desposados, acordáos para siempre!»

CORO

«Y ahora gritad, rodajes poderosos! ¡Canta y bendice el río! ¡Hierros y fuegos, yunques y

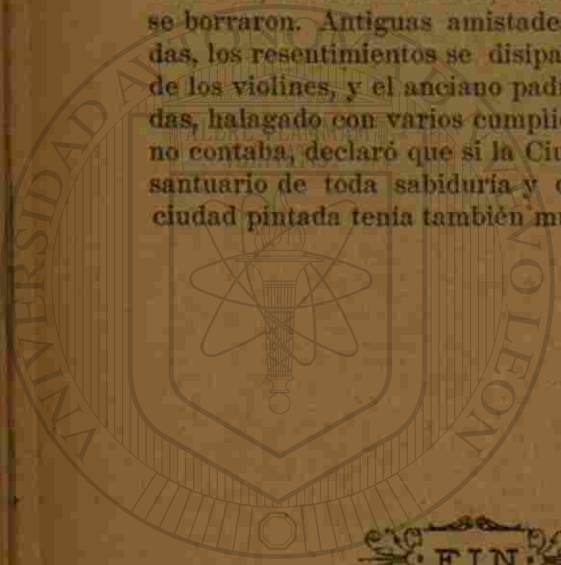
martillos, santas voces del trabajo, mandad el baile. No sofocaréis las voces del amor! ¡Hoy es la fiesta de himeneo!»

A los aplausos de la Ciudad Negra contestaron los aplausos y los clamores que parecían cernerse en los aires, y se vió á una multitud que aplaudía y agitaba los pañuelos. Era el comercio pequeño y grande, la joven y anciana burguesía de la ciudad alta, con la música al frente y el pueblo á la cola que descendía hacia el río.

En la ciudad alta sabían bien que en la ciudad baja se celebraban unas bodas hermosas y de la base á la cima de la montaña, Tonina tenía la reputación de una santa y cariñosa joven. El testamento de Molino había hecho bastante ruido para ponerla en evidencia. Sin embargo, nadie hubiera pensado en lastimar su modestia, bastante conocida, con una ovación, pero, cuando en ese día de fiesta se vieron los torbellinos de humo de la fábrica, y oyeron el ruido de los martillos, asombráronse mucho, y acudieron á las terrazas para ver lo que ocurría. No pudieron entender las palabras de la cantata, pero los sonidos de la voz de Saverio y la pantomima de Audebert hicieron comprender lo que pasaba. Por eso se pusieron de acuerdo para ir á tomar parte en aquel regocijo popular y tuvieron todo el tiempo para organizar la visita amistosa.

En aquel día, se vió pues, en las praderas de una de las orillas del río, y que eran como el peristilo

entre el barranco y la llanura, las dos ciudades rivales, pero siempre hermanas, mezclarse cordialmente en una fiesta improvisada. Muchas susceptibilidades, muchos rencores, muchas desconfianzas se borraron. Antiguas amistades fueron reanudadas, los resentimientos se disiparon á los sonidos de los violines, y el anciano padrino de Siete Espadas, halagado con varios cumplidos con los cuales no contaba, declaró que si la Ciudad Negra era el santuario de toda sabiduría y de toda virtud, la ciudad pintada tenía también mucho bueno.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
TUCUMÁN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

TEC